

La máquina del tiempo

H. G. WELLS

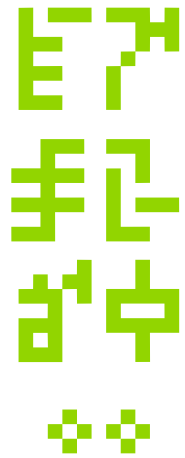
E 7

F 2

G 4



HABITAR EL FUTURO



La máquina del tiempo
Una invención

H. G. WELLS



Índice

Nota sobre la selección
y adaptación

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 06

Créditos

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 134

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

H. G. WELLS

La máquina del tiempo Una invención

I. Introducción

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 14

II. La máquina

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 20

III. El Viajero del Tiempo
regresa

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 25

IV. Viajar en el tiempo

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 34

V. En la era dorada

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 41

VI. El ocaso de la
humanidad

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 46

VII. Un golpe súbito

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 56

VIII. La explicación

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 63

IX. Los morlocks

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 78

X. Al llegar la noche

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 85

XI. El palacio de
porcelana verde

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 96

XII. En la oscuridad

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 103

XIII. La trampa de la
esfinge blanca

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 114

XIV. La visión más allá

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 118

XV. El regreso del Viajero
del Tiempo

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 126

XVI. Después de la
historia

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 128

XVII. Epílogo

» » » » » » » » » » » » » » » » » » 133

Nota sobre la selección y adaptación

MESA ESTÁNDAR

MÓNICA PALACIOS



H. G. WELLS

Desde el viaje fantástico que narró Luciano en *Historia verdadera*, pasando por *El mensajero sideral* de Galileo, a través de *El Sueño* de Kepler y hasta *La aventura de un tal Hans Pfaall*, de E. A. Poe, la Luna ha representado lo desconocido, lo remoto. Gracias al acervo conseguido paulatinamente sobre este astro, la ciencia y la ficción han podido ampliar la mirada. *La máquina del tiempo* de H. G. Wells, es muestra singular de ello: fue una de las primeras obras en dirigir la vista hacia el futuro, llevándola incluso al acaecimiento del sistema solar.

Wells, que había escrito la novela *Los primeros hombres en la Luna*, imaginó diversos aspectos de lo que podría ser la vida en el porvenir: en *La estrella*, un cuerpo celeste se aproxima a golpear la tierra; en *Los argonautas del aire* narra la construcción de una máquina voladora antes de que existieran las avionetas; en *El nuevo acelerador*, un científico inventa un brebaje para pensar y moverse más rápido, y en *El caso Plattner* cuenta cómo una sustancia permite a las personas viajar a otra dimensión.

Son muchos los argumentos interesantes que revelan los títulos de algunos cuentos contemporáneos y afines a los de Wells: Mary Shelley escribió *El mortal inmortal*; Edward Mitchell, *El reloj que marchaba hacia atrás*; Frank Stockton, *Una historia de gravedad negativa*; Conan Doyle, *El gran experimento Keinplatz*; Amado Nervo, *La última guerra*, y Julio Verne, *La jornada de un periodista norteamericano en 2889*. Solo por mencionar algunas obras cortas y apasionantes que también revisamos para esta versión de la colección editorial Habitar y que pueden interesar al lector.

En *La máquina del tiempo*, Wells describe en detalle la experiencia de desplazarse durante siglos, además de una probable teoría sobre las condiciones de vida de la humanidad en un lejano ma-

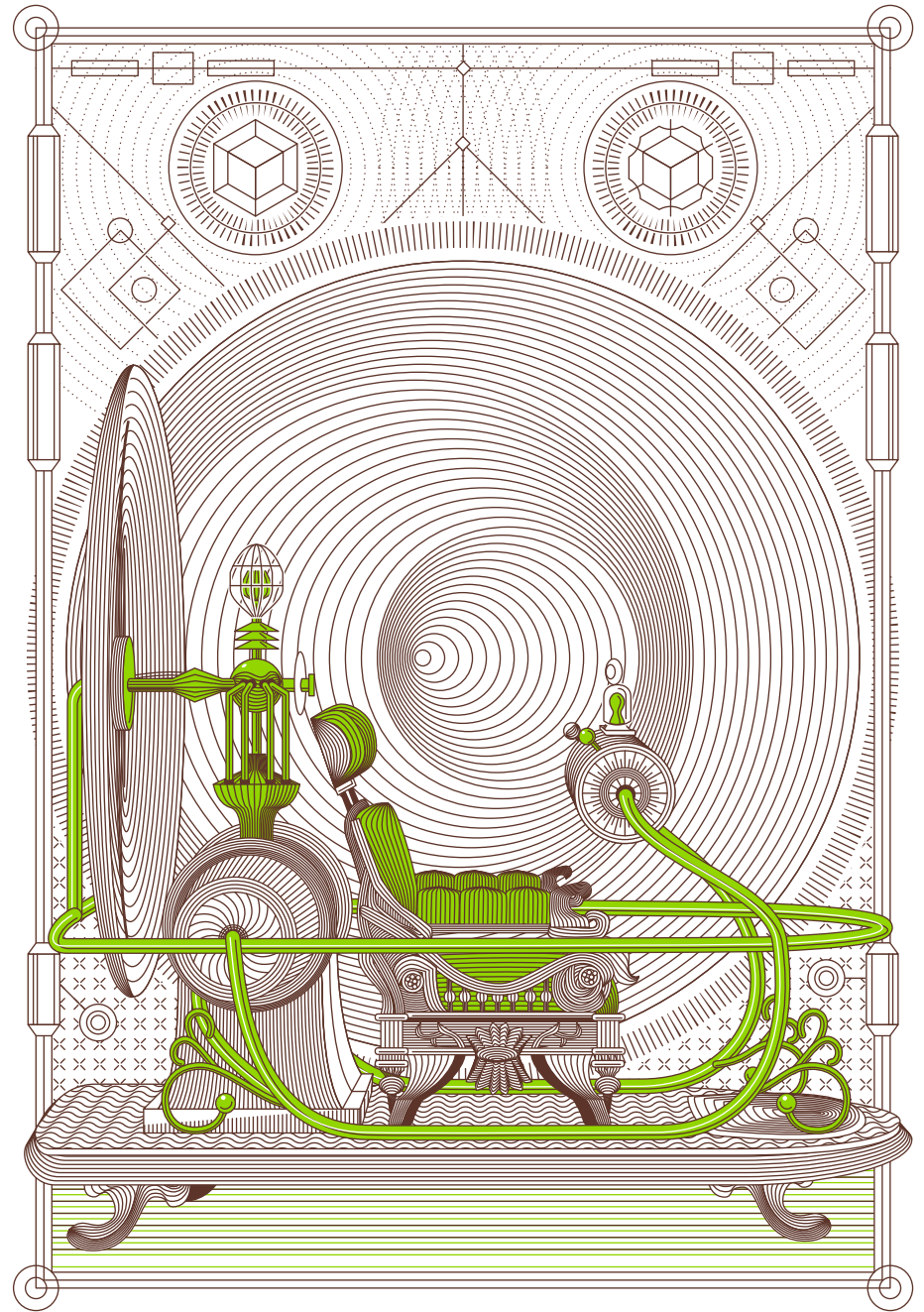
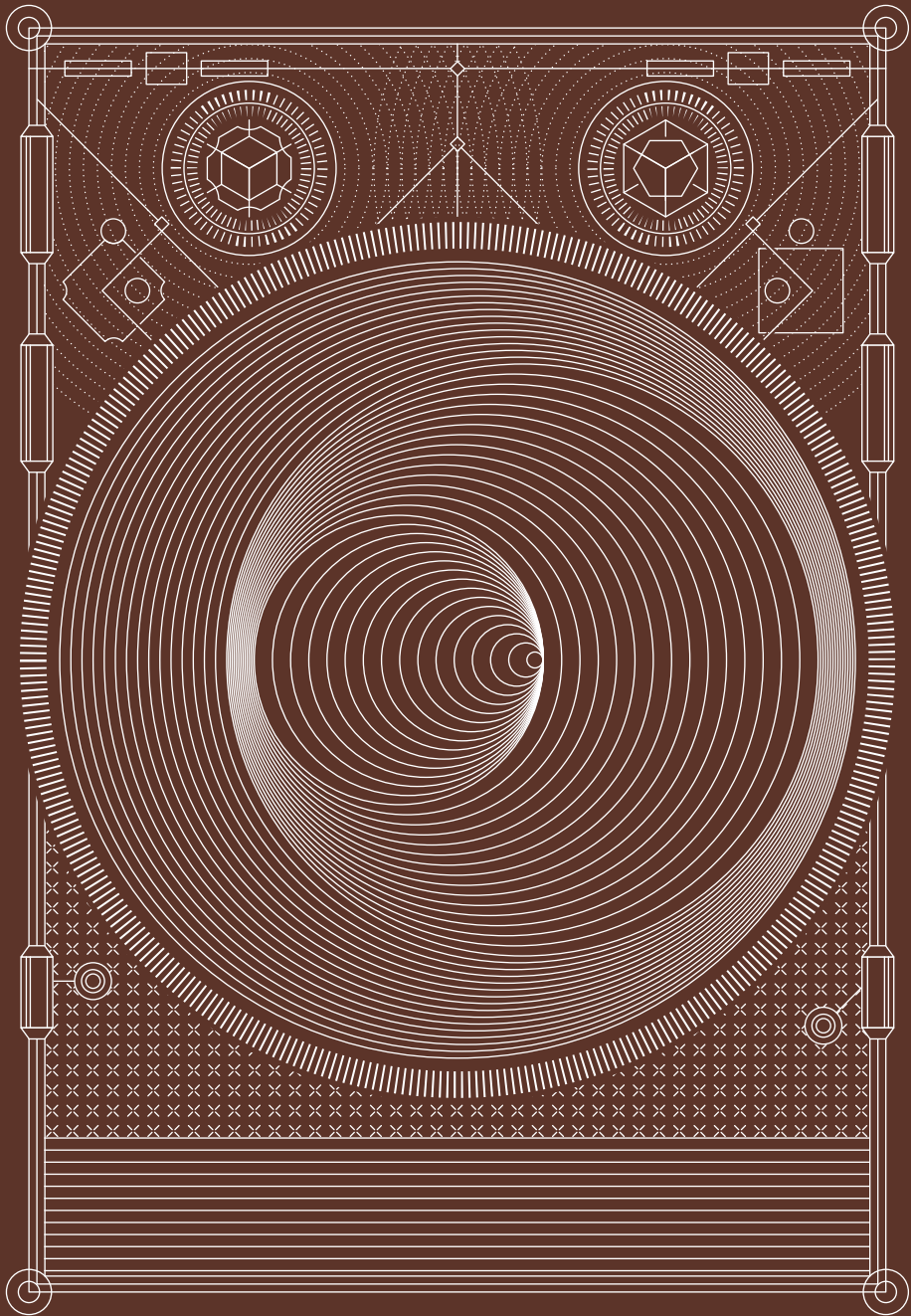
ñana. Esta adaptación busca que ese futuro lejano, creado desde la Londres del siglo XIX, se lea en la América Latina de la actualidad como una experiencia cercana, que despierte también curiosidad, atracción, algo de suspenso y de reflexión. Esta búsqueda por trasladar el mismo esmero del original al espacio y el tiempo del presente pasa por seleccionar en el marco de nuestros lenguajes e identidades las expresiones propias equivalentes, cuidando de no traicionar la intención, el tono o el contenido.

Las notas de humor, las dudas sobre la veracidad del viaje, el sarcasmo y la fascinación de los personajes se expresan en la obra a través de usos y modos del lenguaje que en esta edición se adaptan, en palabras cotidianas, pero con fidelidad, al texto base. En notas al pie se definen brevemente personajes o ubicaciones geográficas que ayudan a entender el contexto de la obra. Esta versión toma como guía la primera publicación de la *novella* en el Reino Unido por la editorial Heinemann, de Londres, en 1895.

La máquina del tiempo

H. G. WELLS





I

INTRODUCCIÓN

El Viajero del Tiempo (en adelante conviene llamarlo así), nos explicaba un tema difícil. Había brillo y chispa en sus pálidos ojos grises, y su cara, por lo general apagada, se mostraba sonrojada y con ánimo. El fuego ardía y el reflejo de las luces en candelabros de plata iluminaba las burbujas que subían dentro de las copas que sosteníamos. Nuestras sillas, creadas por él, nos abrazaban y protegían en lugar de someterse a sostenernos, y estábamos en ese cómodo entorno después de cenar, donde las ideas andan felizmente liberadas de las cadenas de la precisión. Entonces nos habló del tema así —enfaticando con el dedo índice—, mientras nosotros, sentados aperezados, admirábamos su seriedad de cara a esta nueva paradoja (así la veíamos) y su aplicación.

—Tienen que prestarme toda su atención. Debo controvertir una o dos ideas que son aceptadas por casi todo el mundo. Por ejemplo: la geometría que se enseña en la escuela está basada en un malentendido.

—¿No nos está pidiendo mucho para empezar? —dijo Filby, un pelirrojo dado a controvertir.

—No voy a pedirles que acepten nada sin una base razonada para ello. Pronto entenderán lo que necesito que entiendan. Por supuesto que ustedes saben que una línea matemática, una línea de grosor *nulo* no existe en realidad. Eso nos enseñaron, ¿no? Y tampoco existe un plano matemático. Ambas cosas son una simple abstracción.

—Es correcto —dijo el psicólogo—. No por contar con longitud, anchura y profundidad un cubo tiene existencia real.

—No estoy de acuerdo —dijo Filby—. Por supuesto que un cuerpo sólido puede existir. Todas las cosas reales...

INTRODUCCIÓN

H. G. WELLS

—Eso cree la mayoría de la gente, pero espere. ¿Puede existir un cubo *instantáneo*?

—No le entiendo —dijo Filby.

—¿Puede ser que un cubo que no perdure ninguna cantidad de tiempo tenga una existencia real?

Filby se quedó pensando.

—Es claro que —continuó el Viajero del Tiempo— todo cuerpo real debe extenderse en cuatro direcciones: debe tener longitud, anchura, grosor y... duración. Pero por una debilidad natural humana, que les explicaré en un momento, tendemos a pasar por alto este factor. En realidad, hay cuatro dimensiones: las tres que llamamos los planos del espacio, y una cuarta, el tiempo. Sin embargo, hay una tendencia a trazar una división irreal entre las primeras tres dimensiones y la cuarta, porque sucede que nuestra conciencia se mueve de forma intermitente en una sola dirección a lo largo de esta última, desde el comienzo hasta el fin de nuestras vidas.

—Eso —dijo un hombre muy joven que trataba de encender su cigarro—, de hecho, es bastante cierto.

—Ahora, es muy llamativo que esto sea pasado por alto de manera tan extendida —continuó el Viajero del Tiempo, con un ligero asomo de entusiasmo—. En realidad, a esto se refiere la *cuarta dimensión*, aunque algunas personas cuando dicen *cuarta dimensión* quieren decir otra cosa. Es simplemente una manera diferente de mirar el tiempo. *No hay ninguna diferencia entre el tiempo y cualquiera de las otras tres dimensiones del espacio, excepto que nuestra conciencia se mueve en paralelo con él.* Pero algunos tontos han tomado la idea por el lado errado. ¿Han escuchado ustedes lo que tienen por decir de esta *cuarta dimensión*?

—Yo no —dijo el alcalde.

—Es esto, en síntesis: el espacio, como lo entienden nuestros matemáticos, es tomado como si tuviera tres dimensiones, co-

nocidas como longitud, anchura y profundidad, y se puede definir siempre en referencia a estos tres planos, cada cual en ángulos rectos respecto a los otros. Pero algunos más filosóficos se han preguntado por qué en particular *tres* dimensiones, ¿por qué no una dirección más en ángulos rectos respecto a las otras tres? Incluso han tratado de construir una geometría cuatridimensional. Un profesor exponía esto ante la Sociedad Matemática de Nueva York hace apenas un mes. Se sabe que, en una superficie plana, que solo tiene dos dimensiones, podemos representar la figura de un sólido tridimensional; de manera similar, se cree que, a partir de modelos con tres dimensiones, se podría representar uno de cuatro, si se pudiera dominar la perspectiva de la cosa. ¿Entienden?

—Eso creo —murmuró el alcalde, y, juntando sus cejas, entró en un estado introspectivo, mientras sus labios se movían como los de quien pronuncia palabras místicas—. Creo que ya puedo entenderlo —dijo después de pensarlo, iluminado de forma algo transitoria.

—Bueno, no es mi intención ocultarles que he estado trabajando en esta geometría de las cuatro dimensiones por un tiempo. Algunos de mis resultados han sido curiosos. Por ejemplo, aquí está el retrato de un hombre de ocho años, otro de quince, otro de diecisiete, otro de veintitrés, y así. Es evidente que todas estas son secciones, digamos, representaciones tridimensionales de su ser cuatridimensional, que es algo fijo e inalterable. Los científicos —continuó el Viajero del Tiempo tras la pausa necesaria para la apropiada asimilación de lo anterior— saben muy bien que el *tiempo* es solo un tipo de *espacio*. Miren este diagrama científico muy conocido: un registro del clima. Esta línea que estoy trazando con mi dedo muestra el movimiento del barómetro. Ayer estaba muy alto, anoche cayó, y luego esta mañana se volvió a elevar y continuó subiendo un poco hasta aquí. Con toda seguridad, el mercurio no trazó esta línea en nin-

guna de las dimensiones reconocidas. Pero con certeza, sí trazó la línea, y, por lo tanto, debemos concluir que lo hizo a lo largo de la *dimensión tiempo*.

—Pero —dijo el médico, mientras miraba concentrado una brasa en el fuego— si el tiempo es solo una cuarta dimensión del espacio, ¿por qué es, y por qué ha sido siempre visto como algo diferente? ¿Y por qué no podemos movernos por el tiempo como nos movemos por las otras dimensiones del espacio?

El Viajero del Tiempo sonrió.

—¿Está seguro de que nos podemos mover libremente por el espacio? Podemos ir a la izquierda o a la derecha, y hacia adelante y hacia atrás de manera bastante libre, y es lo que siempre han hecho las personas. Reconozco que nos movemos a voluntad en dos dimensiones, pero ¿qué me dice de arriba y abajo? La gravedad nos limita en ese sentido.

—No siempre —dijo el médico—. Hay globos.

—Pero antes de los globos, salvo por ocasionales saltos y por elevaciones en una superficie, las personas no se podían mover con libertad en vertical.

—Pero sí se pueden mover un poquito hacia arriba y hacia abajo —respondió el médico.

—Más fácil, muchísimo más fácil, hacia abajo que hacia arriba.

—Pero no es posible moverse para nada en el tiempo, no se puede escapar del presente.

—Mi estimado señor, ahí es justo donde se equivoca. Exactamente ahí es donde el mundo entero está equivocado. Siempre nos estamos escapando del momento presente. Nuestras existencias mentales, que son inmateriales y no tienen dimensiones, están pasando a lo largo de la dimensión temporal con una velocidad uniforme de la cuna a la tumba: si comenzáramos nuestra existencia a ochenta kilómetros de la superficie de la tierra, sería como si viajáramos hacia *abajo* durante nuestra vida.

—Pero la gran dificultad es esta —interrumpió el psicólogo—, uno *puede* ir y venir en todas las direcciones del espacio, pero no puede ir y venir en el tiempo.

—Esa es la semilla de mi gran descubrimiento. Y usted se equivoca al decir que no podemos ir y venir en el tiempo. Por ejemplo, si estoy recordando de forma muy fiel un incidente, regreso al instante en el que ocurrió, me ausento, como se dice. Voy a retroceder un momento. Por supuesto que no tenemos cómo permanecer en el pasado por mucho tiempo, y tampoco un bárbaro o un animal pueden sostenerse a un metro del suelo, pero una persona civilizada podría hacerlo mejor que un salvaje, ya que puede subir contra la gravedad en un globo y ¿por qué no podría esperarse que en algún punto sea capaz de detenerse?, ¿o acelerar su fluir a lo largo de la dimensión tiempo?, ¿o incluso dar la vuelta y viajar en la otra dirección?

—Ay, esto —comenzó a decir Filby— es todo tan...

—¿Por qué no? —dijo el Viajero del Tiempo.

—Es contrario a la razón —dijo Filby.

—¿A cuál razón? —preguntó el Viajero del Tiempo.

—Puede mostrar que el negro es blanco con sus argumentos —dijo Filby—, pero a mí nunca me va a convencer.

—Tal vez no —respondió el Viajero del Tiempo—. Pero ya ha comenzado a ver el objeto de mis investigaciones en la geometría de las *cuatro dimensiones*. Hace mucho tuve un vago indicio de una máquina...

—¡Para viajar en el tiempo! —exclamó el hombre joven.

—... que podría viajar de forma indiferente en cualquier dirección del espacio y el tiempo que determine su conductor.

Filby se aguantó la risa.

—Y tengo verificación empírica —dijo el Viajero del Tiempo.

—Sería extraordinariamente conveniente para los historiadores —sugirió el psicólogo—. ¿Se podría regresar en el tiempo y ve-

rificar la versión aceptada de la batalla de Hastings!, por ejemplo.

—¿No cree usted que atraería demasiada atención? —dijo el médico—. Nuestros ancestros no tienen mucha tolerancia para los anacronismos.

«Uno podría aprender griego directamente de los labios de Homero y Platón —pensó el jovencito—, pero en tal caso, seguro que me reprobarían de inmediato. ¡Los académicos alemanes han mejorado tanto la enseñanza del griego!».

—Ese es el futuro, entonces —dijo tras su meditación—. ¡Piénselo! Uno podría invertir todo su dinero, dejarlo acumulando intereses, y luego viajar hacia adelante en el tiempo.

—Para descubrir una sociedad —dije yo— erigida sobre una base comunista en rigor.

—¡De todas las posibles teorías extravagantes!... —empezó a decir el psicólogo.

—Sí, lo mismo me pareció, por eso nunca había hablado hasta...

—¡Verificación empírica! —grité—. ¿Va a poder verificar *eso*?

—¡El experimento! —gritó Filby, que se estaba empezando a cansar de pensar.

—De todas formas, veamos su experimento —dijo el psicólogo— aunque sabemos que será una farsa.

El Viajero del Tiempo nos sonrió. Luego, todavía con algo de sonrisa, y con sus manos hundidas en los bolsillos de su pantalón, salió del salón caminando lento, y escuchamos sus pantuflas arrastrarse por el largo pasillo hacia su laboratorio.

El psicólogo nos miró:

—Me pregunto qué es lo que tiene.

—Algún truco de prestidigitación, o de otro tipo —dijo el médico, y Filby trató de hablarnos de un mago que había visto en un pueblo, pero antes de que terminara su introducción, regresó el Viajero del Tiempo, y la anécdota de Filby colapsó.

II LA MÁQUINA

Lo que el Viajero del Tiempo sostenía en su mano era una estructura metálica brillante, apenas más grande que un reloj pequeño, y hecha de forma muy delicada. Había algo de marfil en él, y una sustancia cristalina, transparente. Y aquí debo ser

muy detallado, ya que lo que sigue—a menos que se acepte su explicación— es algo inexplicable. Él tomó una de las mesitas octogonales que había por todo el salón, la ubicó al frente del fuego, y apoyó las dos patas delanteras sobre la base de la chimenea. Encima puso el mecanismo. Luego acercó una silla y se sentó. El único objeto adicional en la mesa era una lamparita y su luz brillaba sobre el modelo. También había tal vez una docena de velas alrededor, dos en candelabros de cobre sobre la repisa de la chimenea y varias en apliques en la pared, así que el salón estaba bastante iluminado. Me senté en un sillón muy cerca del fuego y lo acerqué para quedar casi entre el Viajero del Tiempo y la chimenea. Filby se sentó detrás de él y miraba sobre su hombro. El médico y el alcalde lo veían desde el perfil derecho y el psicólogo desde el izquierdo. El jovencito se paró detrás del psicólogo. Estábamos todos muy atentos. A mí me parecía inverosímil que cualquier tipo de truco, sin importar con cuánto detalle hubiera sido preparado ni con qué tanta habilidad fuera ejecutado se nos pudiera pasar bajo estas condiciones.

El Viajero del Tiempo nos miró a todos y después vio el mecanismo.

—¿Y entonces? —dijo el psicólogo.

—Este aparato —dijo el Viajero del Tiempo, a la vez que apoyaba sus codos sobre la mesa y presionaba sus manos sobre el dispositivo— es solo un modelo. Mi plan es hacer una máquina que viaje a través del tiempo. Notarán que parece inclinada y que esta

barra tiene una extraña apariencia titilante, como si de alguna forma fuera irreal. —Y señaló con su dedo esa parte—. Además, aquí hay una palanquita blanca y aquí otra.

El médico se levantó de su silla para ver en detalle el objeto.

—Está hecho con gran cuidado —dijo.

—Tardé dos años en su fabricación —respondió el Viajero del Tiempo. Luego, cuando todos imitamos la acción del médico, agregó—: Ahora quiero que todos entiendan bien que esta palanca, al ser presionada, desliza la máquina hacia el futuro, y esta otra reversa el movimiento. Este sillín representa el asiento del viajero del tiempo. En este momento voy a presionar la palanca y se irá la máquina, desaparecerá, pasará a un tiempo futuro y se desvanecerá. Miren muy bien esta cosa. Miren también la mesa, y cerciórense de que no hay trucos. No quisiera desperdiciar este modelo para que después me digan que soy un charlatán.

Luego hubo más o menos un minuto de pausa. El psicólogo parecía querer decirme algo, pero se arrepintió. Después, el Viajero del Tiempo acercó su dedo a la palanca.

—No —dijo de repente—. Présteme su mano.

Giró hacia el psicólogo, tomó la mano de este con la suya y le pidió que apuntara con su dedo. Entonces fue el psicólogo quien envió el modelo de una máquina del tiempo a su viaje interminable. Todos vimos que la palanca volteó. Estoy totalmente convencido de que no hubo truco. Hubo un soplo de viento y saltó la llama de la lámpara. Una de las velas sobre la repisa de la chimenea se apagó, y la maquinita de repente giró, se hizo borrosa, se vio como un fantasma por unos cuantos segundos, como un remolino brillante de marfil y cobre que se desvanece, ¡y se esfumó! Salvo la lámpara, la mesa quedó vacía.

Todos nos quedamos en silencio por un minuto. El psicólogo se recuperó de su sorpresa, y de repente miró bajo la mesa. Lo que hizo reír con ánimo al Viajero del Tiempo.

—¿Y entonces? —dijo, refiriéndose al psicólogo.

Luego se levantó, fue hacia el frasco de tabaco que estaba sobre la repisa de la chimenea y dándonos la espalda comenzó a llenar su pipa. Nos miramos entre nosotros.

—Mire —dijo el médico—, ¿esto es en serio?, ¿usted en realidad cree que esa máquina viajó en el tiempo?

—Sin ninguna duda —dijo el Viajero del Tiempo, mientras se agachaba para prender un fósforo en el fuego. Luego se volteó, encendió su pipa y miró de frente al psicólogo (este, para demostrar que no estaba nada alterado, tomó un cigarro y trató de encenderlo sin cortar antes la punta)—. Es más, tengo una gran máquina casi terminada ahí. —Y señaló su laboratorio—. Y cuando esté lista tengo la intención de hacer un viaje por cuenta propia.

—¿Quiere decir que esa máquina viajó hacia el futuro? —preguntó Filby.

—Hacia el futuro o hacia el pasado. No sé con certeza cuál de los dos.

Después de una pausa, el psicólogo pareció inspirarse:

—Debió ser al pasado, si es que fue a alguna parte —dijo.

—¿Por qué? —preguntó el Viajero del Tiempo.

—Porque supongo que no se movió del espacio, y si viajó al futuro, aún estaría aquí todo este tiempo, ya que debió viajar a través de este momento.

—Pero —dije yo— si hubiera viajado al pasado habría estado visible cuando entramos por primera vez a este salón, así como el jueves pasado que también vinimos, y el jueves anterior, y así.

—Importantes objeciones —dijo el alcalde, con aire de imparcialidad, y se giró hacia el Viajero del Tiempo.

—Ni un poquito —respondió este, y luego miró al psicólogo—. Piénselo. *Usted* puede explicarlo.

—Por supuesto —dijo el psicólogo, y nos tranquilizó—. Es un simple punto de vista psicológico. Debí haberlo pensado antes.

Es bastante simple y explica muy bien la paradoja. No podemos ver ni podemos apreciar esta máquina mucho más de lo que podemos ver los radios de una rueda mientras está girando o una bala pasando por el aire. Si está viajando a través del tiempo cincuenta o cien veces más rápido que nosotros, si atraviesa a lo largo de un segundo lo que nosotros en un minuto, la impresión que crea será por supuesto una quincuagésima o una centésima de lo que sería si no estuviera viajando en el tiempo. Es bastante claro. —Luego pasó su mano por el espacio en el que estuvo la máquina—. ¿Lo ven? —agregó riendo.

Nos sentamos y miramos la mesa vacía por cerca de un minuto. Luego nos preguntó el Viajero del Tiempo qué pensábamos de todo esto.

—Parece bastante plausible para esta noche —dijo el médico—, pero esperemos a ver mañana, con el sentido común que llega con el día.

—¿Les gustaría ver la máquina del tiempo? —preguntó el Viajero del Tiempo.

A continuación, con la lámpara en su mano nos guio a lo largo del oscuro corredor hacia su laboratorio. Recuerdo claramente la luz titilante, la silueta de su cabeza, la danza de las sombras, cómo todos lo seguimos, intrigados pero incrédulos, y cómo ahí, en el laboratorio, guardaba una versión mayor de la maquina que habíamos visto desaparecer ante nuestros ojos. Unas partes eran de níquel, otras de marfil, otras que sin duda habían sido limadas o aserradas de un cuarzo. El aparato estaba casi terminado, pero las barras cristalinas retorcidas se apoyaban incompletas sobre el banco junto a planos de dibujos, y tomé una de estas para verla mejor. Me pareció que era cuarzo.

—Mire —dijo el médico—, ¿esto de verdad es serio?, ¿o es un truco como el del fantasma que nos mostró la Navidad pasada?

—Sobre esa máquina —dijo el Viajero del Tiempo, con la lám-

para en alto— me dispongo a explorar el tiempo. ¿Está claro? Nunca he dicho nada más serio en mi vida.

Ninguno de nosotros supo cómo interpretarlo. Busqué la mirada de Filby por encima del hombro del médico y él me hizo un guiño solemne.

III EL VIAJERO DEL TIEMPO REGRESA

Pienso que hasta ese momento ninguno de nosotros creía realmente en esa máquina. Lo cierto es que el Viajero del Tiempo era uno de esos hombres demasiado inteligentes como para creerles: nunca sentías que estabas viendo todo alrededor suyo,

siempre sospechabas de una reserva escondida, una emboscada a la ingenuidad detrás de su lúcida franqueza. Si Filby nos hubiera enseñado el modelo y explicado con las palabras del Viajero del Tiempo, le habríamos mostrado muchísimo menos escepticismo. En él habríamos percibido sus motivos: hasta un carnicero podría entender a Filby. Pero el Viajero del Tiempo tenía algunos rasgos más que impredecibles, y desconfiábamos de él. Cosas que harían famoso a un hombre menos inteligente, en sus manos parecían simples trucos. Es un error hacer que las cosas parezcan demasiado fáciles. La gente que se lo tomaba en serio nunca estaba por completo segura de su conducta: de cierta forma eran conscientes de que confiar sus reputaciones al juicio que hicieran de él era como decorar una guardería con porcelana china. Por eso creo que ninguno de nosotros habló mucho de viajar en el tiempo en el intervalo entre ese jueves y el siguiente, aunque sin duda sus raras capacidades rondaban en la mayoría de nuestras mentes: lo que tenía de admirable, es decir, lo práctico que era, así como las curiosas posibilidades de anacronismo y de total confusión que proponía. En lo personal, estaba preocupado en específico por el truco del modelo. Recuerdo haber discutido esto con el médico, con quien me encontré el viernes en la Sociedad Linneana¹; me

.....

¹ Nota de la adaptación: *Linnean Society of London*, sociedad científica dedicada al estudio y la divulgación de la taxonomía. Fundada en 1788.

dijo que había visto algo parecido en Alemania, y lo intrigaba sobre todo la vela que se apagó. Pero cuál era el truco, no tendría cómo explicarlo.

Al jueves siguiente regresé a Richmond —supongo que era uno de los invitados más frecuentes del Viajero del Tiempo—, y como llegué tarde, encontré a otros cuatro o cinco hombres reunidos en el salón. El médico estaba parado frente al fuego con una hoja de papel en una mano y su reloj en la otra. Miré alrededor buscando al Viajero del Tiempo, y...

—Ya son las siete y media —dijo el médico—, supongo que lo mejor es que cenemos.

—¿Dónde está ____? —pregunté yo, nombrando a nuestro anfitrión.

—¿Apenas llega? Él tuvo un retraso inevitable. Me pide, en esta nota, que pasemos a cenar a las siete si no ha regresado. Dice que nos explicará cuando llegue.

—Sería una pena dejar que la cena se dañe —dijo el director de un diario reconocido, y, a continuación, el médico hizo sonar la campanilla.

El psicólogo era la única persona, además del médico y yo, que había estado presente en la cena anterior. Los otros eran: Black, el director ya mencionado; un periodista y alguien más, un hombre tímido y callado que no conocía y quien, hasta donde me pude dar cuenta, no abrió su boca en toda la noche. Algunas especulaciones relacionadas con la ausencia del Viajero del Tiempo rondaban la mesa, y yo sugerí, en tono bromista, que estaba viajando en el tiempo. El director quiso una explicación y el psicólogo se ofreció a hacer un recuento de «la ingeniosa paradoja y el truco» que habíamos presenciado hacía una semana. Estaba en medio de su presentación cuando la puerta del corredor se abrió lentamente y sin hacer ruido. Yo estaba frente a la puerta y fui el primero en verlo.

—¡Hola! —le dije—. ¡Por fin!

La puerta se abrió más y el Viajero del Tiempo se paró frente a nosotros. Yo solté un grito de sorpresa.

—¡Santo cielo! ¿Qué le ha pasado? —gritó el médico, que fue el siguiente en verlo.

Y todo el resto de la mesa se giró hacia la puerta.

Él se veía en una condición lamentable. Su abrigo estaba lleno de polvo y mugre, y untado de algo verde en las mangas; estaba despeinado y me pareció a mí que más encanecido, ya fuera por el polvo y la suciedad o porque de verdad el color se había desvanecido. Su rostro estaba muy pálido y tenía un corte oscuro en su mandíbula —cicatrizado a medias—, su expresión era ojerosa y demacrada, como si hubiera sufrido intensamente. Por un instante titubeó en el marco de la puerta, como si la luz lo deslumbrara. Luego entró al cuarto. Caminó con una cojera igual a la de los vagabundos cansados de andar. Lo miramos en silencio, esperando que hablara.

No dijo ni una palabra, pero caminó adolorido hacia la mesa y señaló el vino. El director llenó una copa de champaña y se la acercó. Se la tomó sin pausa y pareció hacerle bien: miró a todos en la mesa, y un asomo de su vieja sonrisa apareció en su rostro.

—Pero ¿qué demonios ha estado haciendo? —preguntó el doctor.

El Viajero del Tiempo no dio señales de haberle oído.

—No dejen que los distraiga —dijo, con cierto hablar inseguro. —Yo estoy bien.

Se detuvo, extendió su copa para pedir más, y se la bebió de un trago.

—Qué bien —dijo.

Sus ojos empezaron a brillar y algo de color regresó a sus mejillas. Su mirada pasaba por nuestras caras con cierta aprobación aburrida y luego miró al cálido y cómodo salón. Entonces volvió a hablar, todavía como si se estuviera abriendo camino a través de sus palabras.

—Voy a bañarme y a vestirme y luego regresaré a dar explicaciones... Guárdenme un trozo de cordero, me muero por un poco de carne.

Miró al director, que era un visitante poco frecuente, y le preguntó si estaba bien. Este comenzó a hacerle una pregunta.

—Ahora le respondo—dijo el Viajero del Tiempo—. Estoy... raro. En un minuto estaré bien.

Descargó su copa y caminó hacia la puerta de las escaleras. De nuevo noté su cojera y el suave sonido de sus pisadas; me paré desde mi puesto y miré sus pies cuando se alejaba. No llevaba puesto más que un par de medias deshilachadas y con manchas de sangre. Luego la puerta se cerró detrás de él. Estaba a punto de seguirlo, pero recordé cuánto detestaba que se hiciera cualquier alboroto relacionado con él. Mi mente estuvo vagando por las nubes por cerca de un minuto, y luego escuché al director:

—Singular comportamiento de un eminente científico—dijo, pensando, como era su costumbre, en titulares.

Y con esto regresó mi atención a la cena.

—¿A qué juega?—preguntó el periodista—. ¿Ha estado haciendo de mendigo aficionado? No lo entiendo.

Mi mirada se encontró con la del psicólogo y pude ver mi propia interpretación en el rostro suyo. Pensé en el Viajero del Tiempo cojeando adolorido arriba en su habitación. Creo que nadie más notó esta renquera.

El primero en recuperarse del todo de la sorpresa fue el médico, quien hizo sonar la campanilla para el siguiente plato—el Viajero del Tiempo odiaba tener a los sirvientes en espera durante una cena—. A esto, el director volvió a tomar su cuchillo y su tenedor con un gruñido, y el hombre silencioso lo siguió. Continuó la comida. La conversación estuvo animada durante un rato, luego el director manifestó su genuina curiosidad:

—¿Nuestro amigo está ajustando sus ingresos barriendo estiércol en las calles? ¿O acaso hizo votos de pobreza?—preguntó.

—Estoy seguro de que tiene que ver con la máquina del tiempo—dije yo, retomando el comentario hecho antes por el psicólogo sobre nuestro encuentro anterior.

Los invitados nuevos estaban francamente incrédulos. El director objetó:

—¿De qué viajes en el tiempo están hablando? Una persona no se puede cubrir de polvo dando vueltas en una paradoja, ¿o sí?—Y luego se le ocurrió convertirlo en chiste—. ¿O es que no se cepilla la ropa en el futuro?

De igual forma, el periodista, que tampoco se lo creía por nada del mundo, se unió al director en la crítica fácil de ridiculizar todo el asunto. Ambos eran del nuevo tipo de periodistas: jóvenes muy entusiastas e irreverentes.

—Recibimos un informe de nuestro corresponsal especial que envía desde pasado mañana—estaba diciendo el periodista, o más bien gritando, cuando regresó el Viajero del Tiempo.

Estaba vestido con ropa normal para la noche, y, salvo su rostro demacrado, nada más quedaba de su apariencia anterior.

—Estaba diciendo—intervino el director de manera chistosa—que estos señores afirman que usted hizo un viaje ¡hacia la mitad de la próxima semana! ¿Podría contarnos qué estará pasando?, ¿cuánto me cobra por una serie de artículos?

El Viajero del Tiempo se dirigió al puesto que se le había reservado sin decir una palabra. Sonrió levemente, como acostumbraba.

—¿Y mi cordero?—dijo—. ¡Qué gusto es volver a trincar un pedazo de carne con un tenedor!

—¡La historia!—gritó el director.

—Qué historia ni qué historia—dijo el Viajero del Tiempo—. Quiero comer algo. No diré ni una palabra hasta no tener algo de proteína en mis venas. Gracias. Y un poco de sal.

—Solo una cosa —dije—, ¿ha estado viajando en el tiempo?

—Sí —respondió el Viajero del Tiempo, con la boca llena, afirmando con la cabeza.

—Pagaría a un chelín la línea por su testimonio —dijo el director.

El Viajero del Tiempo empujó su copa hacia el hombre silencioso y la golpeteó con la uña, este lo había estado mirando a la cara y, un poco nervioso, le sirvió vino. El resto de la cena fue incómoda. Por mi parte, estuve a punto de empezar a preguntarle, y me atrevo a decir que pasó lo mismo con los otros. El periodista trató de aliviar la tensión contando anécdotas del diario. El Viajero del Tiempo dedicó su atención a su comida, y dio muestras del apetito de un mendigo. El médico fumaba un cigarrillo y miraba al Viajero del Tiempo con los ojos entrecerrados. El silencioso parecía más torpe que de costumbre, y bebió champaña con una frecuencia y una decisión evidentemente nerviosas. Por fin el Viajero del Tiempo alejó su plato y nos miró a todos.

—Supongo que debo ofrecer disculpas —dijo—. Solo estaba hambriento. He vivido una experiencia maravillosa. —Alcanzó un cigarro y le cortó la punta—. Pero vamos al salón de fumadores. Es una historia muy larga para contarla frente a platos sucios.

Hizo sonar la campanilla al pasar y encabezó el camino al salón del lado.

—¿Les habló a Blank, Dash y Chose de la máquina? —me dijo, recostado en su sillón, en referencia a los tres invitados nuevos.

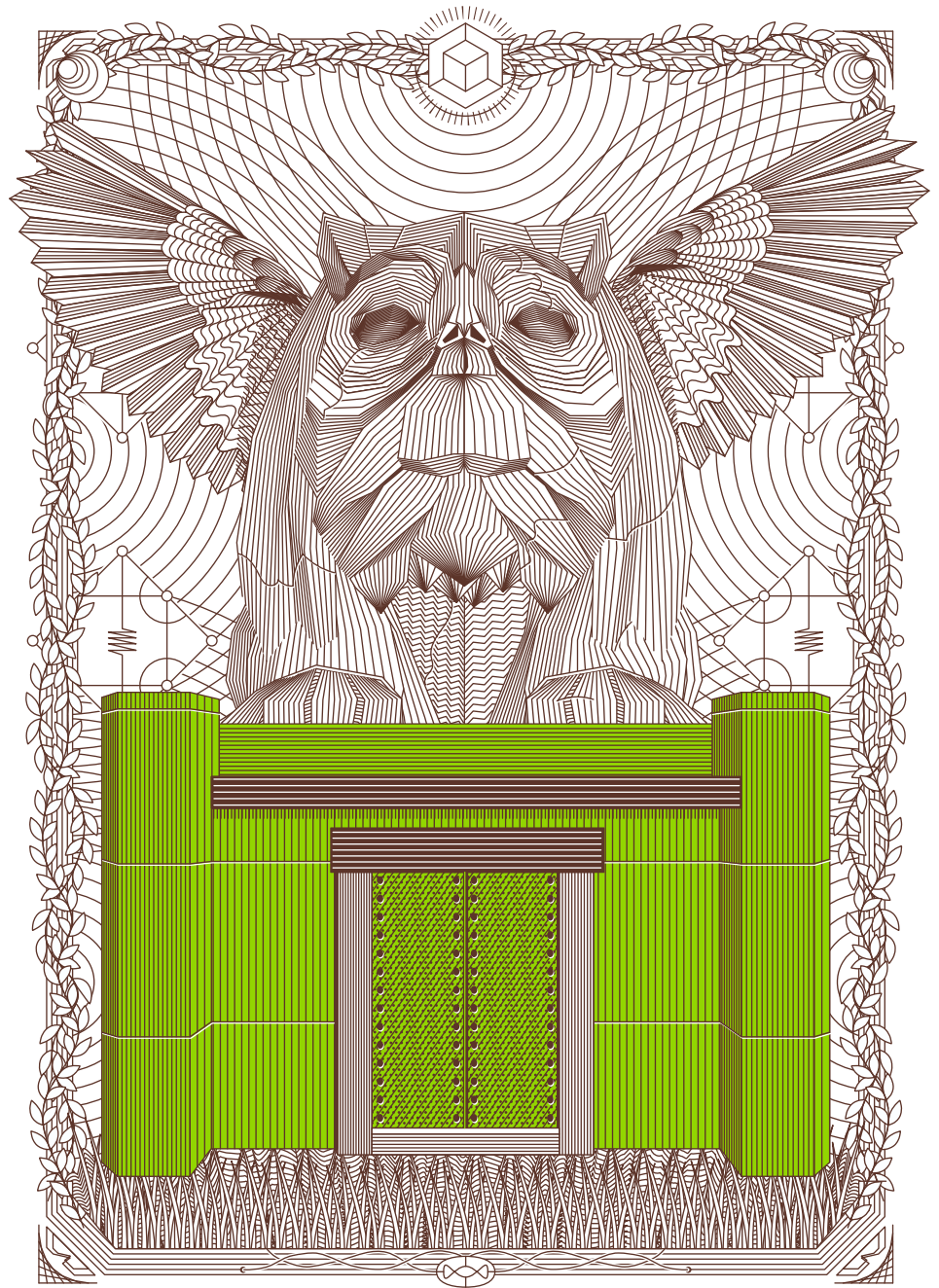
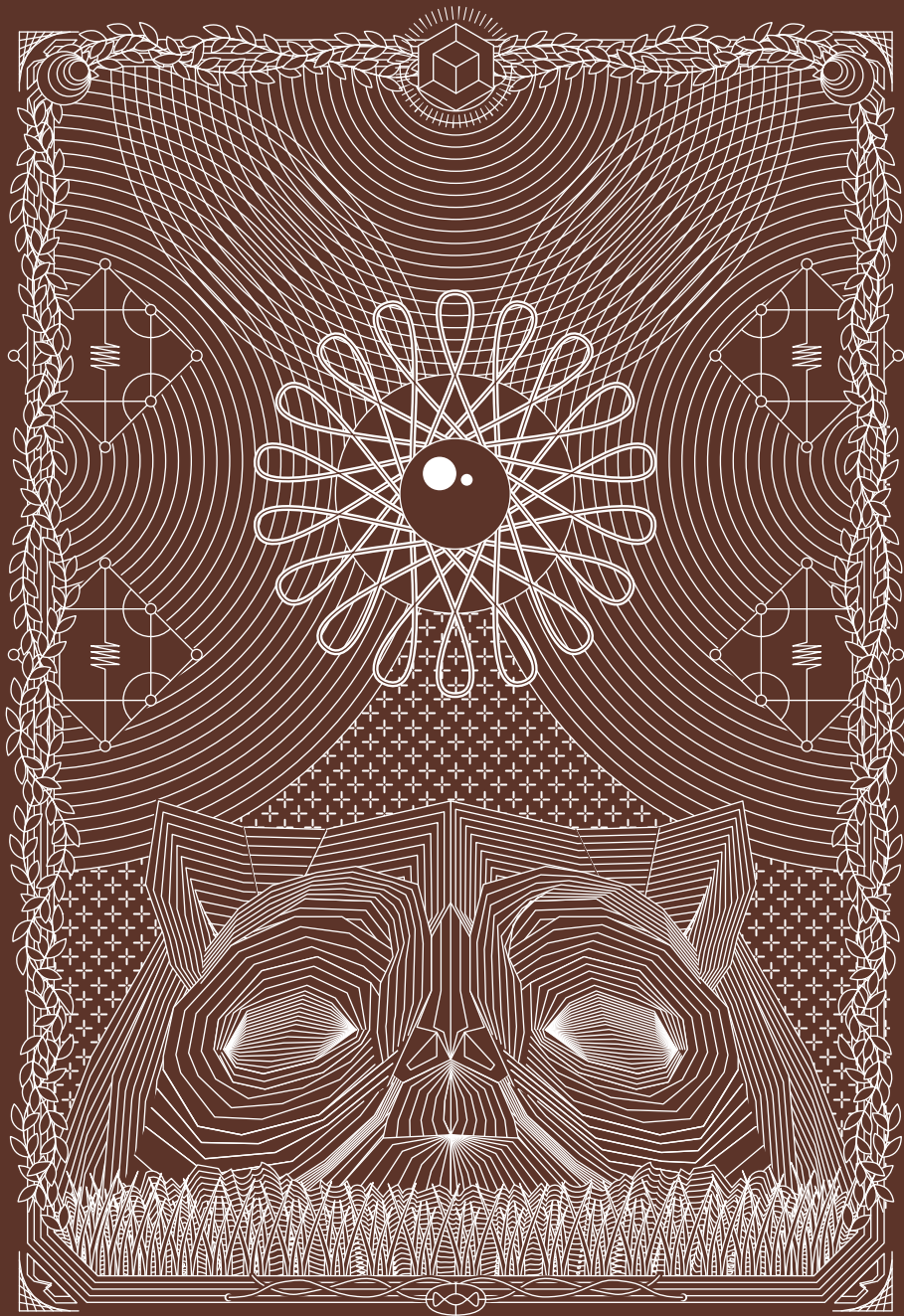
—Pero se trata de una simple paradoja —dijo el director.

—Esta noche no puedo discutir. No tengo problema en contar la historia, pero no discutiré. Lo que haré —continuó— es contar lo que me ocurrió, pero deben evitar interrumpirme. Quiero contarlo. Fervientemente. La mayoría parecerá mentira. ¡Pues que así sea! Sin embargo, todo es verdad, cada una de mis palabras. Estaba en mi laboratorio a las cuatro en punto, y desde entonces...

Viví ocho días... ¡Días como ningún humano los ha vivido antes! Estoy agotado, pero no iré a dormir hasta que les termine de contar esto. Luego iré a la cama. Pero ¡que no haya interrupciones! ¿Estamos de acuerdo?

—De acuerdo —dijo el director. Y los demás hicimos eco a sus palabras.

Y así empezó el Viajero del Tiempo su relato, como lo contaré aquí. Al principio se recostó en su sillón y habló con mucho cansancio. Más adelante comenzó a animarse. Al escribirlo, siento con demasiada intensidad la insuficiencia de la pluma y la tinta —pero, sobre todo, mi propia insuficiencia— para expresar su valor. Supongo que lo leen con bastante atención, pero no pueden ver la sinceridad en el rostro del relator bajo el brillante círculo de luz de la lamparita, ni escuchar las entonaciones de su voz. No pueden saber cómo sus expresiones acompañaban los giros del relato. La mayoría de los escuchas estábamos en la sombra, pues las velas del cuarto de fumadores no se habían encendido, y solo estaban iluminadas la cara del periodista y las piernas, hasta las rodillas, del hombre silencioso. Al principio nos mirábamos unos a otros. Después de un tiempo dejamos de hacerlo, y solo miramos el rostro del Viajero del Tiempo.



IV

VIAJAR EN EL TIEMPO

—El jueves pasado les conté a algunos de ustedes los principios de la máquina del tiempo, y se las mostré, incompleta, en mi taller. Ahí está en este momento, aunque un poco desgastada por el viaje, una de las barras de marfil está fisurada y el riel de

bronce doblado, pero el resto continúa en buen estado razonable. Esperaba tenerla terminada el viernes, pero ese día, cuando el ensamblaje estaba casi finalizado, me di cuenta de que una de las barras de níquel quedaba corta por dos centímetros exactos, y que tenía que volverla a hacer, de manera que no pude terminarla hasta hoy en la mañana. Fue a las diez en punto de hoy que el primero de los viajes en el tiempo comenzó su curso. Le di un último toque, ajusté de nuevo todos los tornillos, puse una gota más de aceite en el rodillo de cuarzo, y me senté en el sillín. Me imagino que un suicida que apunta una pistola a su cráneo siente la misma intriga que sentí yo por saber qué hay a continuación. Tomé con una mano la palanca de arranque y la de freno en la otra, presioné la primera, y casi de inmediato la segunda. Me pareció tambalear, sentí la impresión de caer en una pesadilla. Miré alrededor y vi el laboratorio justo igual que antes. ¿Había ocurrido algo? Por un momento sospeché que mi mente me había jugado un truco. Luego me di cuenta del reloj. Antes estaba cerca de un minuto pasadas las diez, ¡y ahora eran casi las tres y media!

Tomé aliento, apreté los dientes, agarré la palanca de inicio con ambas manos, y partí con un ruido seco. El laboratorio se llenó de bruma y después oscureció. La señora Watchett entró y se dirigió, en apariencia sin verme, hacia la puerta del jardín. Supongo que le tomó más o menos un minuto atravesar el lugar, pero para mí, pasó como un cohete por el salón. Empujé la palan-

ca a su posición máxima. La noche llegó como si se apagara una lámpara, y de inmediato llegó el día siguiente. El laboratorio se veía difuso y nublado, y luego más y más difuso. Regresó la noche, y luego el día, y de nuevo la noche, y otra vez el día, y cada vez más rápido. El murmullo de un remolino llenaba mis oídos y una confusión extraña y muda ocupaba mi cabeza.

Me temo que no puedo transmitir con precisión las particulares sensaciones de viajar en el tiempo. Todas son en extremo incómodas. Se siente igual a cuando uno da un giro de cabezas precipitado e inevitable. Sentí también la horrible antesala de un choque inminente. A medida que cogí ritmo, la noche empezó a seguir al día como el aleteo de un ave. La impresión difusa del laboratorio comenzó a alejarse de mí, y vi el sol saltar con rapidez por el cielo, un salto cada minuto, cada salto marcaba un día. Supuse que el laboratorio se había destruido y que ahora yo estaba al aire libre. Tuve la leve impresión de unos andamios, pero ya estaba yendo demasiado rápido para notar en detalle cualquier movimiento. El caracol más lento que haya existido pasó arrastrándose demasiado rápido para poder verlo. La sucesión titilante de luz y oscuridad era bastante dolorosa para los ojos. Y luego, en la oscuridad intermitente, vi la luna girar con prisa por todas sus fases, de nueva a llena, y vi además un ligero asomo de las estrellas circundantes. Finalmente, mientras seguía avanzando y ganando velocidad, las palpitaciones del día y la noche se unieron en un gris continuo, el cielo adquirió la profundidad de un azul maravilloso, un color luminoso y espléndido como el de un amanecer, el sol en movimiento se convirtió en una línea de fuego, un arco brillante, y la luna, en el espacio, en una banda fluctuante más tenue. No pude ver nada de las estrellas, excepto de vez en cuando un círculo brillante asomándose entre el azul.

El paisaje estaba nublado e indefinido. Yo seguía en la ladera de la colina sobre la que se sostiene esta casa, y el saliente se veía

sobre mí, gris y confuso. Pude ver árboles que crecían y cambiaban como soplos de vapor, primero verdes, luego secos, crecían, se expandían, se deshojaban y morían. Vi elevarse enormes edificaciones, tenues y hermosas, pasar como sueños. Toda la superficie de la tierra parecía cambiada, se derretía y fluía ante mis ojos. Las manecillas en el tablero que registraba mi velocidad daban vueltas cada vez más rápido. A continuación, noté que la órbita del sol se balanceaba de arriba abajo, de solsticio en solsticio, en menos de un minuto y que, en consecuencia, mi paso alcanzó un año por minuto, y minuto a minuto la blanca nieve caía sobre el mundo, se desvanecía y era seguida por el breve y brillante verde de la primavera.

Las sensaciones desagradables del comienzo ahora eran menos molestas, y comenzaron a convertirse en una especie de entusiasmo histérico. De hecho, noté un movimiento torpe de la máquina que no podría explicar, pero mi mente estaba demasiado confundida para ocuparme de eso, así que con una especie de locura que me crecía por dentro, me arrojé de cabeza al futuro. Al principio, apenas si consideré detenerme, no pensé en nada diferente a estas nuevas sensaciones. Pero luego, nuevos pensamientos tomaban forma en mi cerebro —cierto tipo de curiosidad, y con ella, cierto tipo de temor— hasta que al final las asumí por completo. Qué raros desarrollos de la humanidad, qué increíbles avances frente a nuestra rudimentaria civilización podré encontrar cuando me acerque a mirar este nuevo mundo que pasa frente a mis ojos, pensé. Vi una arquitectura grandiosa, espléndida, cerca de mí, más gigantesca que cualquier construcción de nuestro tiempo, y, aun así, parecía hecha de destello y niebla. Vi un verde más intenso por la ladera de la colina permanecer ahí sin intromisión invernal. Incluso a través del velo de mi confusión, la tierra parecía bastante linda. Fue entonces que a mi mente llegó la idea de detenerme.

Había un riesgo particular en la posibilidad de encontrarme con alguna sustancia en el espacio que la máquina o yo ocupábamos. Mientras estuviera viajando a alta velocidad a través del tiempo, esto poco importaba, estaba, por así decirlo, protegido: me deslizaba como un vapor por los intersticios de las sustancias que aparecieran. Pero detenerme implicaba untarme, molécula a molécula, de lo que fuera que estuviera en mi camino; es decir, significaba llevar mis átomos a un contacto tan íntimo con los de la sustancia, que podría resultar una profunda reacción química, tal vez una explosión de largo alcance, y tanto mi máquina como yo volaríamos lejos de cualquier dimensión posible hacia lo desconocido. Esta posibilidad se me había ocurrido una y otra vez mientras construía la máquina, pero luego la había aceptado alegremente como un riesgo inevitable, uno de esos que hay que afrontar. Ahora que el riesgo era ineludible, ya no lo veía con el mismo ánimo despreocupado. Lo cierto es que la extrañeza absoluta de todo, el preocupante temblor y balanceo de la máquina, y sobre todo, la sensación prolongada de estar cayendo, habían alterado mis nervios por completo. Me había dicho que nunca me detendría, pero en una acción contradictoria resolví detenerme en el acto. Como un tonto impaciente, tiré con fuerza de la palanca e inevitablemente el aparato se tambaleó y fui arrojado de cabeza al aire.

Sentí un sonido parecido a un trueno en mis oídos. Por un momento quedé aturdido. Un despiadado granizo silbaba a mi alrededor, yo estaba sentado sobre césped suave frente a la máquina volcada. Todo parecía aún gris, pero empecé a notar que la confusión en mis oídos había desaparecido. Miré a mi alrededor. Estaba en lo que parecía ser el prado de un jardín, rodeado de arbustos florales y me di cuenta de que sus pétalos lilas y morados caían como lluvia por el golpe del granizo. Al momento estaba empapado hasta los huesos. «Qué amable recibimiento —dije— para un hombre que ha viajado innumerables años para verte».

Pensé que era tonto de mi parte seguirme mojando. Me levanté y miré alrededor. Una figura enorme, aparentemente tallada sobre una piedra blanca, se asomaba inconfundible tras los arbustos entre el nublado aguacero. Pero todo el resto del mundo estaba invisible.

Es difícil describir lo que sentí. A medida que el granizo iba menguando, pude ver con más definición la escultura blanca. Era tan alta que un abedul plateado le llegaba al hombro. Estaba hecha de mármol blanco y la forma se asemejaba a una esfinge alada, solo que las alas, en lugar de estar en posición vertical a cada lado, estaban regadas alrededor, así que parecía flotar. El pedestal me pareció hecho de bronce, con una gruesa capa de óxido verdoso. Por casualidad, la cara estaba hacia mí, sus ojos ciegos parecían mirarme y había un ligero asomo de sonrisa en sus labios. Estaba bastante desgastada por la intemperie. Me quedé parado mirándola durante tal vez medio minuto, o media hora. Parecía avanzar y retroceder a medida que el granizo caía frente a ella más denso o más ligero. Por fin logré apartar mis ojos por un momento, y noté que de la cortina de granizo quedaban apenas unas gotas y que el cielo se iluminaba con la promesa cercana del sol.

Miré de nuevo a la blanca figura agazapada, y de repente sentí la total temeridad de mi viaje. ¿Qué aparecería cuando dejara de caer granizo? ¿Qué podría haberle ocurrido a la humanidad? ¿Qué tal que la crueldad se haya convertido en un comportamiento común? ¿Qué tal que en este intervalo el hombre haya perdido sus cualidades y haya evolucionado en algo inhumano, desapasionado y con un poder aplastante? Tal vez les parezco un animal salvaje del viejo mundo, terrible y repugnante aunque semejante, una criatura inmundada que tiene que ser eliminada.

Empecé a poder ver más cosas en medio de la tormenta decreciente: enormes edificios con intrincados parapetos y largas

columnas, y una ladera boscosa cercana. De pronto sentí pánico. Volteé con desespero hacia la máquina del tiempo y me esforcé arduamente por reacomodarla. Mientras lo intentaba, los rayos del sol atravesaron la tormenta. El gris aguacero quedó atrás y desapareció como el gastado vestido de un fantasma. Sobre mí, en el intenso azul del cielo de verano, quedaban leves restos de nubes oscuras. Grandes edificaciones me rodeaban, claras y definidas, y sobre estas brillaba la humedad dejada por la tormenta. Me sentía desnudo en un mundo extraño. También un poco como un pájaro en el aire, que sabe que el halcón lo acecha y lo atraparé. Mi miedo se volvió delirio. Tomé aire, apreté los dientes y de nuevo arremetí con fuerza, con rodillas y palmas, hacia la máquina. Esta cedió ante mi desesperado impulso y se volteó. Me di un fuerte golpe en la mandíbula. Con una mano en el sillín y otra en la palanca, respiraba con agitación y me paré en posición de volver a montarme.

Pero al recuperar la posibilidad de partir, retomé también el valor. Volví a mirar con más curiosidad y menos temor a este mundo del futuro remoto. En una apertura circular, en lo alto de una pared de la casa más cercana vi un grupo de personas con suaves y ricos vestuarios. Miraban en mi dirección, me habían visto.

Luego escuché voces que se acercaban. Saliendo de los arbustos cerca de la esfinge blanca vi las cabezas y los hombros de personas que corrían. Uno de ellos salió por un camino que se dirigía justo al pequeño prado en el que me encontraba con mi máquina. Era una figura pequeña, como de un metro veinte de altura, vestida con una túnica morada, ajustada en la cintura con una correa de cuero. Llevaba sandalias o botines —no los pude identificar— en sus pies, sus piernas desnudas hasta la rodilla y no llevaba nada en la cabeza. Al ver esto, caí en la cuenta de lo cálido que era el aire.

Me dio la impresión de ser una criatura muy bella y graciosa, pero increíblemente frágil. Su rostro sonrojado me recordó el tipo

de belleza de la tuberculosis² —esa belleza febril de la que tanto hemos oído hablar—. Su apariencia me devolvió de repente la confianza, y retiré las manos de la máquina.

V EN LA ERA DORADA

Al momento estaba parado frente a frente con esta frágil persona de nuestro futuro. Caminó directo hacia mí y sonrió mirándome a los ojos. La ausencia total de cualquier tipo de temor en su comportamiento me llamó la atención de inmediato.

Luego giró hacia donde estaban los otros dos que la seguían y les habló en un extraño idioma, suave y fluido.

Venían más en camino, y un pequeño grupo de unas ocho o diez de estas exquisitas criaturas estaba cerca de mí. Una de ellas me habló. Se me ocurrió, con algo de extrañeza, que mi voz les sonaría muy áspera y profunda. Entonces negué con la cabeza, y apuntando a mis oídos negué de nuevo. Se acercó un paso, dudó, y luego tomó mi mano. Después empecé a sentir otros suaves y pequeños tentáculos en mi espalda y hombros. Querían cerciorarse de que yo era real. No había nada alarmante en este gesto. De hecho, había algo en estas lindas personitas que inspiraba confianza: una amabilidad agradable, cierta simplicidad infantil. Pero además se veían tan frágiles que me podía ver derribando con facilidad la docena completa de ellos como bolos. Hice un movimiento repentino para prevenirlos cuando vi sus manitos rosadas tocando la máquina del tiempo. Por fortuna, antes de que fuera demasiado tarde, pensé en el peligro que hasta ese momento había descuidado, me apoyé sobre las barras de la máquina, desatornillé las palanquitas que la ponían en movimiento y me las guardé en el bolsillo. Luego me volví a girar para ver qué podía hacer en términos de comunicación.

Después, mirando más en detalle sus rasgos, noté otras peculiaridades en su tipo de belleza de porcelana china. El pelo, que lo tenían rizado de manera uniforme, terminaba en puntas tanto en

.....
2 N. de la A.: En la era victoriana existía la creencia idealizada de que la tuberculosis daba a quienes la padecían una apariencia pálida, débil y etérea que era considerada una forma de belleza.

el cuello como en las mejillas, y no había el más mínimo asomo de este en sus caras; sus orejas eran diminutas; sus bocas pequeñas, con labios de un rojo brillante, aunque delgados; y sus mentones puntiagudos. Tenían los ojos grandes y dulces, y —aunque pueda parecer prejuicioso de mi parte— se me ocurrió que había en ellos cierta falta del interés que yo habría esperado que tuvieran.

Como no hicieron ningún esfuerzo por comunicarse conmigo, solo se quedaron parados a mi alrededor sonriendo y hablando entre ellos en voz baja, yo inicié la conversación. Señalé la máquina del tiempo y después a mí. Luego, un poco indeciso sobre cómo expresar la idea de tiempo, señalé el sol. De inmediato, una de las lindas figuritas, vestida de cuadros morados y blancos, repitió mi gesto, y luego me sorprendió al imitar el sonido de un trueno.

Por un instante quedé perplejo, aunque el significado de su gesto era bastante claro. Una pregunta surgió de repente en mi mente: ¿eran tontas estas criaturas? Es difícil que entiendan lo que sentí. Veán, es que siempre había imaginado que las personas del año ochocientos dos mil y algo nos llevarían una gran ventaja en conocimientos, arte y todo lo demás, pero entonces uno de ellos me hace una pregunta que lo ponía al nivel intelectual de uno de nuestros niños de cinco años; es decir, ¿me preguntó que si yo había llegado desde el sol en la tormenta! No había querido juzgarlos por sus ropas, su tamaño y su fragilidad, pero tal vez tenía razón. Me inundó una decepción enorme. Por un momento pensé que había construido la máquina del tiempo para nada.

Afirmé con la cabeza, señalé al sol y mi representación del trueno fue tan fiel que se asustaron. Todos retrocedieron un paso y agacharon la cabeza. Luego se me acercó uno riendo, traía un collar de hermosas flores, todas desconocidas para mí, y me lo colgó en el cuello. Este gesto fue recibido con un melodioso aplauso, y empezaron todos a correr de aquí para allá con flores que me tiraban encima con una sonrisa, hasta que quedé casi sofocado de

pétalos. Ustedes que nunca las han visto no alcanzan a imaginar qué delicadas y maravillosas flores ha creado la cultura de innumerables años. Entonces alguien propuso que su juguete fuera exhibido en la edificación más cercana, así que me llevaron más allá de la esfinge de mármol blanco —que parecía haberme estado mirando todo el tiempo, sonriendo ante mi sorpresa—, hacia un gran edificio de piedra gris desgastada. Mientras avanzaba con ellos, recordé, y no pude evitar reírme, mis confiadas anticipaciones de una posteridad profundamente seria e intelectual.

El edificio tenía una enorme entrada, y era de dimensiones colosales. En realidad yo estaba más ocupado en la creciente afluencia de estas personitas y en los enormes portales que se abrían ante mí, oscuros y misteriosos. Mi impresión general del mundo que vi sobre sus cabezas fue un enredo de hermosos arbustos y flores, un jardín descuidado por mucho tiempo, y aun así, libre de malezas. Vi una serie de altas espigas de extrañas flores blancas, que medían cerca de medio metro de un extremo a otro de sus pétalos extendidos. Crecían en desorden entre los matorrales, pero, como dije, no los examiné a fondo en ese momento. La máquina del tiempo quedó abandonada en el prado, entre los arbustos.

El arco de la entrada estaba laboriosamente tallado, pero no miré los detalles, aunque al pasar me pareció notar muestras de una antigua decoración fenicia, y me impresionó verla bastante quebrada y desgastada por la intemperie. Más personas con sus trajes brillantes me recibieron en la entrada, y pasamos al interior. Me veía grotesco vestido con mi opaco traje del siglo XIX, adornado con flores y rodeado de un remolino de túnicas de colores suaves, entre un melodioso murmullo de risas y alegres conversaciones.

La enorme puerta se abrió hacia un salón igual de amplio con tapiz café. El techo estaba en sombras, y las ventanas, cubiertas en partes con vidrios de colores, dejaban pasar una luz tenue. El suelo estaba hecho de enormes bloques de algún metal blanco

muy duro; no eran placas ni baldosas: bloques, y estaban tan gastados, supuse que por el paso de ida y vuelta de múltiples generaciones, que tenían profundos canales a lo largo de las rutas más usadas. Lo atravesaban incontables mesas hechas de piedra pulida, elevadas a unos treinta centímetros del suelo, y sobre ellas había cantidades de frutas. Algunas las identifiqué como frambuesas y naranjas con hipertrofia, pero la mayoría me resultaron desconocidas.

Entre las mesas estaba regada una gran cantidad de cojines, sobre estos se sentaron mis acompañantes y me señalaron que los imitara. Con notoria ausencia de ceremonia empezaron a tomar las frutas con las manos, lanzando cáscaras, tallos y demás por las aperturas circulares en los lados de las mesas. No dudé en seguir su ejemplo, pues estaba sediento y con hambre. Mientras comía, pude mirar con calma todo el salón.

Tal vez lo que más me llamó la atención fue su apariencia descuidada. Las ventanas sucias, todas con el mismo patrón geométrico, estaban rotas en varias partes, y las cortinas que colgaban del extremo superior se veían pesadas de acumular polvo. No pude dejar de notar que la esquina de la mesa de mármol cerca de mí estaba quebrada. Había tal vez unas doscientas personas cenando en el salón, y la mayoría de ellas, sentadas tan cerca de mí como podían, me miraban con interés, con sus ojitos brillando tras las frutas que mordían. Todas estaban vestidas con el mismo material sedoso, suave aunque resistente.

Por cierto, su dieta estaba hecha solo de frutas. Estas personitas del futuro remoto eran estrictos vegetarianos, y mientras estuve con ellos, a pesar de algunos antojos carnívoros, también tuve que ser frugívoro. De hecho, después supe que los caballos, las vacas, las ovejas, los perros habían seguido al dinosaurio en el camino de la extinción. Pero las frutas eran muy deliciosas; en particular una que parecía estar en temporada durante el tiempo

que estuve ahí —algo harinosa, con una cáscara dividida en tres— me pareció realmente buena, fue mi favorita. Al principio estaba confundido con todas estas frutas, y con las extrañas flores que vi, pero luego empecé a percibir su importancia.

Y bueno, con eso termino el relato de mi dieta de frutas en el futuro distante. Tan pronto terminé de atender mi apetito resolví hacer un decidido intento por aprender el idioma de estas nuevas personitas. Claramente era el siguiente paso. Las frutas parecían ser un comienzo conveniente, y mientras sostenía una de estas en alto comencé a hacer una serie de gestos y sonidos interrogativos. Tuve cierta dificultad en dar a entender mi intención. Al principio mis esfuerzos se encontraron con miradas de sorpresa o de risa irrefrenable, pero después una de las criaturas de cabello rubio pareció entender mi propósito y repitió un nombre. Tuvieron que conversar y explicarse con gran detalle unos a otros, y mis primeros intentos por repetir los sonidos de su idioma causaron una enorme cantidad de genuino, aunque grosero, entretenimiento. Sin embargo, me sentía como un maestro en medio de niños de escuela, así que persistí y logré dominar cierto número de sustantivos; luego pasé a los pronombres demostrativos, e incluso el verbo «comer». Pero este aprendizaje era lento, y las personitas pronto se cansaron y quisieron huir de mis preguntas, así que decidí, obligado por las circunstancias, dejarlos que me dieran lecciones en pequeñas dosis cuando tuvieran ganas. Y pronto me di cuenta de que serían muy pocas pequeñas dosis, pues nunca he conocido gente más perezosa ni que se canse más fácilmente.

VI

EL OCASO DE LA HUMANIDAD

Algo curioso que no tardé en descubrir de mis pequeños anfitriones fue su falta de interés por todo. Aunque se habían acercado a mí con entusiasmo y curiosidad como niños, también como infantes perdieron pronto el interés y se fueron detrás de algún

otro juguete. Al terminar la cena y mis intentos de conversación, me di cuenta por primera vez de que casi todos los que al inicio me habían rodeado ya se habían ido. Salí por el portal al mundo soleado tan pronto sacié mi hambre. Continuamente me encontraba con más de estas personas del futuro, que me seguían un tramo corto, hablaban y se reían de mí y, luego de sonreírme y hacerme gestos amigables, me dejaban de nuevo ocupado en mis asuntos.

La calma del atardecer caía sobre el mundo cuando salí del gran salón, y el paisaje se iluminaba por el cálido resplandor del sol poniente. Al principio todo era muy confuso. Era tan diferente al mundo como yo lo conocía, ¡hasta las flores! El alto edificio del que salí estaba ubicado en la pendiente del valle de un amplio río, pero el Támesis se había desviado cerca de un kilómetro de su posición actual. Decidí subir a lo alto de una colina, aproximadamente a unos dos kilómetros de distancia, desde la cual podría tener una visión más amplia de nuestro planeta en el año ochocientos dos mil setecientos uno después de Cristo. Debo explicar que esa fue la fecha que registró el tablero de mi máquina.

Mientras caminaba estaba muy atento a cualquier cosa que pudiera explicar la condición de esplendor en ruinas en la que encontré el mundo, de verdad estaba acabado. Un poco más arriba en la colina, por ejemplo, había una gran cantidad de granito unido por masas de aluminio, un gran laberinto de muros escarpados y piedras desmoronadas, entre las cuales crecían hermosas plan-

tas con forma de pagodas —tal vez ortigas—entintadas de marrón maravilloso hacia las hojas, e incapacitadas para chuzar. Sin duda eran los restos abandonados de una estructura gigante, pero no podría determinar con qué fin fue construida. En este punto exacto llegué después a un descubrimiento aún más extraño; pero de eso hablaré en el momento apropiado.

Miré alrededor desde una terraza saliente en la que me senté a descansar un momento, y noté que no se veía ninguna casa pequeña. En apariencia, la vivienda simple, y tal vez el hogar, había desaparecido. Había aquí y allá, entre el verdor, construcciones tipo palacio, pero las casas y las cabañas que caracterizan tanto nuestro paisaje inglés ya no existían. «Comunismo», me dije.

Y seguido de este tuve otro pensamiento. Miré a la media docena de personitas que me seguían, y ahí, de repente, me di cuenta de que todos tenían la misma forma de vestuario, la misma suavidad en sus caras sin vello, la misma redondez afeminada de sus extremidades. Puede parecer extraño, tal vez, que no lo haya notado hasta entonces. Pero todo era muy extraño. Ahora veía los hechos con claridad. El vestuario, y todos los comportamientos que ahora diferencian un sexo del otro, en estas personas del futuro eran similares. Y los niños me parecían como las miniaturas de sus padres. Pensé que los infantes de esa época eran en extremo precoces, por lo menos físicamente, y luego encontré suficiente evidencia para esa opinión.

Al ver la tranquilidad y la seguridad con la que estas personitas vivían, tuve la idea de que esta similitud tan cercana entre ambos sexos era, después de todo, lo que cabría esperarse; ya que la fuerza del hombre y la suavidad de la mujer, la institución de la familia, la diferenciación de ocupaciones son simples exigencias de una época en la que es necesaria la fuerza física. Donde la población es estable y numerosa, mucha de la crianza infantil se convierte en una carga para el Estado; donde escasea la violencia,

y la descendencia está asegurada, hay menos necesidad —de hecho, ni siquiera es necesario— de la familia eficiente, y la especialización de los sexos en relación con las necesidades de los niños desaparece. Vemos algunos asomos de esta igualdad en nuestro tiempo, pero en esta época futura se alcanza por completo. Esto, debo recordarles, fue lo que especulé en ese momento. Luego podría comprobar qué tan lejos estaba de la realidad.

Mientras pensaba en estas cosas, una estructura pequeña atrajo mi atención, era como un pozo bajo una cúpula. Por un instante me distraje pensando que era raro que los pozos todavía existieran, pero luego retomé el hilo de mis especulaciones. No había construcciones más grandes hacia la cima de la colina, y como mis poderes de caminante eran evidentemente milagrosos, por primera vez me encontré de verdad solo. Con una extraña sensación de libertad y aventura continué subiendo hacia lo alto.

Al llegar encontré un asiento hecho de un metal amarillo que no identifiqué, corroído en algunas partes con una especie de óxido medio rosado y cubierto en otras de un musgo suave, los apoyabrazos estaban moldeados con la forma de cabezas de grifos³. Me senté ahí y contemplé la amplia vista de nuestro viejo mundo bajo el atardecer de ese largo día. Es el paisaje más dulce y lindo que haya visto en la vida. El sol ya se ocultaba tras el horizonte y cubría el lado occidental de un dorado intenso. Abajo se encontraba el valle del Támesis, sobre el que reposaba el río como una barra de acero pulido. Ya he hablado de los palacios desperdigados entre los distintos tonos de verde, algunos en ruinas, algunos todavía ocupados. Aquí y allá se veía una figura blanca o plateada entre las plantas, también se asomaba por ahí alguna cúpula u obelisco. No había cercos, ningún letrero de propiedad privada ni

.....
3 N. de la A.: Animal fabuloso, la mitad superior del cuerpo tiene forma de águila, la mitad inferior, de león.

evidencias de cultivos de nada. Toda la tierra se había convertido en un jardín.

Así que comencé a interpretar lo que hasta el momento había visto, y la forma que tomó todo esa noche en mi mente fue algo así. (Luego me di cuenta de que solo había captado la mitad de la verdad, o a veces solo un pequeño fragmento de esta):

Me pareció que había llegado a una humanidad en decadencia. El intenso atardecer me hizo pensar en el ocaso de la humanidad. Por primera vez comencé a darme cuenta de una inconveniente consecuencia de los esfuerzos sociales con los que hoy estamos comprometidos. Pero, pensándolo bien, es también una consecuencia lógica. El empeño nace de la necesidad: cuando estás seguro, te vuelves débil. El empeño por mejorar las condiciones de vida —el verdadero proceso de civilización que hace la vida más y más segura— ha llegado uniformemente al clímax. Un triunfo tras otro de la humanidad unida sobre la naturaleza. Cosas que ahora son simples sueños se han convertido de manera rotunda en proyectos puestos en marcha y ejecutados por completo. ¡Y lo que yo vi fue la cosecha!

Después de todo, los servicios de salud y la agricultura de hoy están todavía en una etapa rudimentaria. La ciencia de la actualidad ha atacado apenas una pequeña parte del campo de las enfermedades humanas, pero aun así, ha extendido sus operaciones de manera estable y persistente. Nuestras agricultura y horticultura destruyen la maleza un poco aquí y allá, y cultivan tal vez una veintena de plantas saludables, pero dejan que otra buena cantidad encuentre cómo crecer por cuenta propia. Podemos mejorar nuestras plantas y animales favoritos —y son muy pocos— con unas crías y cultivos selectivos graduales; una nueva variedad de durazno, una uva sin semillas, una flor más dulce y grande, una raza de ganado más adecuada. Los mejoramos gradualmente, pues nuestros ideales son imprecisos y experimentales, y nues-

tros conocimientos son muy limitados, y porque la naturaleza, también, es torpe y lenta en nuestras incapaces manos. Un día todo esto estará más organizado y muy mejorado. Ese es el curso de la corriente a pesar de los remolinos. Todo el mundo será inteligente, educado y solidario, todo se moverá cada vez más rápido en dirección al dominio de la naturaleza. Al final, de manera sabia y cuidadosa podremos reajustar el equilibrio de la vida animal y vegetal para responder a las necesidades humanas.

Este ajuste, creo, debió ocurrir y quedó bien realizado durante todo el espacio de tiempo a través del cual viajó mi máquina. El aire estaba libre de mosquitos y la tierra de malezas y hongos, por todas partes había frutas y flores dulces y deliciosas, hermosas mariposas volaban por todo lado. El ideal de la medicina preventiva se había alcanzado. Las enfermedades se habían erradicado. No vi ninguna muestra de enfermedades contagiosas durante mi estadía. Y solo me queda agregar que incluso los procesos de putrefacción y desechos fueron afectados de manera profunda por estos cambios.

También se vieron afectados los logros sociales. Vi a las personas vivir en espléndidas viviendas, vestidos con primor, y aun así, no los vi realizando ningún tipo de esfuerzo. No había señales de conflicto, ni social ni económico. Las ventas, la publicidad, el tráfico, todo el mercado que hace parte esencial de nuestro mundo hoy, había desaparecido. Era apenas normal que en esa espléndida noche yo llegara a la conclusión de estar en un paraíso social. Las dificultades de la sobrepoblación estaban resueltas, supuse, y la población había dejado de aumentar.

Pero con los cambios en las condiciones, de forma inevitable llega la adaptación a estos. A menos que la ciencia biológica sea una acumulación de errores, ¿cuál es la causa de la inteligencia y el vigor humanos? Las necesidades y la libertad, condiciones bajo las cuales los fuertes, activos, y dispuestos sobreviven, y los

débiles se quedan atrás; condiciones que priorizan la lealtad en las alianzas entre hombres capaces, el autocontrol, la paciencia y la firmeza. Y la institución de la familia, con los sentimientos que involucra, la protección parental, la ternura por la descendencia, la devoción a los hijos, todo encuentra su justificación y soporte en los inminentes peligros de la vida. ¿Dónde estaban esos inminentes peligros ahora? Hay un sentimiento que está creciendo, y crecerá aún más, contra los celos conyugales, contra la maternidad sobreprotectora, contra todo tipo de apasionamientos; en esta época eran cosas innecesarias, que incomodan, que chocan con una vida refinada y agradable.

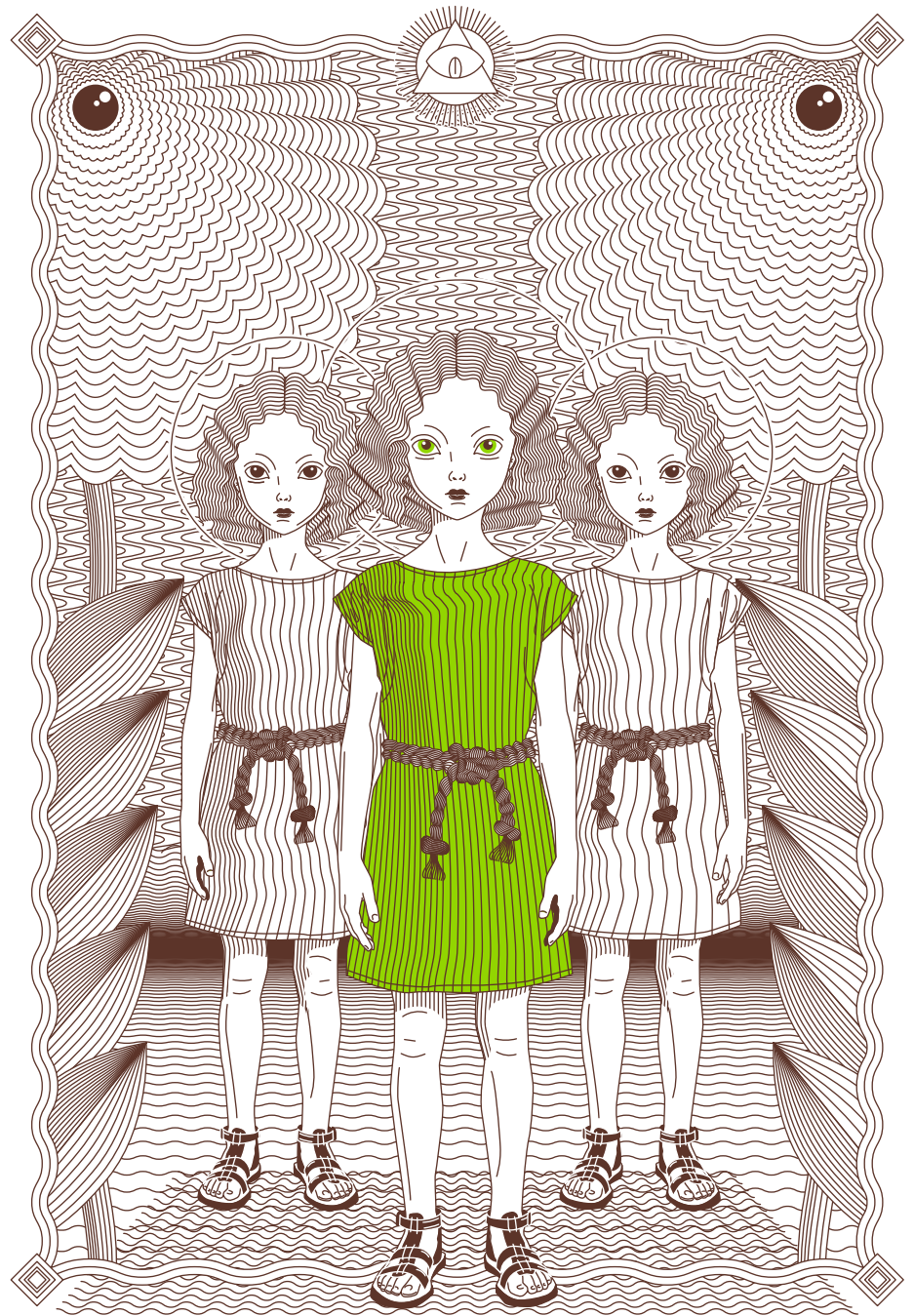
Pensé en la delicadeza física de estas personas, en su falta de inteligencia, y en toda esa cantidad de ruinas, y eso fortaleció mi idea de un dominio perfecto de la naturaleza, pues después de las batallas sigue la quietud. La humanidad había sido fuerte, enérgica, inteligente y había usado su abundante vitalidad para alterar las condiciones en las que vivía. Y ahora llegaba la reacción a esa alteración de las condiciones.

Bajo estas nuevas circunstancias de perfecta comodidad y seguridad, esa energía sobrante que a nosotros nos fortalece, en el futuro se convertirá en debilidad. Incluso en nuestros días, ciertas tendencias y deseos, alguna vez indispensables para sobrevivir, son una constante fuente de fracaso. La valentía física y el amor por la batalla, por ejemplo, no son de gran ayuda —de hecho, son incluso obstáculos— para un hombre civilizado. Y en un estado de equilibrio y seguridad físicas, el poder, tanto intelectual como material, está fuera de lugar. Calculé que durante mucho tiempo no había existido riesgo de guerra o de violencia, ni peligro de bestias salvajes, ni enfermedades debilitantes que exigieran fortaleza física, ni necesidad de grandes esfuerzos. Para este tipo de vida, los que llamamos débiles están tan bien provisionados como los fuertes, por tanto, ya no son débiles. De hecho, están

mejor dotados, pues los fuertes estarían saturados por contar con una energía para la cual no hay uso. Sin duda, la belleza exquisita de las construcciones que había visto eran el resultado del último gasto de la energía que ahora no era necesaria para la humanidad, antes de establecerse en perfecta armonía con las condiciones en las que vivían: el fruto de ese triunfo que dio comienzo a la última gran paz. Este siempre ha sido el destino de los esfuerzos en seguridad: primero lleva al arte y al erotismo, y luego se convierte en languidez y decaimiento.

Incluso este impulso artístico finalmente moriría —estaba casi muerto en la época que vi—. Adornarse con flores, bailar, cantar bajo la luz del sol, es casi lo único que quedó del espíritu artístico. Nada más. Y hasta eso desaparecería al final hacia una completa inactividad. La piedra de amolar que nos mantiene activos son el dolor y las necesidades, y me parece que esa terrible piedra de amolar por fin se había roto.

Ahí, parado en medio de esa oscuridad, pensé que con esta simple explicación había resuelto los problemas del mundo, que había comprendido todo el secreto de esta linda gente. Tal vez las medidas que habían implementado para el incremento de la población habían resultado demasiado efectivas, y la población había disminuido en lugar de permanecer estable. Eso explicaba las ruinas abandonadas. Muy simple era mi explicación, y bastante plausible. Como suelen serlo la mayoría de las teorías erradas.



VII

UN GOLPE SÚBITO

En ese momento, contemplando este triunfo de la humanidad demasiado perfecto, la luna llena, amarilla y redonda apareció como un derrame de luz plateada por el nororiente. Las figuritas brillantes dejaron de moverse más abajo, un búho

silencioso pasó volando, y me estremecí un poco con el frío de la noche. Decidí bajar y encontrar dónde dormir.

Busqué el edificio que ya conocía. Luego miré en dirección a la esfinge blanca sobre el pedestal de bronce, cada vez más visible a medida que la luz de la luna en ascenso se hacía más brillante. Podía ver el abedul plateado a su lado. Vi el enredo de arbustos, oscuros bajo la pálida luz, y vi el pequeño prado. Luego volví a mirarlo. Y una rara duda estremeció mi tranquilidad. «No —me dije con firmeza—, este no es el mismo prado».

Pero tenía que ser ese porque la corroída cara de la esfinge estaba en esa dirección. ¿Pueden imaginar lo que sentí a medida que me convencía más y más de lo que veía? No, no pueden. ¡Ya no estaba la máquina del tiempo!

Al principio, y se sintió como una cachetada, pensé en la posibilidad de ausentarme de mi propia época, de quedar indefenso en este extraño nuevo mundo. La sola idea me causaba una sensación física. Podía sentir que me agarraba la garganta y no me dejaba respirar. Luego estuve poseído por el miedo, corriendo a grandes saltos por la pendiente. Incluso me fui de cabezas y me corté el rostro; pero no perdí tiempo tratando de detener la sangre, me levanté y seguí corriendo con un tibio hilo bajando por mi mejilla y mi mandíbula. Mientras seguía corriendo me repetía todo el tiempo: «Solo la movieron un poquito, la empujaron bajo los arbustos para que no estorbara». De todas formas, seguí corriendo

con todas mis fuerzas. Todo el tiempo, con la certeza que a veces da un miedo excesivo, sabía que ese consuelo era un disparate, mi instinto me decía que la máquina había sido escondida fuera de mi alcance. Mi respiración empezó a dolerme, supongo que cubrí la distancia entre la cima de la colina y el pequeño prado, unos tres kilómetros, en diez minutos. Y yo ya no soy tan joven. Maldije fuerte, mientras corría, mi loca confianza en abandonar la máquina, lo que me hacía desperdiciar necesario aliento. Grité fuerte, y nadie respondió. No parecía existir ni una criatura en ese mundo bañado de luz lunar.

Cuando llegué al prado mi peor temor quedó confirmado. Ni rastro del aparato en el lugar. Me sentí pálido y frío enfrentando ese espacio vacío, entre el oscuro enredo de los arbustos corrí en redondo con furia, como si la máquina pudiera estar escondida en una esquina, luego me paré de repente, con mis manos agarradas a mi pelo. Sobre mí se alzaba la esfinge, sobre su pedestal de bronce, blanca, brillante, corroída, a la luz de la luna llena. Parecía burlarse de mi desesperación.

Podría haberme consolado imaginando que las personitas habían guardado la máquina en algún otro lugar, si no estuviera tan seguro de su incapacidad física e intelectual. Esto era lo que me abrumaba: la presencia de un insospechado poder hasta ahora oculto a través del cual habrían desaparecido mi invento. Aun así, de algo estaba seguro: a menos que otra época hubiera producido una réplica exacta, la máquina no se habría podido mover de ese tiempo. El mecanismo de las palancas —luego les mostraré el método— evitaba que alguien pudiera accionar la máquina en ausencia de estas. Es decir que había sido trasladada y estaba escondida, solo en ese espacio. Pero entonces, ¿dónde podría estar?

Creo que debí tener una especie de delirio. Recuerdo que corría como loco, salía y entraba de los arbustos, le daba vueltas a la esfinge, y veía un animal blanco que, a la luz de la luna, me

pareció un ciervito. También recuerdo, más tarde esa noche, que golpeé los arbustos con mis puños apretados hasta que mis nudillos quedaron lastimados y sangrantes por las ramas quebradas. Todavía sollozaba y gruñía de angustia cuando bajé al gran edificio de piedra. Me resbalé en el suelo desnivelado y caí sobre una de las mesas de losa y casi me quebré la espinilla. Encendí un fósforo y al entrar pasé por las empolvadas cortinas que les había mencionado.

Ahí encontré un segundo salón enorme con cojines sobre los cuales dormían cerca de una veintena de las personitas. No tengo dudas de que encontraron bastante extraña mi segunda aparición, salido de la silenciosa oscuridad haciendo ruidos guturales e iluminado por la luz de un fósforo. Pues ya habían olvidado el fuego.

—¿Dónde está mi máquina del tiempo? —decía, y berreaba como un niño furioso, mientras ponía mis manos sobre ellos y los sacudía. Algunos rieron, pero la mayoría parecía gravemente asustada. Cuando los vi parados a mi alrededor, caí en la cuenta de que estaba haciendo la cosa más tonta que podría hacer en esas circunstancias, revivía en ellos la sensación de miedo. Estaba razonando a partir de su comportamiento durante el día, y pensaba que el miedo ya había sido olvidado.

De repente, apagué el fósforo y atravesé de nuevo el gran comedor hasta salir a la luz de la luna. Escuché gritos de terror y sus pisaditas que corrían y tropezaban aquí y allá. No recuerdo todo lo que hice mientras la luna se ocultaba de nuevo en el cielo. Supongo que fue la forma inesperada en la que perdí mi máquina lo que me enloqueció. Me sentí cercenado sin remedio de mis semejantes, un animal extraño en un mundo desconocido. Creo que rabiaba de aquí para allá, y lloraba y gritaba sobre Dios y el destino. Tengo el recuerdo de un agotamiento extremo durante esa noche de desespero, de mirar este lugar imposible, de tantear las ruinas iluminadas por la luna y tocar criaturas extrañas en las oscuras

sombras y, finalmente, de acostarme en el suelo cerca de la esfinge, y llorar con absoluta desdicha y con rabia por la locura de dejar que la máquina se me escapara a la par que mis fuerzas. No me quedaba más que miseria. Luego me dormí. Cuando desperté era pleno día, y una pareja de ruiseñores saltaban a mi alrededor en el césped, al alcance de mi mano.

Me levanté con el fresco de la mañana y trataba de recordar cómo había llegado ahí y por qué tenía esta sensación profunda de desilusión y abandono. Luego todo se despejó en mi mente. Con la clara luz del día podía ver mis circunstancias reales. Vi la locura salvaje de mi delirio de la noche anterior y fui capaz de razonar conmigo mismo. «¿Supones lo peor? —me dije—. ¿Supones que la máquina ya está perdida, o tal vez destruida? Conviene mantener la calma y la paciencia, aprender los modos de esta gente, lograr una idea clara de cómo se perdió la máquina, y los medios para conseguir los materiales y las herramientas para, al final, tal vez, volver a construir una». Esa era mi única esperanza, una pobre esperanza, quizás, pero mejor que el desespero.

Y, después de todo, este era un mundo hermoso y curioso.

Probablemente la máquina solo había sido guardada. Aun así, tenía que permanecer calmado y paciente, encontrar el escondite y recuperarla por la fuerza o con astucia. Con esto me levanté de un salto y me pregunté dónde podría bañarme. Me sentía cansado, tieso y sucio después de un viaje. La frescura de la mañana me hizo desear una frescura igual. Ya había agotado todas mis emociones. De hecho, mientras me ocupaba de lo mío, me vi preguntándome por mis intensas reacciones de la noche anterior. Examiné con mucho cuidado el prado. Desperdicié algún tiempo en preguntas inútiles, transmitidas, lo mejor que pude, a las personitas que pasaban. Ninguno logró interpretar mis gestos; algunos se quedaban simplemente impasibles, otros creían que era una broma y se reían de mí. Hice un esfuerzo enorme

por mantener mis manos alejadas de sus caritas sonrientes. Fue un impulso tonto, pero el demonio engendrado por el miedo y la ira ciega no se había aplacado y todavía quería aprovecharse de mi desconcierto. El césped, en cambio, me aconsejó mejor. Encontré un surco marcado entre el pedestal de la esfinge y las huellas de mis pies en donde, al llegar, me había esforzado por enderezar la máquina. Había otras señales de movimiento alrededor: con extrañas y estrechas huellas como las que imagino que haría un oso perezoso. Esto atrajo más mi atención hacia el pedestal. Creo que ya dije que estaba hecho de bronce. No era un simple bloque, sino que tenía profundos paneles a ambos lados. Me acerqué a tantearlos. El pedestal era hueco. Al examinar los paneles con atención encontré que no estaban emparejados con sus marcos. No tenían manijas ni cerraduras, pero quizás si eran puertas como suponía, se abrían desde adentro. Algo estaba claro en mi mente: no había que pensar demasiado para inferir que mi máquina del tiempo estaba dentro del pedestal. Cómo llegó ahí ya era otro asunto.

Vi las cabezas de dos personas en trajes naranjas que venían en mi dirección por los arbustos y bajo unos florecidos manzanos. Les sonreí y les hice señas. Se acercaron y luego, señalando el pedestal de bronce, traté de comunicarles mi deseo de abrirlo. Pero ante mis primeros gestos su respuesta fue bien extraña. No sé cómo transmitirles a ustedes sus expresiones. Imaginen que hacen un gesto grosero e inapropiado a una delicada dama: es la cara que ella haría. Se alejaron como si hubieran recibido el peor de los insultos. Luego lo intenté con un chico de apariencia dulce vestido de blanco y el resultado fue el mismo. De alguna forma, sus comportamientos me hacían avergonzarme de mí mismo. Pero, como saben, quería recuperar mi máquina, así que insistí. Al darse la vuelta como los dos anteriores, mi carácter se apoderó de mí. En tres zancadas estaba detrás de él, lo agarré del cuello de

su túnica y comencé a arrastrarlo hacia la esfinge. Al ver el horror y el asco en su cara, de inmediato lo solté.

Pero aún no estaba derrotado. Le di puñetazos a los paneles de bronce. Creí escuchar que algo se movía adentro —para ser exacto, pensé escuchar una risita— aunque seguro me equivocaba. Luego fui por una piedra grande del río, regresé y empecé a golpear hasta que había aplastado un relieve de la decoración, y el óxido verde empezó a caer en escamas y polvo. Las delicadas personitas debieron escucharme martillar a intervalos a un kilómetro a la redonda, pero no pasó nada. Vi grupos de ellos en las laderas, mirándome con disimulo. Por fin, acalorado y cansado, me senté a mirar el lugar. Pero soy demasiado inquieto para quedarme mirando largo tiempo. Soy muy occidental para vigiliadas largas. Puedo trabajar en resolver un problema durante años, pero esperar quieto por veinticuatro horas, ese ya es otro asunto.

Después de un rato me levanté de nuevo y empecé a caminar sin rumbo entre los arbustos y de nuevo hacia la colina. «Paciencia —medije—. Si quieres recuperar tu máquina, deja quieta esa esfinge. Si su intención era robar tu máquina, no ayuda mucho que destruyas tus paneles de bronce; y si no, la tendrás de vuelta tan pronto puedas preguntar por ella. Tratar de resolver un acertijo como este entre tantas cosas desconocidas es inútil. Así es como se llega a una obsesión. Enfréntate a este mundo. Aprende sus costumbres, obsérvalos, ten cuidado con interpretar a la ligera sus significados. Al final encontrarás las claves para todo». Y de repente encontré graciosa toda esta situación: todos los años que pasé estudiando y trabajando para viajar al futuro, y ahora me encontraba ansioso por salir de ahí. Había hecho para mí la trampa más complicada y la más irremediable creada por el hombre. Aunque yo era la víctima, no pude evitar reírme a carcajadas de mí mismo.

Al atravesar el gran palacio tuve la impresión de que las personitas me evitaban. Pudo ser que así me parecía, o pudo tener

algo que ver con los martillazos a las puertas de bronce. De todas formas, estaba casi seguro de que me esquivaban. Tuve cuidado, sin embargo, de no mostrarme ansioso, y de abstenerme de cualquier persecución a ellos, y después de uno o dos días, volvería a los intentos anteriores. Progresé lo que pude en cuanto al idioma y, adicionalmente, avancé en mis exploraciones aquí y allá. No sé si se me escapaba alguna sutileza, o si su lenguaje era simple en exceso: casi que compuesto solo de sustantivos y verbos concretos. Parecía haber muy pocos —si es que alguno— términos abstractos o algún uso de lenguaje figurado. Sus frases eran casi todas simples y de dos palabras, y no pude transmitir o entender más que proposiciones elementales. Decidí poner a un lado en mis pensamientos la idea de mi máquina del tiempo y el misterio de las puertas de bronce, hasta adquirir más conocimientos que me llevaran de regreso a ellas de forma natural. Pero cierta intuición me mantuvo atado a un círculo de unos pocos kilómetros alrededor de mi punto de aterrizaje.

VIII LA EXPLICACIÓN

Hasta donde alcanzaba a ver, todo este mundo mostraba la misma abundancia exuberante del valle del Támesis. Desde lo alto de cada colina que escalé pude ver la misma afluencia de espléndidas edificaciones con su infinita variedad de materiales y estilos; los mismos cúmulos de matorrales de hojas perennes, los mismos helechos y árboles cargados de frutas. Por todas partes el agua brillaba como plata, y más allá la tierra se elevaba en azules y onduladas montañas que se fundían con la serenidad del cielo. Un aspecto particular que me llamó la atención fue la presencia de varios pozos circulares, a mi parecer, de gran profundidad. Uno de estos estaba en el camino que había tomado para subir a la colina en mi primera caminata. Como los otros, los bordes eran de bronce, curiosamente forjado, y protegido de la lluvia por una pequeña cúpula. Sentado junto a uno de estos pozos miraba abajo en la oscuridad interior y no veía rastro de agua ni lograba reflejo alguno con la llama de un fósforo. Pero en todos ellos escuché cierto sonido, un bum bum bum, como el golpe de un gran motor, y descubrí, por el resplandor de mis fósforos, que una corriente de aire constante bajaba por los canales. Una vez tiré un pedazo de papel por el cuello de uno y, en lugar de flotar con suavidad hacia abajo, fue succionado rápido hasta perderse de vista.

Después de un tiempo llegué a conectar estos pozos con las altas torres que se encontraban aquí y allá por las laderas, pues sobre ellas se podía ver con frecuencia un destello como los que se ven un día caluroso sobre una playa soleada. Al pensarlo todo junto, llegué a la fuerte suposición de que se trataba de un extenso sistema de ventilación subterránea cuyo verdadero significado

era difícil de imaginar. Al principio estuve inclinado a pensar que estaba relacionado con el sistema sanitario de estas personas. Era una conclusión obvia, pero por completo equivocada.

Y aquí debo admitir que aprendí muy poco de drenajes, campanas o formas de transporte durante mi estadía en este mundo futuro. En algunas de las utopías y tiempos por venir sobre los que había leído, hay una vasta cantidad de detalles sobre construcciones, relaciones sociales y demás. Pero, aunque tales detalles se obtienen fácilmente cuando el mundo entero está dentro de la imaginación de uno, los mismos son inaccesibles para un verdadero viajero inmerso en tales realidades como lo estaba yo ahí. Piensen en el relato que haría de Londres una persona nativa del África Central al regresar donde sus compañeros de tribu. ¿Qué podría saber de compañías de ferrocarril, de movimientos sociales, de conexiones de teléfono y telégrafo, de la empresa de correos, de estampillas postales y demás? Pero al menos nosotros estaríamos dispuestos a explicarle estas cosas. E incluso de lo que sí hubiera aprendido, ¿qué tanto podría hacer comprender o creer a sus amigos que no viajaron? Ahora piensen en qué tan estrecha es la distancia entre una persona negra y una blanca en nuestro tiempo, y qué tan amplia es la diferencia entre una persona como yo y las de esta Era Dorada. Era consciente de que no podía ver muchas cosas que contribuían a mi bienestar, pero, excepto por una idea general de organización automática, me temo que puedo comunicarles muy poco sobre esta diferencia.

En cuanto a sepulturas, por ejemplo, no vi ninguna señal de crematorios ni nada relacionado con tumbas. Pero se me ocurrió que tal vez existieran cementerios (o crematorios) en algún lugar más allá de mis exploraciones. Esto de verdad me intrigaba, y no pude avanzar mucho en una respuesta, pero me llevó a notar algo más: que el envejecimiento y la enfermedad no existían para estas personas.

Debo confesar que mi satisfacción con mi teoría inicial de una civilización automática y una humanidad en decadencia no duró mucho tiempo. Sin embargo, no lograba pensar en otra. Déjeme explicar mis dificultades. Los numerosos palacios que había explorado eran simples lugares de vivienda, salones comedores y habitaciones para dormir. No encontré maquinaria ni artefactos de ningún tipo. Pero estas personas se vestían con cómodas telas que en algún momento necesitarían ser renovadas, y sus sandalias, aunque sin adornos, eran muestras algo complejas de un trabajo. Tales cosas tenían que ser hechas de alguna forma. Y las personitas no daban ninguna muestra de una inclinación creativa. No había tiendas, ni talleres, ni señal de importaciones entre ellos. Usaban todo su tiempo en actuar con amabilidad, bañarse en el río, hacer el amor de forma juguetona, comer frutas y dormir. No podía ver cómo las cosas seguían marchando.

Y bueno, de nuevo, la máquina del tiempo: algo, no sabía qué, la había llevado al pedestal hueco de la esfinge blanca. ¿Por qué? Por nada del mundo lograba adivinarlo. También esos pozos sin agua, esos destellos en las columnas. Sentí que me faltaba una pista. Sentí... ¿Cómo explicarlo?... Imaginen que encuentran una inscripción con algunas frases en perfecto y claro inglés, y, entrecruzado entre estas, algunas palabras inventadas que les resultan absolutamente desconocidas. Pues bien, al tercer día de mi visita, así era como veía el mundo en el año ochocientos dos mil setecientos uno.

Ese día, también, hice una especie de amistad. Sucedió que, cuando miraba a un grupo de estas personitas bañándose en una parte no profunda del río, una de ellas tuvo un calambre y comenzó a ser arrastrada por la corriente. El cauce principal corría bastante rápido, pero no era muy fuerte, ni siquiera para un nadador novato. Y con esto que diré se harán una idea de una extraña deficiencia de estas criaturas, pues ninguno de ellos hizo el más mínimo intento por rescatar a esa compañerita que se estaba

ahogando frente a sus ojos. Cuando me di cuenta de esto, rápido me quité la ropa, nadé hasta un punto más abajo, atrapé a la pequeña criatura y la puse a salvo en tierra. Un poco de roce a sus extremidades pronto la ayudó a recuperarse, y tuve la satisfacción de verla en perfecto estado antes de dejarla. Tenía tan bajas expectativas con los de su tipo que no esperaba ninguna gratitud de su parte. En eso, sin embargo, me había equivocado.

Esto ocurrió en la mañana. Por la tarde me encontré con la mucrecita —creo que eso era— mientras regresaba a mi punto central después de una exploración, y me recibió con gritos de gusto y me ofreció un gran arreglo de flores, hecho única y exclusivamente para mí. Este gesto me hizo reflexionar. Es posible que me hubiera estado sintiendo solo. Necesitaba hacer mi mejor esfuerzo por mostrarle mi aprecio por el regalo. Luego nos sentamos juntos en un banquito de piedra, envueltos en una conversación hecha sobre todo de sonrisas. La simpatía de esta criatura me afectó justo como lo habría hecho una niña. Nos dimos flores el uno al otro y ella me besó las manos. Yo también besé las suyas. Luego traté de hablar y supe que su nombre era Weena, el cual, aunque no sé qué significa, sonaba muy apropiado. Ese fue el comienzo de una rara amistad que duró una semana y terminó... como les contaré luego.

Weena se comportaba igual que una niña. Quería estar conmigo siempre. Me seguía a todas partes, y me preocupaba que en mi siguiente salida a caminar la dejara atrás exhausta y llamándome desesperada. Pero tenía problemas de este mundo por resolver. «No vine al futuro —me dije— para tener un minicoqueteo». Aun así, su angustia cuando la dejaba era inmensa, sus recriminaciones cuando me iba llegaban a ser enloquecedoras; creo que su devoción fue para mí tanto un problema como un consuelo. Pensaba que era simple afecto infantil lo que la hacía aferrarse a mí. Solo muy tarde supe con claridad lo que le había causado cuando la abandoné. Solo muy tarde entendí con certeza lo que

ella había sido para mí. Porque, con apreciarme y demostrarme en su forma débil e inútil que me cuidaba, la muñequita viva le daba a mi regreso al vecindario de la esfinge blanca casi el sentimiento de llegar a casa.

Fue también por Weena que aprendí que el miedo no se había ido del mundo. Ella era bastante valiente durante el día, y tenía una confianza casi ciega en mí; una vez, bromeando, le hice unas muecas amenazantes, y a ella tan solo le dio mucha risa. Pero tenía mucho miedo de la noche, de las sombras, de las cosas negras. La oscuridad era para ella la fuente de todos los miedos. Era un sentimiento muy intenso, que observé y analicé. Descubrí, entre otras cosas, que estas personitas se reunían al anochecer en sus gigantes casas y dormían en rebaño. Llegar donde ellos sin una luz significaba llevarlos al mayor espanto. Después de anochecer, nunca encontré a ninguno en el exterior, ni durmiendo solo en el interior. Pero yo aún era tan necio que no había captado la lección del miedo y, a pesar de la angustia de Weena, insistía en acostarme alejado de estas multitudes durmientes.

Eso la preocupaba mucho, pero al final triunfó su raro afecto hacia mí y durante las cinco noches que nos conocimos, incluyendo la última, ella durmió con su cabeza sobre mi brazo como almohada. Pero me desvió de la historia mientras hablo de ella. Debió ser la noche antes de rescatarla que me desperté cerca del amanecer. No había descansado, y soñé inquieto que me ahogaba y que anémonas marinas me palpaban toda la cara. Me desperté sobresaltado y con la extraña sensación de que un animal grisáceo acababa de salir corriendo de la habitación. Traté de volverme a dormir, pero me sentía agitado e incómodo. Era esa primera luz del amanecer, cuando las cosas empiezan a desprenderse de la oscuridad, cuando todo se ve gris e indefinido, casi irreal. Me desperté, pasé por el amplio corredor y salí a las losas frente al palacio. Pensé que podría hacer de la necesidad una virtud y mirar el amanecer.

La luna ya se ocultaba y su luz moribunda se mezclaba con los primeros rayos del día en una media luz gaseosa. Los arbustos parecían entintados de negro; el suelo, una sombra gris; el cielo, incoloro, apagado. Y en lo alto de la colina pensé que veía fantasmas. En tres ocasiones diferentes que miré hacia las laderas, vi figuras blancas. Las dos primeras veces creí ver un personaje solitario, con apariencia de simio, subiendo rápidamente por la colina, y la otra vez, cerca de las ruinas, vi dos de estos en fila cargando un cuerpo oscuro. Se movían apresurados. No vi qué pasó con ellos, parecían desvanecerse entre los arbustos. Entiéndanme, apenas amanecía. Yo sentía esa incertidumbre de la madrugada que todos conocemos. No daba crédito a mis ojos.

A medida que el sol comenzó a brillar más y la luz les dio vida a los colores del mundo, volví a mirar en esa dirección de forma penetrante. Pero no vi rastros de ninguna figura blanca. Eran criaturas de la media luz. «Tal vez eran fantasmas —dije—. Me pregunto de qué época serán». Y una curiosa teoría de Grant Allen⁴ me vino a la memoria y me entretuvo. Si cada generación muere y deja sus fantasmas, argumenta él, al final el mundo se verá sobrepoblado de estos. Según esa teoría, los fantasmas serían incontables para el año ochocientos dos mil, entonces no sería raro ver cuatro al tiempo. Pero el chiste era insuficiente y estuve pensando en estos personajes toda la mañana, hasta que el rescate de Weena en el río los sacó de mi mente. Los asociaba de forma vaga con el animal blanco que había divisado en mi primera búsqueda frenética de la máquina del tiempo. Pero Weena fue un sustituto agradable. De todas formas, estaban destinados a ocupar pronto una parte más profunda de mis pensamientos.

.....
4 N. de la A.: Escritor científico y novelista canadiense, educado en Inglaterra. (1848-1899).

Creo que ya he mencionado que la temperatura de esta Era Dorada era mucho más alta que la nuestra. No puedo explicarlo. Puede ser que el sol fuera más caliente, o que la tierra se hubiera acercado más a este. En general está aceptado que el sol continuará enfriándose constantemente en el futuro. Cualquiera sea la razón, lo cierto es que calentaba mucho más que ahora.

Pues bien, una de esas calurosas mañanas —creo que la cuarta desde que llegué— estaba buscando refugio del calor y el sol en unas ruinas colosales cerca de la gran casa donde dormía y comía, y ahí ocurrió una cosa rarísima. Encaramado sobre esos montones de mampostería encontré un estrecho túnel, que tenía el final y la ventilación lateral bloqueadas por grupos de piedras caídas. Al principio me pareció de una oscuridad impenetrable para mí, por el contraste con el brillo exterior. Entré a tientas, pues el cambio de la luz a la oscuridad creaba unas manchas de colores que flotaban frente a mí. De repente me detuve como hechizado. Un par de ojos, iluminados por la luz externa, me miraban desde la penumbra.

Me invadió el viejo miedo instintivo de las bestias salvajes. Apreté mis manos y miré firmemente a esos ojos deslumbrantes. Tenía miedo de dar la vuelta. Luego pensé en la tranquilidad absoluta en la que parecía vivir la humanidad. Y después recordé su terror extraño por la oscuridad. Superando mi temor en cierta medida, avancé un paso y hablé. Debo confesar que mi voz sonó áspera e insegura. Estiré mi mano y toqué algo suave. De inmediato los ojos se movieron hacia los lados y algo blanco pasó corriendo a mi lado. Me di la vuelta con el corazón en la boca y vi un personajito que parecía un simio, su cabeza se agachaba de manera particular, y corría atravesando el espacio iluminado detrás de mí. Se tropezó contra un bloque de granito acumulado a un lado, y en un instante estuvo escondido entre las sombras detrás de otra pila de ruinas de mampostería.

Mi impresión de esto, por supuesto, es imperfecta, pero sé que era de un blanco opaco y tenía unos raros ojos grandes y de un color rojo grisáceo, también que tenía el cabello rubio en su cabeza y le llegaba a la espalda. Pero, como ya dije, pasó corriendo muy rápido para reconocer más detalles. Ni siquiera podría decir si corrió en cuatro patas o solo con sus hombros muy agachados. Tras una corta pausa lo seguí hacia la segunda pila de ruinas. Al principio no podía encontrarlo, pero después de un tiempo inmerso en la oscuridad, llegué a una de esas aperturas redondas como pozos de las que les hablé, medio tapada por una columna caída. Entonces tuve un pensamiento repentino. ¿Habría desaparecido esta cosa por ese hueco? Encendí un fósforo y, al mirar abajo, vi a un personajito blanco que se movía, tenía grandes ojos brillantes que me miraban sin parpadear mientras retrocedía. Me dio escalofrío. ¡Parecía una araña humana! Descendía por la pared del pozo y ahora podía ver por primera vez una serie de apoyos de metal y manijas que formaban una especie de escalera por el conducto. Luego la llama me quemó los dedos, la solté y se apagó al caer; cuando encendí otro fósforo ya el pequeño monstruo había desaparecido.

No sé cuánto tiempo me quedé mirando ese pozo. Tardé mucho en convencerme de que la cosa que había visto era humana. Pero, poco a poco, comprendí algo cierto: que la humanidad no había permanecido como una sola especie, sino que se había diferenciado en dos tipos de animal diferente: los graciosos infantes del mundo de arriba no eran los únicos descendientes de nuestra generación, sino que esta cosa blanqueada, obscena, nocturna, que había pasado frente a mí, era también un heredero de todas las épocas.

Pensé en el destello de las columnas y en mi teoría de la ventilación subterránea. Comencé a sospechar de su real significado.

Me preguntaba dónde iba este lémur⁵ dentro de mi esquema de una sociedad en perfecto equilibrio. ¿Cómo se relacionaba esto con la serenidad indiferente de los hermosos pobladores del mundo de arriba? ¿Y qué se escondía ahí, al fondo de esos conductos? Me senté en el borde del pozo diciéndome que, de todas formas, no había nada que temer y que tenía que bajar ahí para encontrar solución a mis problemas. Al mismo tiempo, estaba absolutamente aterrado de ir. Mientras lo dudaba, dos de las hermosas personitas del mundo superior entraron corriendo en un juego amoroso y pasaron de la luz a las sombras. El hombre perseguía a la mujer y le lanzaba flores mientras corrían.

Se sobresaltaron un poco al verme, con mi brazo contra la columna caída, mirando dentro del pozo. Aparentemente se consideraba grosero señalar estas aperturas, pues cuando apunté hacia esta y traté de plantear una pregunta al respecto en su idioma, se mostraron aún más perturbados y se alejaron. Pero les interesaban mis fósforos, así que encendí algunos para entretenerlos. De nuevo intenté preguntar por el pozo, y otra vez fracasé. Así que los dejé, con la intención de regresar con Weena y ver qué podría lograr con ella. Mi mente ya estaba revolucionada, mis suposiciones e interpretaciones patinaban y pensaba nuevas proposiciones. Ahora tenía una pista sobre el significado de estos pozos, sobre las torres de ventilación, sobre el misterio de los fantasmas: ¡aunque ni una pizca sobre la función de las puertas de bronce y qué había sido de la máquina del tiempo! De forma muy vaga se me ocurrió una propuesta de solución para el problema económico que me había intrigado.

Aquí había información nueva. Era claro que esta segunda especie de humanos era subterránea. Había tres circunstancias

.....
5 N. de la A.: En mitología romana, espíritus malignos o fantasmas de los muertos, espectros nocturnos que vagaban para atormentar a los vivos.

particulares que me hacían pensar que su asomo a la superficie era raro y que tenían el hábito de vivir bajo tierra por mucho tiempo. En primer lugar, estaba esa apariencia descolorida que es común entre los animales que viven en la oscuridad: por ejemplo, el pez blanco de las cavernas de Kentucky. Después estaban esos enormes ojos con la capacidad de reflejar la luz, que es una característica común en animales nocturnos, como los búhos o los gatos. Y tercero, su evidente confusión frente a la luz del sol: ese rápido, pero atropellado y torpe salto hacia las sombras, y esa forma particular de llevar la cabeza en la luz del día. Todo esto sustentaba la teoría de una sensibilidad extrema de la retina.

Bajo mis pies, entonces, la tierra tenía que estar llena de túneles, y estos estarían habitados por la nueva especie. La presencia de conductos de ventilación y pozos a lo largo de las laderas de las colinas —de hecho, por todas partes excepto cerca del valle del río— mostraba qué tan extendidas estaban sus ramificaciones. Lo más natural, entonces, era suponer que era en este mundo subterráneo artificial donde se realizaba todo el trabajo necesario para la vida cómoda de la especie de la superficie. La teoría era tan plausible que de inmediato la acepté como cierta y pasé a tratar de entender *cómo* se había dado la división de la especie humana. Me atrevo a decir que ustedes se anticiparán a la falla en mi teoría, pues yo mismo me di cuenta pronto de lo alejada que estaba de la realidad.

Primero, partiendo de los problemas de nuestros tiempos, me parecía claro como el agua que una ampliación gradual de las diferencias temporales y sociales entre los capitalistas y los trabajadores era la clave para toda esta situación. Sin duda les resultará bastante grotesco —¡y sobre todo increíble!— pero incluso hoy existen circunstancias que apuntan en esa dirección. Hay una tendencia a utilizar los espacios subterráneos para propósitos menos decorativos de la civilización. Por ejemplo, en

Londres existe el tren subterráneo, los nuevos tranvías eléctricos, hay talleres y restaurantes subterráneos, y estos crecen y se multiplican. Sin duda, creo que esta tendencia se ha incrementado tanto que las industrias han perdido gradualmente su derecho al aire libre. Es decir, han llegado más y más profundo con fábricas subterráneas más y más grandes, en las que gastan cada vez más parte de su tiempo, hasta que, al final... Incluso hoy, ¿no vive acaso un obrero en tales condiciones artificiales que prácticamente ha quedado privado de la superficie natural de la tierra?

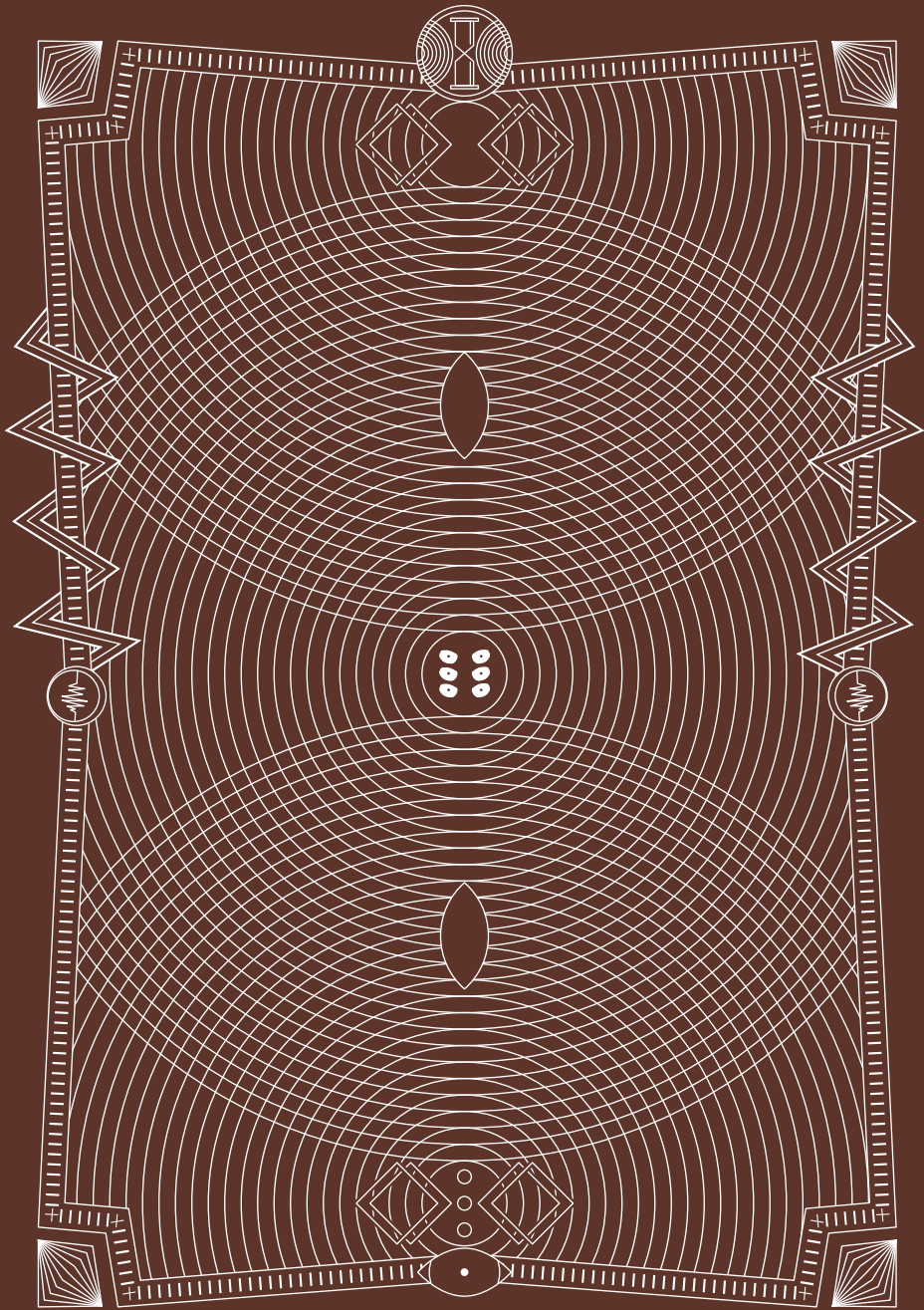
La tendencia de los ricos a la exclusividad —debido, sin duda, a mejores condiciones de educación, y a que crece el abismo entre ellos y los pobres— ya se está dirigiendo a encerrar, para sus intereses, porciones considerables de la superficie de la tierra. En Londres, por ejemplo, tal vez la mitad de la parte más bonita del campo está cercada contra los intrusos. Y este mismo abismo cada vez más amplio —debido al costo de una mejor educación y de mayores comodidades, además de prácticas más refinadas por parte de los ricos— hará que cada vez sea menos frecuente la interacción entre diferentes clases —por ejemplo, el ascenso social vía matrimonio—, que en la actualidad retrasan la separación de nuestra especie en líneas diferentes de estratificación social. Así que, al final, en la superficie tendrás a los propietarios, en búsqueda de comodidad, placer y belleza; y bajo tierra tendrás a los desposeídos: obreros continuamente adaptándose a las condiciones de su trabajo. Una vez ahí, sin duda, tendrán que pagar alquiler, y no uno barato, debido a la ventilación de sus cavernas, y si se niegan, morirán de hambre o estarán sofocados por las deudas. Aquellos destinados por su constitución a ser infelices, así como los rebeldes, morirán. Al final, al hacerse permanente la separación, los sobrevivientes estarán tan bien adaptados a las condiciones de la vida subterránea y tan felices en su medio, como los de la superficie estarán con las suyas. Entonces me

parecía a mí que la belleza refinada y la palidez descolorida se relacionaban de manera natural.

El gran triunfo de la humanidad con el que había soñado tomó una forma diferente en mi mente. No se había dado una victoria de la educación moral y la solidaridad como había imaginado. En su lugar, vi una auténtica aristocracia, provista de una ciencia perfeccionada que había llegado a la conclusión lógica del sistema industrial de la actualidad. Su triunfo no había sido solo sobre la naturaleza, sino sobre esta y los de su misma especie. Esta, les advierto, era mi teoría en ese momento. No contaba con un conveniente guía como los de los libros de utopías. Aunque mi explicación estaba por completo equivocada, todavía creo que era la más plausible. Pero incluso en esta teoría, la equilibrada civilización que al final se había logrado debió pasar hacía mucho su esplendor, y ahora estaba en decadencia. La seguridad demasiado perfecta de los pobladores de la superficie los había llevado a una lenta disminución generalizada del tamaño, la fuerza y la inteligencia. Eso lo podía ver con claridad. Lo que les había ocurrido a los subterráneos todavía no podía sospecharlo, pero, por lo que había alcanzado a ver de los morlocks —por cierto, ese era el nombre de estas criaturas— suponía que la modificación de sus características humanas había sido aún más profunda que la de los elois, la hermosa especie que ya conocía.

Luego tuve múltiples dudas. ¿Por qué los morlocks habían tomado mi máquina del tiempo? Pues estaba seguro de que habían sido ellos. ¿Por qué, también, si los elois dominaban, no me regresaban la máquina? ¿Y por qué tenían un miedo tan terrible a la oscuridad? Procedí entonces, como ya dije, a preguntarle a Weena por este mundo subterráneo, pero de nuevo me defraudó. Al principio no entendía mis preguntas, y luego se negó a responderlas. Se estremeció como si fuera un tema insoportable. Y cuando la presioné, tal vez un poco fuerte, se echó a llorar. Eran las únicas

lágrimas, aparte de las mías, que había visto en la Era Dorada. Cuando las vi, de inmediato dejé de preguntar por los morlocks, y solo me preocupé por borrar esas señales de su herencia humana en los ojos de Weena. Muy pronto volvió a sonreír y a aplaudir mientras que yo solemnemente quemaba un fósforo.



IX

LOS MORLOCKS

Les puede parecer extraño, pero me demoré dos días en poder seguir la nueva pista que encontré por la ruta que era la apropiada. Sentía una particular aversión por esos pálidos cuerpos. Eran del color blanquecino de los gusanos y de esas cosas

que ves conservadas en alcohol en los museos zoológicos. Y eran asquerosamente fríos al tacto. Tal vez mi aversión estaba muy influenciada por la simpatía de los elois, cuyo disgusto por los morlocks estaba empezando a comprender.

La noche siguiente no pude dormir bien. Es probable que mi salud estuviera un poco afectada. Me pesaban el desconcierto y la duda. Unas cuantas veces había sentido un intenso miedo para el que no encontraba una verdadera razón. Recuerdo entrar, tratando de no hacer ruido, al gran salón donde dormían las personitas —esa noche Weena estaba con ellos— y sentirme seguro en su presencia. Se me ocurrió ahí que en el transcurso de unos cuantos días la luna debía pasar por su última fase, las noches serían más oscuras, y empezarían a ser más abundantes las apariciones de estas desagradables criaturas del subsuelo, estos lémures blanquecinos, esta nueva plaga que había reemplazado a una anterior. Y en ambos días tuve la inquietante sensación de quien elude un deber inevitable. Estaba convencido de que la máquina del tiempo solo podía ser recuperada si entraba de lleno en esos misterios subterráneos. Pero de todas formas no podía enfrentarlo. Si solo tuviera un acompañante, todo sería diferente. Pero estaba tan terriblemente solo, que la simple idea de descender a la oscuridad del pozo me horrorizaba. No sé si entenderán mis sentimientos, nunca me sentía del todo seguro.

Tal vez fue esta inquietud, esta inseguridad, lo que me llevó a alejarme cada vez más en mis expediciones exploratorias. Iba en dirección suroccidente, hacia la zona rural que ahora llamamos Combe Wood, y vi a lo lejos, en dirección a lo que en el siglo XIX corresponde a Banstead⁶, una gran estructura verde, diferente a cualquiera que había visto hasta ese momento. Era mucho más grande que el más grande de los palacios o ruinas que conocía, y la fachada tenía apariencia oriental: tenía el lustre, así como el color de cierto tipo de porcelana china, que es un verde pálido, casi como un verde azulado. Este aspecto distinto sugería una diferencia en el uso, y yo estaba decidido a avanzar y explorar. Pero se empezaba a hacer tarde y solo había logrado divisar el lugar después de un largo y agotador recorrido, así que decidí posponer la aventura para el día siguiente, y regresar al recibimiento y los cuidados de la pequeña Weena. Pero a la mañana siguiente pude ver con claridad que mi curiosidad en relación con el palacio de porcelana verde era una pieza de autoengaño que me permitía eludir, por un día más, una tarea que temía realizar. Decidí que tenía que hacer el descenso sin más pérdida de tiempo, y salí temprano en la mañana camino hacia el pozo cercano a las ruinas de granito y aluminio.

La pequeña Weena corrió conmigo. Danzó a mi lado hasta el pozo, pero cuando me vio inclinarme sobre este y mirar hacia abajo, pareció extrañamente desconcertada.

—Adiós, pequeña Weena —le dije, y la alcé y la besé.

Luego la bajé al suelo, y comencé a tantear el interior para encontrar los ganchos de escalar; con algo de impaciencia, debo confesarlo, pues temía que el valor se me escapara. Al principio ella me miraba con asombro. Luego empezó a llorar con desespero, corrió

.....
⁶ N. de la A.: En la actualidad Combe Wood y Banstead, poblaciones inglesas, conservan los mismos nombres.

hacia mí y empezó a halarme con sus manitas. Creo que su oposición me animó a continuar. Me zafé de ella, tal vez un poco brusco, y al momento siguiente ya estaba yo en el conducto del pozo. Vi su cara de preocupación, y le sonreí para tranquilizarla. Luego tuve que mirar abajo a los inestables ganchos de los que me sostenía.

Tuve que bajar cerca de unos doscientos metros. El descenso se realizaba mediante unas barras metálicas que salían de los lados del pozo, adaptadas a las necesidades de unas criaturas mucho más pequeñas y livianas que yo, por lo que pronto me sentí encalambrado y agotado. Una de las barras cedió de repente bajo mi peso y casi caigo a la oscuridad profunda: estuve colgando por unos momentos de una sola mano, y después de esa experiencia no me atreví a parar de nuevo. Aunque mis brazos y espalda estaban realmente adoloridos, continué bajando con movimientos tan rápidos como me era posible. Al mirar hacia arriba podía ver la boca del pozo como un pequeño disco azul en el que se veía una estrella. Mientras la cabecita de Weena se asomaba como una negra proyección redonda. El golpeteo de una máquina abajo se hacía cada vez más alto y más opresivo. Todo, excepto el pequeño círculo de arriba, estaba en completa oscuridad, y cuando volví a mirar, Weena había desaparecido.

No podía estar más incómodo. Llegué a considerar volver a subir y dejar quieto el mundo subterráneo. Pero, aunque lo pensé, continué bajando. Por fin, con inmenso alivio, vi que me acercaba, como a medio metro hacia mi derecha, a una delgada rendija en la pared. Entré por ahí y vi que se trataba del inicio de un estrecho túnel horizontal en el que pude sentarme y descansar. Ya era hora. Me dolían los brazos, mi espalda estaba encalambrada, y yo temblaba por el miedo constante a una caída. Además de esto, la prolongada oscuridad había tenido un efecto doloroso en mis ojos. En el ambiente se sentía el soplar y el golpe de una maquinaria que bombea aire por el conducto.

No sé cuánto tiempo descansé. Me despertó el suave roce de una mano en mi cara. Tanteando en la oscuridad agarré mis fósforos y encendí uno con prisa. Vi a tres criaturas blancas agachadas parecidas a las que había visto en el subterráneo de las ruinas, que rápidamente retrocedieron ante la luz. Como vivían en lo que parecía ser una oscuridad impenetrable, sus ojos eran más grandes y sensibles de lo normal, así como son las pupilas de los peces abisales, y de la misma manera, reflejan la luz. No tengo dudas de que podían verme en esa total oscuridad, y no parecían tener ningún miedo hacia mí aparte de la luz. Pero, tan pronto encendí el fósforo para poder verlos, huyeron presurosos, se metieron entre los canales y túneles desde donde veía sus ojos mirarme de la forma más extraña.

Intenté llamarlos, pero su lenguaje parecía ser diferente al de las personas de la superficie, así que quedé a merced de mis propios esfuerzos sin ninguna ayuda, y la idea de irme sin haber explorado pasó por mi mente. Pero me dije: «Ya estás aquí». Avancé tanteando a lo largo del túnel y encontré que el ruido de maquinaria se hacía más alto. Sentí que me alejaba de las paredes y llegué a un amplio espacio abierto, ahí encendí otro fósforo y vi que había entrado a una vasta caverna abovedada, que se extendía hacia la total oscuridad más allá del alcance de mi luz.

No alcancé a ver más que lo que tarda en consumirse un fósforo. Lo que recuerdo es irremediamente vago. Pude ver formas gigantes como de máquinas que se asomaban desde la oscuridad y creaban grotescas sombras en las que espectrales morlocks se protegían del brillo. El lugar, por cierto, era bastante atiborrado y opresivo, y un leve olor de sangre recién derramada flotaba en el aire. Un poco más abajo de la visión central había una mesita de metal blanco, servida con lo que parecía ser una comida. ¡Los morlocks, sin duda, eran carnívoros! Recuerdo haber pensado en ese momento qué animal grande existiría del que venía el pedazo

de carne roja que vi. Todo era indefinido: el fuerte olor, las formas sin sentido, las figuras grotescas acechando en las sombras que solo esperaban la oscuridad para venir de nuevo por mí. Luego se consumió el fósforo y me quemó los dedos, y cayó, un punto rojo retorciéndose en la negrura.

Desde entonces he pensado en lo mal equipado que estaba para tal experiencia. Cuando empecé con la máquina del tiempo, tenía la absurda suposición de que los hombres del futuro con toda certeza estarían muchísimo más adelante que nosotros en todos sus instrumentos. No llevé armas, no llevé medicinas, no llevé nada para fumar —¡a veces añoraba tanto el tabaco!—, ni siquiera llevé suficientes fósforos. ¡Si solo hubiera pensado en una cámara de fotos! Habría podido capturar ese vistazo al mundo subterráneo en un segundo, y luego examinarlo a profundidad. Pero la realidad es que estaba ahí parado con las únicas armas y poderes que la naturaleza me había proporcionado: manos, pies y dientes, además de los cuatro fósforos que aún me quedaban.

Tenía miedo de avanzar en medio de toda esta maquinaria en la oscuridad, y fue solo con el destello de la última luz que encendí que me di cuenta de que mi provisión de fósforos era poca. Hasta ese momento no se me había ocurrido que era necesario economizarlos, y me había gastado casi media caja entreteniendo a los del mundo de arriba, para quienes el fuego era una novedad. Ahora, como ya dije, me quedaban cuatro, y ahí parado en la oscuridad me tocó una mano, sentí unos dedos largos sobre mi cara y un olor muy desagradable. Creo que escuché la respiración de una multitud de estas horribles cositas a mi alrededor. Sentí que con astucia trataban de retirar la caja de fósforos en mi mano, y otras manos detrás de mí tiraban de mi ropa. La sensación de estas criaturas que no podía ver examinándome era indescriptiblemente molesta. De repente, en la oscuridad, tuve conciencia de mi ignorancia sobre su forma de pensar y

actuar. Les grité tan fuerte como pude. Comenzaron a alejarse, pero luego los sentí acercarse otra vez. Me agarraban con más decisión y oía que se susurraban algo entre ellos. Me estremecí y de nuevo grité —aunque algo discordante—. Esta vez no se preocuparon tanto e hicieron un ruidito como de risa rara cuando se me acercaban de nuevo. Confieso que estaba muy asustado. Decidí que encendería otro fósforo para huir bajo la protección de su brillo. Eso hice, protegí la llama con un pedazo de papel que tenía en el bolsillo y logré dirigirme hacia el túnel estrecho. Pero apenas había logrado entrar en este cuando se apagó la lumbre, y en la oscuridad pude escuchar a los morlocks susurrar como el viento entre las hojas y golpetear como la lluvia a medida que me perseguían.

En un momento me sentí agarrado por varias manos que sin lugar a duda estaban tratando de arrastrarme de regreso. Prendí otro fósforo y lo moví frente a sus caras confundidas. Es difícil que puedan imaginar qué tan inhumanos y desagradables se veían —esas caras pálidas y sin barbilla, con esos enormes ojos rojigrisáceos sin pestañas que miraban en su ceguera y desconcierto—. Pero no me quedé a mirar; seguí retrocediendo y cuando se apagó mi segundo fósforo, encendí el tercero. Ya casi se había agotado cuando alcancé la entrada al conducto. Me acosté en el borde, pues la vibración de la gran bomba en el fondo me mareaba. Luego empecé a tantear los lados buscando los ganchos de ascenso, pero mientras lo hacía, sentí que me agarraban los pies y era arrastrado con fuerza hacia atrás. Encendí mi último fósforo... que sin remedio se agotó. Pero ahora tenía mi mano en una de las barras para escalar, y pateando con fuerza me liberé del agarre de los morlocks, empecé a escalar rápido por el conducto, mientras ellos se quedaron mirándome y parpadeando: todos excepto un pequeño infeliz que me siguió un rato, y casi logra quedarse con mi bota como trofeo.

Esa escalada me pareció interminable. En los últimos ocho o diez metros sentí una náusea fatal. Se me dificultó mucho mantener el agarre. Los pasos finales fueron una terrible lucha para tratar de no desmayarme. Varias veces mi mente me hizo pensar que caía. Al final, sin embargo, llegué como pude a la salida del pozo y me arrastré fuera de las ruinas hacia la cegadora luz solar. Dejé que bañara mi rostro. Hasta la suciedad olía dulce y limpia. Luego recordé los besos de Weena en mis manos y orejas, y las voces de otros elois. Después, por un tiempo, no sentí nada.

X AL LLEGAR LA NOCHE

Ahora, de hecho, parecía estar ante un peor escenario que antes. Hasta ese momento, excepto durante mi noche de angustia por la pérdida de la máquina del tiempo, tenía la continua esperanza de un gran escape, pero esa ilusión se veía afectada por los nuevos descubrimientos. Había sentido que apenas me limitaban la simplicidad infantil de las personitas, y algunas fuerzas desconocidas que solo necesitaba entender para superarlas; pero había un elemento nuevo del todo en las desagradables características de los morlocks, algo inhumano y maligno. Los desprecié por instinto. Antes me sentía como alguien que ha caído en un hoyo: mi preocupación era cómo salir de ahí. Ahora me sentía como una bestia atrapada cuyo enemigo vendría pronto por ella.

Tal vez les sorprenda el enemigo al que temía. Era la oscuridad de la luna nueva. Weena me había hablado de algo que antes era incomprendible para mí sobre las noches sin luna. Ya no era difícil adivinar cuál era el problema implícito en las noches oscuras. La luna estaba menguando, cada noche había intervalos de oscuridad más largos. Y ahora entendía, al menos en cierta medida, la razón del miedo de la gente de arriba a la oscuridad. Me intrigaba un poco qué tipo de destrozos podían cometer los morlocks bajo la luna nueva. Ahora estaba bastante seguro de que mi segunda hipótesis era errada. La gente de arriba tal vez fue algún día la aristocracia dominante, y los morlocks sus trabajadores sirvientes, pero eso se había acabado hacía mucho. Las dos especies que habían resultado de la evolución de la humanidad se dirigían, o ya habían llegado, a una forma de relacionarse nueva por com-

pleto. Los elois, como los reyes carlovingios⁷, habían decaído en una bella inutilidad. Todavía era tolerado que tuvieran posesión de la tierra, pues los morlocks, subterráneos por innumerables generaciones, habían llegado a encontrar la superficie iluminada del todo intolerable. Y deduzco que los morlocks seguían haciendo sus vestuarios y manteniendo las necesidades habituales de los otros, tal vez solo por la continuidad de un viejo hábito de servicio. Lo hacían como un caballo parado pateando con sus patas, o como un hombre disfrutando matar animales por deporte: porque antiguas necesidades desaparecidas han dejado una impronta en el organismo. Pero, era claro, el viejo orden en parte ya se había revertido. La némesis de los más delicados avanzaba sigilosa. Hace años, hace miles de décadas, los humanos habían arrojado a sus semejantes lejos de las comodidades y de la luz del sol. ¡Ahora ese prójimo regresaba transformado! Ya los elois habían comenzado a aprender de nuevo una vieja lección. Estaban reintegrando el miedo en sus vidas. Y de repente volvió a mi memoria el recuerdo de la carne que había visto bajo tierra. Traté de recordar la forma. Tenía la leve sensación de algo familiar, pero no podía decir qué era en ese momento.

De todas formas, sin importar lo indefensas que estaban las personitas ante la presencia de ese misterioso miedo, yo estaba hecho de algo distinto. Yo venía de esta época nuestra, esta materia prima de la especie humana, donde el miedo no nos paraliza y el misterio no nos atemoriza. Yo por lo menos podría defenderme. Sin más demoras decidí hacerme unas armas y una fortaleza donde poder dormir. Con ese refugio como base podría enfrentar este extraño mundo con algo de la confianza que había perdido al descubrir el tipo de criaturas a las que me exponía noche a noche.

.....
7 N. de la A.: Dinastía de reyes y emperadores francos que dominaron Europa occidental durante los siglos VIII al X.

Sentí que no volvería a dormir hasta que mi cama no estuviera protegida de ellos. Me estremecía de horror al pensar en cuánto me habrían examinado ya.

Vagué durante la tarde por el valle del Támesis, pero no encontré nada que me pareciera impenetrable. Todas las construcciones y los árboles parecían fáciles para los diestros escaladores que seguro eran los morlocks a juzgar por sus pozos. Luego la elevada cúspide del palacio de porcelana verde y el pulido destello de sus paredes me vino a la mente, y en la tarde, llevando a Weena sobre mis hombros como una niña, subí la colina en dirección suroccidente. Había calculado que la distancia serían unos diez kilómetros, pero en realidad fueron más de veinte. Había visto el lugar una húmeda mañana, cuando las distancias se ven en apariencia reducidas. Además, el tacón de uno de mis zapatos estaba flojo y una puntilla se abrió camino a través de la suela —eran unos viejos zapatos muy cómodos que usaba para estar en casa—, así que andaba cojo. Y ya el atardecer había pasado hacía un tiempo cuando pude ver el palacio, silueteado contra el pálido reflejo amarillo del cielo.

Weena estaba encantada cuando comencé a cargarla, pero después de un tiempo quiso que la bajara y corrió a mi lado, estirando ocasionalmente una de sus manos para coger flores y meterlas en mis bolsillos. Mis bolsillos siempre habían intrigado a Weena, pero al final había decidido que eran un tipo de excéntricos jarrones para decoraciones florales. Al menos los utilizó con ese fin. ¡Eso me recuerda...! Al cambiarme la chaqueta encontré...

El Viajero del Tiempo hizo una pausa, metió su mano al bolsillo, y en silencio puso sobre la mesita dos flores marchitas, no muy diferentes a malvas blancas enormes. Luego retomó su narración.

—A medida que el silencio de la noche avanzaba sobre el mundo y nosotros continuamos sobre la cima de la colina en direc-

ción a Wimbledon, Weena empezó a cansarse y quería regresar a la casa de piedra gris. Pero le señalé las distantes cúspides del palacio de porcelana verde, y busqué la forma de hacerla entender que buscábamos refugio ahí para sus miedos. ¿Conocen esa gran quietud que cae sobre las cosas antes de la penumbra? Hasta la brisa deja de soplar entre los árboles. Para mí siempre hay un aire de expectativa relacionado con la calma del anochecer. Pues bien, esa noche la expectativa tomó el color de mis miedos. En esa calma que oscurecía, mis sentidos parecían predeterminadamente agudos. Me pareció que incluso podía sentir el vacío del suelo bajo mis pies: de hecho, casi que podía ver a través a los morlocks en su hormiguero ir de aquí para allá a la espera de la noche oscura. En medio de mi nerviosismo pensé que habían interpretado mi invasión a su madriguera como una declaración de guerra. Pero, ¿Y por qué tomaron mi máquina del tiempo?

Así que continuamos en silencio y el crepúsculo se hizo noche. El claro azul distante se desvaneció, y una tras otra las estrellas empezaron a salir. El suelo se hizo sombrío y los árboles, negros. Weena estaba cada vez más cansada y más asustada. La cargué en mis brazos y le hablé con cariño. Luego, mientras la oscuridad se hacía más intensa, pasó sus brazos alrededor de mi cuello, cerró los ojos y hundió fuertemente su cara en mi hombro. Seguimos por una larga pendiente hasta el valle, y ahí en la penumbra casi entro caminando a un arroyuelo. Este lo sobrepasé y subí por el lado opuesto de la llanura, pasé por varias casas dormitorio, y por una estatua. Hasta ahí no había visto ningún morlock, pero apenas empezaba la noche, y faltaban por llegar las horas más oscuras antes de que saliera la vieja luna.

Desde lo alto de la siguiente colina vi un espeso bosque que se extendía amplio y oscuro frente a mí. Tuve mis dudas. No podía ver dónde terminaba, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda. Estaba cansado, en especial mis pies estaban adoloridos; me de-

tuve, con mucho cuidado bajé a Weena de mi hombro y me senté en el césped. Ya no veía el palacio de porcelana verde, y no estaba seguro de mi orientación. Miré la espesura del bosque y pensé en qué podría esconder. Bajo ese denso enredo de ramas no tendría visibilidad de las estrellas. Incluso si no acechara otro peligro —peligro sobre el que no quería dejar volar mi imaginación— todavía estarían todas las raíces para tropezarse y los troncos de los árboles para chocarse. Además, estaba muy cansado de toda la actividad del día, así que decidí que no iba a afrontarlo, sino que pasaría la noche a cielo abierto en la colina.

Me dio gusto encontrar que Weena dormía profundamente. Con cuidado la envolví con mi chaqueta y me senté a su lado a esperar la salida de la luna. La colina estaba silenciosa y sola, pero desde la oscuridad del bosque salían de vez en cuando sonidos de algo con vida. Sobre mi cabeza brillaban las estrellas. Sentí cierta tranquilidad amigable bajo sus destellos. Todas las viejas constelaciones habían desaparecido del cielo; sin embargo, ese lento movimiento que es imperceptible durante cientos de vidas humanas, desde hacía mucho que las había reagrupado en formas irreconocibles. Pero la Vía Láctea, me pareció, seguía siendo la misma serpentina harapienta de antaño hecha de polvo de estrellas. Hacia el sur (a mi juicio) había una estrella roja brillante que era nueva para mí, era incluso más espléndida que nuestra Sirio⁸ verde. Y entre todos esos centelleantes puntos de luz brillaba un planeta de forma tierna y constante como la cara de un viejo amigo.

Mirar estas estrellas empequeñeció de repente mis propios problemas y toda la gravedad de la vida terrestre. Pensé en su distancia insondable y en su lento e inevitable rumbo desde un pasado desconocido hacia un futuro incógnito. Pensé en los grandes

.....

8 N. de la A.: Nombre de la estrella más brillante vista desde la Tierra.

ciclos de la tierra, y las veces en que ha ocurrido esa revolución silenciosa durante los años que he atravesado. Y en estas pocas revoluciones toda la actividad, todas las tradiciones, las organizaciones complejas, naciones, idiomas, literaturas, aspiraciones, incluso la sola memoria del hombre como lo conocía, ha sido borrada de la existencia. En su lugar estaban estas frágiles criaturas que habían olvidado a sus ancestros, y las cosas blancas que me atemorizaban. Luego pensé en el gran miedo que existía entre estas dos especies, y por primera vez, con un temblor súbito, tuve la claridad mental de qué podría ser la carne que había visto. ¡Pero era algo horrible! Miré a la pequeña Weena durmiendo a mi lado, su cara blanca y brillante bajo las estrellas, y en el acto rechacé esa idea.

A través de esa larga noche traté de no pensar en los morlocks tanto como pude, y me entretuve tratando de creer que podía encontrar señales de las viejas constelaciones en esta nueva confusión. El cielo continuaba bastante despejado, salvo unas cuantas nubes brumosas. Sin duda, me quedé dormido a ratos. Luego, cuando mi vigilia llegaba a su fin, llegó algo de claridad por el lado oriental del cielo, como el reflejo de un fuego incoloro, y salió la vieja luna, delgada, puntuda y blanca. Muy de cerca, sobrepasándola e inundándola, llegó el alba, al principio pálida, pero luego aumentó su color rosa y su calidez. No se nos había acercado ningún morlock. De hecho, no había visto a ninguno en esa colina durante la noche. Y con la confianza de un día renovado casi me dio la impresión de que mi miedo había sido injustificado. Me levanté y vi que mi pie del lado del tacón flojo estaba inflamado hasta el tobillo y adolorido bajo el talón. Me volví a sentar, me quité los zapatos y los lancé lejos.

Desperté a Weena y bajamos al bosque, ahora era verde y agradable y no negro y amenazante. Encontramos unas frutas para desayunar. No tardamos en cruzarnos con otros como ella, reían y bailaban bajo la luz del sol como si no existiera algo llamado no-

che en la naturaleza. Y entonces pensé de nuevo en la carne que había visto. Ahora estaba seguro de lo que era, y desde el fondo de mi corazón lamenté este débil riachuelo final en el que se había convertido el gran cauce de la humanidad. Era claro que en algún momento del transcurso de la decadencia humana los morlocks se habían quedado sin comida. Es probable que hayan tenido que comer ratas y plagas de ese estilo. Incluso hoy las personas excluyen mucho menos de su comida que antes. Su prejuicio contra la carne humana no es un instinto arraigado. Por tanto, ¡estos inhumanos hijos de hombres...! Traté de mirar el asunto desde un punto de vista científico. Después de todo, eran menos humanos y más remotos que nuestros ancestros caníbales de hace tres mil o cuatro mil años. Y ya no existía la inteligencia que haría que el estado actual de las cosas fuera un tormento. ¿Por qué me preocupaba yo? Estos elois eran simple ganado de engorde, a quienes los subterráneos morlocks preservaban, consumían y, tal vez, atendían sus crías. ¡Y ahí estaba Weena bailando a mi lado!

Luego traté de evitar el horror que crecía en mí y lo vi todo como una riguroso castigo al egoísmo de los humanos. Las personas se habían acostumbrado a vivir con tranquilidad y gozo de cuenta de los trabajos de sus semejantes, habían usado la necesidad como lema y excusa, pero, al cabo del tiempo, la necesidad se había vuelto en su contra. Incluso intenté mirar con desprecio a esta miserable aristocracia en decadencia, mas me resultó imposible aceptar estos pensamientos. Sin importar el tamaño de su degradación intelectual, los elois habían conservado mucho de la forma humana como para no simpatizar con ellos y participar por fuerza en su deterioro y su miedo.

Para ese momento tenía ideas muy imprecisas del camino que debía seguir. La primera de ellas era procurarme un refugio seguro y construirme unas armas de metal o de piedra que pudiera inventar. Esa fue una necesidad inmediata. En segundo lugar,

esperaba poder conseguirme medios para hacer fuego y así tener como arma una antorcha en la mano, pues ya sabía que sería lo más eficiente contra los morlocks. Después quería inventarme algo para lograr abrir las puertas de bronce bajo la esfinge blanca. Tenía considerado un ariete. Me había convencido de que si podía entrar por esas puertas con una fuente de luz frente a mí, ahí encontraría mi máquina del tiempo y escaparía. No imaginaba que los morlocks fueran tan fuertes para moverla más lejos. También había decidido traer a Weena a nuestro tiempo. Con todo esto en mente continué nuestro camino hacia la construcción que había escogido como nuestro refugio.

AL LLEGAR LA NOCHE

H. G. WELLS

XI

EL PALACIO DE PORCELANA VERDE

Llegamos al palacio de porcelana verde hacia el mediodía, y al acercarnos lo encontramos desierto y casi en ruinas. Solo restos quebrados de vidrio quedaban en sus ventanas, y grandes láminas de la fachada verde se habían caído de sus marcos metálicos ya

corroídos. Se encontraba muy alto sobre un montículo de césped, miré en dirección nororiente antes de entrar y me sorprendió ver un gran estuario, o tal vez un arroyo, donde creo que alguna vez estuvieron Wandsworth o Battersea. En ese momento pensé —aunque no profundicé después mucho más— en qué habría pasado, o estaría pasando, con las criaturas vivas del mar.

Después de examinarlo comprobé que el material del palacio sí era porcelana, y al frente vi una inscripción en caracteres desconocidos. Pensé, un poco ingenuamente, que Weena me podría ayudar a interpretarlo, solo para enterarme de que la simple noción de escritura jamás había pasado por su cabeza. Siempre me dio la impresión de ser más humana de lo que era, tal vez porque su afecto era muy humano.

Tras las dos grandes alas de la puerta —que estaban abiertas y quebradas— encontramos, en lugar del tradicional recibidor, un largo salón iluminado por ventanas laterales. A primera vista me recordó un museo. El piso embaldosado tenía una gruesa capa de polvo y un estante lleno de diferentes objetos estaba envuelto en la misma cubierta gris. Luego vi, parado en el centro del salón, lo que claramente era la parte inferior de un esqueleto gigante, raro y gastado. Por la forma oblicua del pie lo atribuí a una criatura extinta del tipo de los megaterios. El cráneo y los huesos superiores reposaban a su lado sobre el grueso polvo, y en una parte donde la lluvia había caído por una gotera en el techo, la osamenta estaba

desgastada. Más adentro en la sala estaba, en una caja de vidrio, el enorme esqueleto de un brontosaurio. Esto confirmaba mi hipótesis de un museo. Al ir a uno de los lados encontré lo que me pareció que eran estantes recostados, y, al retirar todo el polvo que los cubría reconocí las vitrinas de nuestros días. Debieron estar selladas al vacío a decir de la buena preservación de algunos de sus contenidos.

Era claro que estábamos entre las ruinas del South Kensington⁹ actual. Esta parecía ser la sección de paleontología, y debió ser una exhibición espléndida de fósiles. Aunque el inevitable proceso de deterioro se había frustrado por un tiempo con la extinción de las bacterias y los hongos, ahora seguía, con total certeza, aunque con extrema lentitud, avanzando de nuevo sobre estos tesoros. En varias partes encontré restos de las personitas con la forma de extraños fósiles rotos en pedazos o ensartados en tiras de caña. Las vitrinas, en algunos casos, habían sido movidas, imaginó que por los morlocks. El lugar era silencioso. La capa de polvo apaciguaba nuestros pasos. Weena, que había estado jugando con un erizo de mar dentro de una caja de vidrio, se me acercó, mientras yo seguía mirando alrededor, y muy callada me tomó la mano y siguió a mi lado.

Al principio estuve tan sorprendido por este antiguo monumento a una era intelectual que no pensé mucho en las posibilidades que ofrecía. Incluso mi preocupación por la máquina del tiempo estuvo un poco menos presente.

De acuerdo con el tamaño de la construcción, este palacio de porcelana verde incluía mucho más que la sección de paleontología, tal vez tenía salas de Historia, o incluso hasta una biblioteca. Para mí, al menos en tales circunstancias, todo esto resultaba muchísimo más interesante que las muestras exteriores de antigua

.....

9 N. de la A.: Vecindario en el centro de Londres.

geología en decadencia. Continué explorando y encontré una galería corta transversal a la anterior. Esta parecía estar destinada a minerales, y al ver un bloque de sulfuro mi mente de inmediato pensó en pólvora. Pero no pude encontrar salitre, de hecho, no había ningún tipo de nitrato. Sin duda, se habían disgregado hacía siglos. De todas formas, seguí considerando el sulfuro y empecé a pensar en planes. En cuanto a los demás materiales de esa sala, en general, aunque eran los mejor conservados que encontré, me interesaron muy poco, no soy especialista en mineralogía. Continué por un pasillo ruinoso paralelo a la primera sala que había visto. Esta sección parecía destinada a la historia natural, pero todo ya había dejado de ser reconocible. Unos cuantos restos encogidos y ennegrecidos de lo que habían sido animales disecados, momias conservadas en frascos que alguna vez contuvieron alcohol, el polvo oscuro de plantas desaparecidas, ¡no había más! Lo lamenté, pues me habría encantado hacer el seguimiento al paciente reajuste a través del cual se había logrado dominar la naturaleza viva. Luego llegamos a una sala de unas dimensiones colosales, pero muy mal iluminada, con el piso en un ángulo un poco inclinado hacia abajo desde el extremo por el que entré. Algunos globos blancos que colgaban del techo a intervalos —muchos quebrados— mostraban que antes el lugar contaba con iluminación artificial. Aquí me sentía más en mi mundo, pues a uno y otro lado de la pared se alzaban grandes pedazos de enormes máquinas, todas muy corroídas y muchas despedazadas, pero algunas otras casi completas. Ya saben que tengo cierta inclinación por los mecanismos y por eso me tentó quedarme entre estos: más aún al ver que la mayoría me despertaba el interés de un rompecabezas, y apenas podía adivinar con vaguedad para qué servían. Me pareció que si podía resolver el acertijo tendría más capacidad de usarlos contra los morlocks.

De pronto Weena se me acercó más, tan de repente que me asustó. Si no hubiera sido por ella, no habría notado que el sue-

lo de la sala se inclinaba del todo. (Pudo ser, por supuesto, que el suelo no se inclinó, sino que el museo estaba construido en la ladera de una colina). El extremo al que habíamos llegado estaba bastante elevado del suelo y se veía iluminado por unas ventanas como rendijas. A medida que lo atravesaba, el suelo llegaba hasta estas ventanas, había un hueco delante de estas y solo una estrecha línea de luz natural se veía arriba. Continué avanzando lentamente, todavía pensando en el acertijo de las máquinas, y estaba demasiado distraído en esto para notar la disminución gradual de luz, hasta que el temor creciente de Weena atrajo mi atención. Luego me di cuenta de que el final de la sala eran penumbras. Dudé, luego miré alrededor y noté que el polvo era menos abundante y la superficie menos pareja, y más allá, cerca del oscuro, parecía estar marcada por una serie de pequeñas huellas estrechas. Revivió mi sensación de la presencia inmediata de los morlocks. Sentí que estaba desperdiciando tiempo en esta evaluación académica de las maquinarias. Recordé que ya la tarde había avanzado bastante, y que todavía no tenía ni armas, ni refugio, ni forma de hacer fuego. A continuación, en la lejana oscuridad de la sala, escuché el particular golpeteo y los mismos ruidos extraños que había oído en el pozo.

Tomé la mano de Weena. Luego tuve una repentina idea, la dejé y me giré hacia una máquina de la que salía una palanca similar a las de señalización de trenes en la estación. Me trepé en la plataforma, agarré la palanca entre mis manos y apliqué toda mi fuerza hacia los lados. De repente Weena, sola en el centro del salón, comenzó a sollozar. Calculé correctamente la resistencia de la palanca, pues se partió tras hacerle fuerza por un minuto, y me uní de nuevo a ella con un mazo en mis manos, más que suficiente, juzgaba yo, para partirle el cráneo a cualquier morlock que encontrara. Y esperaba poder matar a un morlock. Qué inhumano, pensarán, querer matar a sus propios descendientes. Pero en

cierta forma era imposible sentir algo de humanidad hacia estas cosas. Solo por no dejar sola a Weena y la idea de que saciar mi sed de matar podría afectar mi máquina del tiempo, me persuadí de ir directo al fondo y matar a los brutos que oía.

Pues bien, con el mazo en una mano y Weena en la otra salí de esa sala y entré en una aún más grande, que a primera vista me recordó una capilla militar con raídas banderas izadas. Los trapos carbonizados que colgaban a los lados los pude reconocer como destruidos restos de libros. Hacía mucho que se habían partido en pedazos y los había abandonado cualquier asomo de tinta, pero en varias partes había cubiertas deformadas y agarres metálicos rotos que daban cuenta suficiente de lo que habían sido. Si yo fuera un literato habría moralizado tal vez sobre la intrascendencia de toda ambición. Pero como no lo soy, lo que llamó mi atención con más fuerza fue la enorme pérdida de esfuerzo que testificaban estos restos sombríos de papel podrido. Debo confesar que pensé seriamente en las *Transacciones filosóficas*¹⁰ y hasta en mis diecisiete artículos académicos sobre la óptica.

Luego subimos por una amplia escalera y llegamos a lo que debió haber sido la sala de exhibición de la química técnica. Aquí no tenía la más mínima esperanza de encontrar nada útil. Sin embargo, en una esquina donde el techo había colapsado, la sala estaba bien preservada. Revisé ansiosamente cada vitrina que no estaba quebrada y encontré una caja de fósforos. Con la misma ansiedad los ensayé y estaban en perfecto estado, ni siquiera se habían humedecido. Miré a Weena y le grité en su idioma: «¡baila!», pues en efecto había encontrado un arma contra las criaturas que nos atemorizaban. Así que, en ese museo abandonado, sobre una gruesa capa de polvo, y para deleite de Weena, muy solemne,

.....
10 N. de la A.: *Philosophical Transactions of the Royal Society*, primera revista del mundo dedicada exclusivamente a la ciencia, creada en 1665.

interpreté una especie de danza, mientras silbaba *The Land of the Leal* con tanta alegría como pude. En parte era canción, en parte mezcla de otros bailes, y en parte creación mía. Ya saben que por naturaleza invento.

Aun hoy pienso en lo raro que esta caja de fósforos escapara al paso del tiempo durante innumerables años, y aún más raro que yo los hubiera encontrado. Sumado a que hubiese aquí una sustancia todavía más improbable, el alcanfor. Lo encontré en un frasco sellado que, por suerte, supongo, fue cerrado herméticamente. Al principio creí que era cera parafinada, y tiré el frasco. Pero el olor del alcanfor es inconfundible. En este universo en descomposición esta sustancia volátil tuvo la suerte de sobrevivir, quizás por varios cientos de siglos. Estaba a punto de descartar el alcanfor cuando recordé que era inflamable y ardía en una gran llama —de hecho, era una excelente lumbre—, y me la metí al bolsillo. No obstante, no encontré ningún explosivo ni nada que me sirviera para abrir las puertas de bronce. Hasta el momento, la barra de hierro era lo más práctico que había encontrado. De todas formas, salí de ese salón bastante animado.

No les puedo contar la historia completa de esa larga tarde. Exigiría un enorme esfuerzo de mi memoria reconstruir todas mis exploraciones en el orden correcto. Recuerdo una sala larga con oxidados soportes para armas, y dudé si cambiaba mi barrote por un hacha o por una espada. Pero no podía cargar con ambas, y la barra de hierro parecía mejor para abrir las puertas de bronce. Había varias pistolas, revólveres y rifles. La mayoría eran montones de óxido, pero muchas eran de un metal nuevo y parecían en buen estado. Pero toda munición ahí presente estaba podrida, hecha polvo. Vi que una de las esquinas estaba carbonizada y destrozada, pensé que tal vez hubo una explosión entre las piezas. En otro lugar había una amplia exhibición de ídolos: polinesios, mexicanos, griegos, fenicios, de cada país de la tierra, me pareció. Y aquí, cediendo a un

impulso irresistible, escribí mi nombre sobre la nariz de un monstruo de esteatita suramericano que me gustó particularmente.

Mientras la tarde avanzaba, mi interés disminuía. Pasé por muchas salas, empolvadas, silentes, con frecuencia ruinosas, que mostraban puros montones de óxido y carbón, algunos más recientes. En un lugar me encontré de repente cerca a la réplica de una mina de estaño, y luego, por simple accidente descubrí, en una de las cajas de vidrio selladas, ¡dos cartuchos de dinamita! Grité ¡eureka!, y con gusto quebré la caja. Luego dudé. Luego elegí un lado de la sala e hice un ensayo. Nunca he sentido tanta desilusión como en esa espera de cinco, diez, quince minutos por una explosión que nunca llegó. Por supuesto que se trataba de imitaciones, como debí adivinar de su presencia en un museo. Realmente creo que si no lo hubieran sido yo me habría apresurado sin remedio a volar la esfinge, sus puertas de bronce y (como luego comprobé) mis posibilidades de encontrar mi máquina del tiempo, todos juntos.

Creo que fue después de eso que llegamos a un patiecito abierto dentro del palacio, tenía hierba y tres árboles frutales. Así que descansamos y comimos. Hacia el atardecer empecé a evaluar nuestra posición. La noche se acercaba y todavía no había encontrado un lugar seguro. Pero eso no me preocupaba tanto ahora. Tenía en mi poder algo que tal vez era la mejor de las defensas contra los morlocks, ¡tenía fósforos! También tenía el alcanfor en mi bolsillo por si se necesitaba una fogata. Me pareció que lo mejor que podíamos hacer era pasar la noche al aire libre, protegidos por el fuego. En la mañana conseguiría la máquina del tiempo. En ese sentido, por el momento, solo contaba con el mazo de hierro. Pero ahora, cuando sabía más cosas, me sentía diferente en relación con esas puertas de bronce. Hasta ahora me había abstenido de forzarlas, principalmente por el misterio que había al otro lado. No me daban la impresión de ser muy resistentes, y esperaba encontrar que mi barra de hierro no era insuficiente para el trabajo.

XII EN LA OSCURIDAD

Salimos del palacio cuando una parte del sol todavía estaba sobre el horizonte. Estaba decidido a llegar a la esfinge blanca temprano a la siguiente mañana, y antes del anochecer me propuse atravesar el bosque que me había detenido en mi primer viaje. Mi plan era llegar tan lejos como pudiera aquella noche y luego encender un fuego para dormir bajo la protección de su brillo. Para esto, mientras avanzábamos, fui recogiendo cualquier palo o hierba seca que encontrara, e iba con mis manos llenas de estos elementos. Así cargado, nuestro avance era más lento de lo que había anticipado, y además, Weena estaba cansada. También yo me empezaba a sentir adormecido, así que anochecí y todavía no habíamos llegado al bosque. Weena quería detenerse al lado de una colina temiendo la oscuridad frente a nosotros, pero un particular sentido de peligro inminente, que, de hecho, debió servirme como precaución, lo que hizo fue empujarme a continuar. No había dormido la noche anterior, y estaba intranquilo e irritable. Sentía que me atrapaba el sueño, y con este, los morlocks.

Mientras nos decidíamos, entre los negros arbustos detrás nuestro, y resaltados contra su opacidad, vi tres figuras agachadas. Había matorrales y hierbas altas entre nosotros, pero no me sentía para nada a salvo de su malintencionado acercamiento. Calculé que el bosque tendría menos de dos kilómetros de ancho. Si lo alcanzábamos a atravesar hasta la ladera despejada de la colina, me parecía que ahí tendríamos un lugar más seguro para descansar. Pensaba que con mis fósforos y mi alcanfor podía idear algo para iluminar el camino a través del bosque. Pero se hizo evidente que si tenía que encender fósforos con mis manos primero tenía que soltar la leña para la fogata; así que, con indecisión, la

descargué. Pero entonces se me ocurrió que podría sorprender a nuestros amigos en la retaguardia encendiéndola. Estaba a punto de descubrir la locura atroz de este proceder, pero en ese momento me pareció una idea ingeniosa para cubrir nuestra huida.

No sé si alguna vez han pensado en lo raro que debe ser el fuego en ausencia de humanos y en un clima templado. El calor del sol rara vez es tan fuerte como para hacer arder, ni siquiera cuando se concentra sobre gotas de rocío, como ocurre a veces en lugares tropicales. Un rayo puede explotar y carbonizar, pero es raro que pueda causar un incendio extenso. La vegetación descompuesta es posible que haga combustión con el calor de su fermentado, pero es infrecuente que resulte en candela. En este ocaso de la humanidad, el arte de hacer fuego también había sido borrado de la tierra. Las lenguas que empezaron a arder de mi pila de leña eran para Weena algo nuevo y extraño.

Quería correr hacia el fuego y jugar con él. Creo que se le hubiera echado encima si no se lo impido. Pero la agarré, y a pesar de que se resistía, entré decidido con ella al bosque. Por un corto tramo el brillo de mi fogata iluminó el camino. Al mirar atrás podía ver, entre el espeso ramaje, que de mi pila de palos la llama se había regado a algunos arbustos cercanos, y una línea curva de fuego trepaba por la hierba de la colina. Me reí de esto y me volteé de nuevo hacia los oscuros árboles al frente. Estaba muy oscuro y Weena se aferraba a mí con ansiedad, pero a medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, había luz suficiente para evitar los troncos. Sobre nuestras cabezas el negro era total, excepto por pequeños baches de cielo azul que se asomaban de vez en cuando. No encendí ningún fósforo porque tenía las manos ocupadas. En el brazo izquierdo cargaba a mi pequeñita, y en la mano derecha llevaba el barrote de hierro.

Durante un buen trayecto no escuché más que ramitas quebrándose bajo mis pies, el leve susurro de la brisa encima, mi

propia respiración y el palpar de los vasos sanguíneos en mis oídos. Luego me pareció sentir un golpeteo detrás de mí. Continué con firmeza. El golpeteo se hizo más claro y empecé a reconocer los mismos sonidos y voces extrañas que había oído bajo tierra. Evidentemente eran varios morlocks y se estaban acercando. En efecto, al minuto sentí un tirón en mi abrigo, y algo en mi brazo. Weena empezó a temblar con fuerza y se calló por completo.

Era momento de encender un fósforo, pero para hacerlo debía bajarla. Eso hice, y mientras buscaba en mi bolsillo, comenzó un forcejeo en el suelo a la altura de mis rodillas, en completo silencio de parte de ella, y con su característico murmullo por parte de los morlocks. También sentí unas manitos trepando por mi abrigo y mi espalda, incluso tocaron mi cuello. Luego rastrillé el fósforo y prendió. Lo sostuve encendido y vi las espaldas blancas de los morlocks huir entre los árboles. Con prisa tomé un trozo de alcanfor de mi bolsillo y me preparé para encenderlo tan pronto se consumiera el fósforo. Y entonces miré a Weena. Estaba acostada, agarrada a mi pie, bastante inmóvil, bocabajo. Muy asustado me agaché a verla. Se le dificultaba respirar. Encendí el pedazo de alcanfor y lo tiré al suelo, y en tanto ardía y mantenía alejados a los morlocks y a las tinieblas, me arrodillé y la levanté. ¡El bosque alrededor parecía agitado con el murmullo de una gran multitud!

Weena se había desmayado, la puse con cuidado sobre mi hombro y me levanté para continuar, pero entonces me di cuenta de algo horrible. Al ocuparme de Weena y de los fósforos, di tantos giros, tantas veces, que ahora no tenía la más mínima idea de la orientación en la que debía seguir. Podría estar parado en dirección al palacio de porcelana verde. Me subió un sudor frío. Tuve que pensar pronto qué hacer. Decidí encender una fogata y acampar donde estábamos. Puse a Weena, todavía inconsciente, sobre un montículo de hierba, y muy rápido, antes de que se consumiera mi primer trozo de alcanfor, comencé a recoger palos y

hojas secas. Aquí y allá, en medio de la oscuridad circundante, los ojos de los morlocks brillaban como brasas.

El alcanfor parpadeó y se apagó. Encendí un fósforo, y en cuanto lo hice, dos personajes blancos que se aproximaban a Weena corrieron a esconderse. Uno estaba tan cegado por la luz que corrió directo hacia mí y pude sentir sus huesos crujir bajo mi puño. Lanzó un grito de dolor, se tambaleó unos pasos y cayó. Encendí otro trozo de alcanfor y continué reuniendo piezas para mi fogata. Noté qué tan seco estaba el follaje en el suelo, pues desde mi llegada en la máquina del tiempo, hacía casi una semana, no había llovido. Así que, en lugar de seguir recogiendo palitos caídos entre los árboles, comencé a saltar y arrastrar ramas. Muy pronto tuve un sofocante fuego alimentado de madera verde y palos secos, para poder ahorrar alcanfor. Luego giré hacia donde estaba acostada Weena junto a mi mazo de hierro. Traté de reanimarla, pero continuaba como muerta. No podía verificar del todo si estaba respirando o no.

Ahora, el humo de la fogata me envolvía y debió pesarme en algún punto. Además, el olor del alcanfor seguía en el aire. Mi fuego no necesitaría atención durante más o menos una hora. Me sentí agotado después de todo mi esfuerzo, así que me senté. El bosque también estaba lleno de un murmullo adormecido que no entendía. Me pareció que solo cabeceé y abrí mis ojos. Pero todo estaba oscuro, y los morlocks tenían sus manos sobre mí. Me desprendí de sus dedos que me agarraban y rápidamente busqué la caja de fósforos en mi bolsillo, ¡pero no estaba! Me volvieron a agarrar y me cayeron encima. No tardé en entender lo que había pasado. Me dormí y el fuego se apagó, y la amargura de la muerte cayó sobre mi alma. El bosque parecía lleno de un olor a madera quemada. Me agarraron del cuello, el pelo, los brazos y me arrastraron. Es indescriptible el horror de tener a todas estas criaturas sobre mí. Me sentía atrapado en una monstruosa telaraña. Eran muchos

más que yo, y me abandoné. Sentí dientecitos morder mi cuello. Me di vuelta, y al hacerlo, mi mano tocó la barra de hierro. Esto me dio fuerzas. Luché por sacudirme las ratas humanas, sostuve la barra en posición baja, calculando dónde podrían estar sus caras. Pude sentir el deleite de carne y huesos caer bajo mis golpes, y por un momento estuve libre.

Sentí esa extraña euforia que parece seguir a una dura pelea. Sabía que tanto Weena como yo estábamos perdidos, pero estaba decidido a hacer que los morlocks pagaran por su carne. Me paré con la espalda contra un árbol, balanceando la barra frente a mí. El bosque entero estaba lleno de su agitación y sus gritos. Pasó un minuto. Sus voces parecieron aumentar un nivel más alto de nerviosismo, y sus movimientos se aceleraron. Pero ninguno se me acercó. Seguí parado mirando la oscuridad. Y de repente surgió una esperanza. ¿Y si los morlocks estaban asustados? Y pisándole los talones a esta idea, ocurrió algo extraño. La oscuridad se empezó a hacer luminosa. Lentamente empecé a ver a los morlocks cerca de mí —tres de ellos abatidos en el suelo— y me di cuenta, con incrédula sorpresa, que los otros corrían, en hileras incesantes, desde atrás mío hacia lo profundo del bosque. Y sus espaldas ya no se veían blancas, sino enrojecidas. Ahí parado boquiabierto, vi una pequeña chispa roja que flotó entre las ramas y se desvaneció. Entonces entendí el olor a madera quemada, el murmullo adormecido que se había convertido en un rugido tumultuoso, el brillo rojo y la huida de los morlocks.

Me alejé un paso del árbol y miré atrás, entre los troncos de los árboles más cercanos vi las llamas de un incendio forestal. Me perseguía el primer fuego que hice. Busqué a Weena, pero no estaba. Los silbidos y crujidos detrás de mí, el sonido explosivo de cada árbol alcanzado por el fuego, no me permitían pensar mucho. Todavía con la barra de hierro agarrada, seguí el camino de los morlocks. Era una carrera reñida. En un momento las llamas

crecieron tanto a mi derecha que me sobrepasaron, y tuve que girar a la izquierda. Al final salí a un pequeño claro, y al hacerlo, un morlock se me acercó dando tumbos, pasó por mi lado ¡y se fue directo al fuego!

Estaba a punto de presenciar lo más horrible entre todo lo que vi en esa época futura. El espacio en el que me encontraba estaba tan claro como el día por el reflejo del fuego. En el centro había un montículo, encabezado por un espino ardiendo. Más atrás había otra parte del bosque en llamas, con lenguas amarillas que se retorcían, encerrando por completo el espacio como un cerco de fuego. Por la ladera de la colina había unos treinta o cuarenta morlocks, confundidos por la luz y el calor, que se chocaban entre ellos en medio de su desconcierto. Al principio no me di cuenta de su ceguera, y angustiado de miedo les pegaba con mucha fuerza con mi mazo cuando se me acercaban; maté a uno y herí a varios más. Pero cuando vi los gestos de uno de ellos que andaba a tientas bajo el espino, y escuché sus lamentos, me quedó clara su absoluta indefensión y su desdicha ante este brillo, y ya no los golpeé más.

De todas formas, de vez en cuando uno venía directo hacia mí, lo que me llenaba de un horror repulsivo que me obligaba a eludirlo. De alguna manera, las llamas lograron apaciguarse, y temí que estas criaturas fueran capaces de verme de nuevo. Incluso pensé en empezar a pelear matando algunos de ellos antes de que eso ocurriera, pero el fuego volvió a arreciar y no levanté mi mano para atacarlos. Caminé por la colina entre ellos, pero evitándolos, y traté de encontrar alguna señal de Weena. No estaba por ningún lado.

Tras todo esto me senté en lo alto del cerro, y miré este increíble grupo de seres cegados que se tambaleaban de aquí para allá y hacían sonidos misteriosos entre ellos cuando el brillo del fuego los alcanzaba. Columnas de humo subían al cielo, y en los escasos

intervalos de esa cortina roja, tan lejanas como si pertenecieran a otro universo, brillaban pequeñas estrellas. Dos o tres morlocks se me acercaron dando tumbos y los desvié con la fuerza de mis puños; temblé al hacerlo.

Durante gran parte de esa noche estuve convencido de que era una pesadilla. Me mordí y grité en un intento desesperado por despertarme. Golpeé el suelo con mis manos, me levanté y me volví a sentar. Luego empecé a restregarme los ojos y a gritarle a Dios para que me despertara. Tres veces vi morlocks agachar la cabeza en una especie de agonía y correr hacia el fuego. Pero al final, sobre el rojo menguante de las llamas, sobre las columnas ascendentes de humo negro, sobre los troncos de los árboles ennegrecidos, y el decreciente número de las criaturas tenebrosas, llegó la clara luz del día.

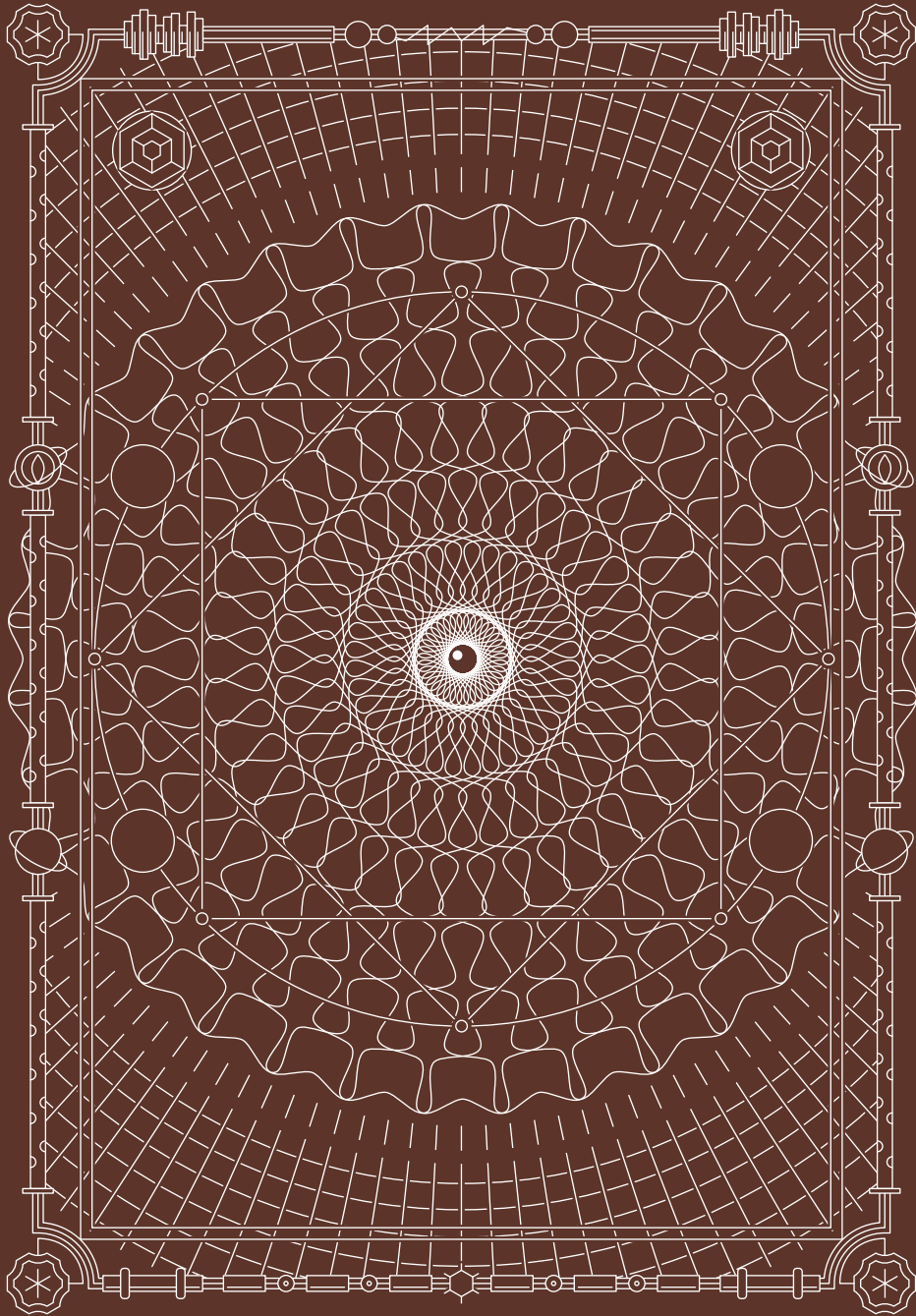
De nuevo busqué señales de Weena, pero no encontré ninguna. Era claro que habían dejado su pobre cuerpecito en el bosque. No puedo describir cuánto me alivió pensar que había escapado al terrible final que parecía ser su destino. Al pensarlo, casi me animo a masacrar a las indefensas abominaciones que me rodeaban. Pero me contuve. El cerro, como ya dije, era una especie de isla en el bosque. Desde su cima ahora podía divisar entre nubes de humo el palacio de porcelana verde, y desde ahí orientarme hacia la esfinge blanca. Así que, dejando atrás al resto de estas almas condenadas que seguían merodeando entre lamentos a medida que aclaraba el día, amarré algo de hierba alrededor de mis pies y partí cojeando entre cenizas humeantes y negros troncos dentro de los que aún latía el fuego, en dirección al escondite de mi máquina del tiempo. Caminé despacio, pues estaba exhausto, además de cojo, y sentía una inmensa desdicha por la horrible muerte de la pequeña Weena. Era una desgracia sobrecogedora. En este momento, en este salón, se siente más como la tristeza de un sueño que como una pérdida real. Pero esa mañana me sentía

solo de nuevo, terriblemente solo. Comencé a pensar en esta casa mía, en esta chimenea, en algunos de ustedes, y con esos pensamientos llegó una añoranza que era dolorosa.

Pero, al caminar entre las cenizas bajo el sol de la mañana, encontré algo. En el bolsillo de mi pantalón quedaban algunos fósforos sueltos. Debieron salirse de la caja antes de perderla.

EN LA OSCURIDAD

H. G. WELLS



XIII

LA TRAMPA DE LA ESFINGE BLANCA

Cerca de las ocho o nueve de la mañana llegué al mismo asiento de metal amarillo desde el que había contemplado el mundo la noche de mi llegada. Pensé en las conclusiones apresuradas de esa noche y no pude evitar reírme con amargura de mi suficiencia. Estaba ante el mismo paisaje hermoso, el mismo follaje abundante, los mismos espléndidos palacios y magníficas ruinas, el mismo río plateado que corría entre sus fértiles tierras. Los llamativos trajes de esta linda gente se movían de un lado a otro entre los árboles. Algunos se bañaban en el mismo punto en el que rescaté a Weena, y eso de repente me causó una arremetida de pena. Y como manchas en el paisaje se elevaban las cúpulas que cubrían los caminos al mundo subterráneo. Ahora entendía lo que escondía toda la belleza de este mundo de la superficie. Sus días eran placenteros, tanto como los del ganado en el campo. Y como las vacas, no sabían de sus enemigos, y no cambiaban su destino. Y terminaban igual.

Me apenaba pensar qué breve había sido el sueño del intelecto humano. Este se había suicidado. Se había encaminado pronto hacia la comodidad y la vida fácil, una sociedad equilibrada con seguridad y estabilidad como su lema, que había llenado sus expectativas... resultó en esto. En algún momento debieron estar garantizadas casi por completo la prosperidad y la vida. El rico tenía asegurado su patrimonio y su comodidad, y el trabajador aseguradas su vida y su trabajo. Sin duda en ese mundo no había problemas de desempleo ni luchas sociales por resolver. Y le había seguido una enorme quietud.

Hemos descuidado la ley de la naturaleza que dice que la veratilidad intelectual es el resultado del cambio, el riesgo y los pro-

blemas. Un animal en armonía con su entorno es un mecanismo perfecto. La naturaleza nunca apela a la inteligencia hasta que el hábito y el instinto resultan inútiles. No se requiere inteligencia donde no hay cambios ni necesidad de ellos. Solo los animales dotados de inteligencia deben enfrentar una gran variedad de necesidades y peligros.

Entonces, como yo lo veo, la humanidad del mundo en la superficie se había inclinado hacia una débil belleza, y la del subsuelo hacia la industria mecánica pura. Pero ese estado perfecto carecía de algo para la perfección mecánica: la estabilidad absoluta. Creo que, con el paso del tiempo, el sustento del mundo subterráneo, como sea que haya ocurrido, se había desajustado. La necesidad primordial, que había desaparecido durante algunos miles de años, regresó. Y empezó por el mundo de abajo. Los subterráneos, al estar en contacto con maquinaria (que, por más perfecta que sea, todavía necesita algo de pensamiento más allá del hábito), quizás hayan desarrollado por fuerza más iniciativa —aunque cada vez de menos individuos— que los de arriba. Y cuando otro tipo de carne no les fue suficiente, regresaron al viejo hábito que hasta entonces estaba prohibido. Es lo que creo haber visto en mi última mirada al mundo en el año ochocientos dos mil setecientos uno. Puede ser una explicación tan errada como el ingenio humano pueda inventar, pero es como interpreté las cosas y es como lo comparto con ustedes.

Tras las fatigas, emociones y miedos de los últimos días, y a pesar de mi pena, este descanso y la vista tranquila bajo la luz del sol fueron muy placenteras. Estaba cansado y tenía sueño, y muy pronto mis reflexiones se convirtieron en adormecimiento. Les hice caso a mis propias señales y tendido sobre la hierba dormí larga y refrescantemente.

Me desperté un poco antes del atardecer. Ya no tenía miedo de que los morlocks me agarraran en medio del sueño. Me estiré

y bajé la colina hacia la esfinge blanca. Tenía la barra de hierro en una mano y con la otra jugaba con los fósforos en mi bolsillo.

Entonces sucedió lo más inesperado. Al acercarme al pedestal de la esfinge vi que las puertas estaban abiertas. Habían sido deslizadas por las ranuras.

Ante esto, me detuve cerca, dudando de si entrar o no.

Adentro se veía un espacio pequeño, y en una esquina elevada de este estaba la máquina del tiempo. Tenía las palanquitas en mi bolsillo. Y así, después de mis complejas preparaciones para emboscar a la esfinge blanca, me encontraba ante su mansa rendición. Tiré lejos mi barra de hierro, casi lamentando no haberla usado.

Una idea repentina me llegó a la mente ahí parado frente al portal. Al menos por esta vez creí entender la forma de pensar de los morlocks. Aguantándome las ganas de reír, pasé por el marco de bronce hacia la máquina del tiempo. Me sorprendió ver que la habían limpiado y tratado con cuidado. Todavía tengo la sospecha de que los morlocks desbarataron una parte tratando de entender a su manera para qué servía.

Mientras me paraba a examinarla, disfrutando el solo hecho de tocar mi invento, lo que había esperado, ocurrió. Los paneles de bronce se deslizaron y se cerraron sobre el marco. Estaba a oscuras... atrapado. Eso pensaban los morlocks. Y sonreí con gracia.

Ya podía oír el murmullo de sus risas cuando se me acercaban. Con mucha calma traté de prender un fósforo. Solo tenía que acomodar las palancas y salir de ahí como un fantasma. Pero no había previsto un pequeño detalle. Los fósforos eran de ese odioso tipo que solo encienden contra la caja.

Ya se imaginarán cómo se esfumó toda mi calma. Los pequeños salvajes se me acercaban. Uno me tocó. Hice un barrido en la oscuridad con las palancas, y empecé a acomodarme en el sillín de la máquina. Luego me agarró una mano y después otra. Solo

tenía que luchar contra sus persistentes dedos sobre mis palancas, y al mismo tiempo, encontrar los espacios en los que iban. De hecho, casi logran arrebatarme una. Cuando se me escapaba de las manos, tuve que golpear con mi cabeza en la oscuridad —pude oír el crujir del cráneo del morlock— y recuperarla. Esta última lucha me parece que estuvo más pareja que la anterior en el bosque.

Finalmente pude acomodar la palanca y halar de ella. Me liberé del agarre de sus manos. Dejé de ver la oscuridad. Me vi ante la misma luz gris y el tumulto que ya he descrito.

XIV

LA VISIÓN MÁS ALLÁ

Ya les hablé del mareo y la confusión que da viajar en el tiempo. Esta vez no estaba bien sentado en el sillín, sino torcido de manera inestable. Durante un tiempo indefinido me aferré a la máquina que se balanceaba y vibraba, sin prestar atención a

cómo iba, y cuando logré mirar al tablero, de nuevo me sorprendió encontrar a dónde había llegado. Una manecilla registra los días, otra los cientos de días, otra los miles de días y otra los millones. En lugar de halar las palancas, las había empujado y había viajado hacia adelante. Cuando miré estos indicadores vi que la manecilla de los miles giraba tan rápido como la de los segundos en un reloj, hacia el futuro.

Mientras conducía, un cambio particular se apoderaba de la apariencia de las cosas. Las sombras grises se hacían más oscuras; luego, aunque continuaba viajando a gran velocidad, la secuencia parpadeante del día y la noche, que por lo general indica un ritmo más lento, se volvió más y más marcada. Esto me intrigó muchísimo al principio. La alternancia entre noche y día se hizo más y más lenta, y pasó lo mismo con el paso del sol a lo largo del cielo, hasta que pareció alargarse por siglos. Finalmente, un continuo crepúsculo cubría la tierra, un anochecer apenas interrumpido aquí y allá por el brillo de un cometa atravesando el oscurecido cielo. La franja de luz que indicaba el sol ya no existía desde hacía mucho, pues este había dejado de ponerse, solo subía y bajaba por el occidente, y se veía más grande y más rojo. Toda señal de la luna había desaparecido. El movimiento de las estrellas, cada vez más lento, había dado lugar a puntos de luz ascendentes. Por fin, un poco antes de detenerme, el sol, rojo y enorme, se quedó quieto en el horizonte, un domo gigante brillando con un calor tenue, padeciendo de vez

en cuando extinciones momentáneas. Una vez llegó a brillar de nuevo con fuerza, pero pronto regresó a su calorcito aperezado. Noté que al ralentizar su ciclo de salir y ponerse no desempeñaba más su trabajo de arrastrar la marea. La tierra había llegado a un punto de descanso con una sola cara al sol, igual que en nuestro tiempo la luna da la cara a la tierra. Con mucho cuidado, pues recordaba mi anterior aterrizaje de cabeza, comencé a desacelerar mi máquina. Las manecillas empezaron a girar más lento hasta que la de los miles se quedó quieta y la de los días dejó de parecer neblina sobre el tablero. Desaceleré aún más, hasta que los oscuros contornos de una playa desierta se hicieron visibles.

Me detuve con mucho cuidado y me quedé sentado en la máquina del tiempo, mirando en derredor. El cielo ya no era azul. Hacia el nororiente era negro como la tinta, y entre su oscuridad brillaban tenuemente blancas estrellas. Por encima era de un profundo rojo indio y sin luceros, y hacia el suroriente se hacía más brillante con un destello escarlata donde, atravesado por el horizonte, descansaba el sol como un gran cascarón, rojo e inmóvil. Las piedras a mi alrededor eran de un color rojizo, y la única señal de vida que pude ver al principio fue la vegetación de un verde intenso que cubría todos los puntos visibles del lado suroriental. Era el mismo tipo de verde que se ve en el musgo de los bosques o en el líquen de las cavernas: plantas que como estas crecen en tinieblas perpetuas.

La máquina estaba sobre la pendiente de una playa. El mar se extendía hacia el suroccidente hasta un definido horizonte contra un pálido cielo. No había rompientes ni olas, pues no soplaban nada de viento, solo un ligero ir y venir de las aguas como leve respiración mostraba que el mar eterno todavía vivía y se movía. Y a lo largo del margen donde a veces rompen las aguas había una gran incrustación de sal rosada bajo ese sobrecogedor cielo. Sentía cierta opresión en mi cabeza y noté que respiraba muy rápido. La sen-

sación me recordó mi única experiencia como escalador, y de ahí consideré que el aire debía estar más alterado de lo que es ahora.

Más allá, en la pendiente desierta escuché un escabroso grito, y vi algo parecido a una gigante mariposa blanca que aleteó por el cielo, giró y se perdió tras los cerros del frente. El sonido de su voz era tan lúgubre que me estremeció y me asenté con más firmeza sobre la máquina. Seguí mirando a mi alrededor y vi que, bastante cerca, lo que había considerado una masa rocosa rojiza se movía con lentitud hacia mí. Luego vi que esa cosa era de verdad una criatura monstruosa parecida a un cangrejo. ¿Se imaginan un cangrejo tan grande como aquella mesa?, ¿con sus muchas patas en un lento e incierto movimiento?, ¿sus enormes pinzas meciéndose?, ¿sus largas antenas ondeando como látigo de carretero?, ¿y sus ojos amenazantes brillando a ambos lados de su frente metálica? Su espalda era corrugada y tenía grotescas protuberancias, y algunas incrustaciones verdosas asomaban aquí y allá. Pude ver muchos de los apéndices de su compleja boca moverse y tantear mientras avanzaba.

Me quedé mirando esta siniestra aparición que venía hacia mí, cuando sentí un cosquilleo en mi mejilla, como si se hubiera posado una mosca. Traté de retirarla con mi mano, pero regresó de inmediato, y casi al tiempo sentí otra en mi oreja. Esta la agarré y la sentí como algo parecido a un hilo, que se deslizó de mi mano. Con espantoso escrúpulo miré atrás, y vi que había agarrado la antena de otro cangrejo monstruoso parado detrás de mí. Sus malvados ojos se retorcían en sus órbitas, su boca dejaba ver su apetito, y sus múltiples pinzas desaliñadas, untadas de una baba de algas, venían sobre mí. Al segundo mi mano estuvo en la palanca y avancé un mes más allá de estos monstruos. Pero seguía en la misma playa, y los pude ver claramente tan pronto me detuve. Decenas de ellos parecían estar trepando por todos lados, bajo la sombría luz, entre las láminas cubiertas del verde intenso.

No puedo transmitirles la sensación de horrible desolación que caía sobre el mundo. El rojo cielo oriental, la penumbra del lado norte, el salado mar muerto, las empedradas playas llenas de estos lentos monstruos, la apariencia venenosa general de estos líquenes, el poco aire que lastima los pulmones: todo sumado para un efecto deprimente. Avancé otros cien años, y ahí seguía el mismo sol rojo, un poco más grande, un poco más tenue, el mismo mar moribundo, el mismo aire frío, el mismo grupo de crustáceos terrestres que entraba y salía entre el moho verde y las rocas rojas. Y en el cielo occidental vi una pálida línea curva como una inmensa luna nueva.

Así que seguí viajando, con paradas ocasionales, a zancadas de mil años o más, intrigado por el misterio del destino de la tierra, mirando con extraña fascinación al sol hacerse más grande y más tenue en el lado occidental del cielo, mientras la vida en la tierra desfallecía. Al final, más de treinta millones de años después, la enorme cúpula roja y el poco calor del sol llegó apenas a una décima parte de los cielos tenebrosos. Ahí me detuve de nuevo, pues la multitud de cangrejos trepadores había desaparecido, y la playa roja, excepto por los líquenes verde pálido, parecía sin vida. Ahora se veía salpicada de blanco. Me asaltó un frío intenso. Unos pocos copos blancos bajaban flotando de vez en cuando. Hacia el nororiente, un reflejo de nieve reposaba bajo la luz de las estrellas del cielo negro, y pude ver una ondulante cresta de colinas albirrosadas. Había hilillos de hielo a lo largo de la orilla del mar, y masas a la deriva más alejadas, pero la mayor extensión de ese mar salado, de apariencia sangrienta por el atardecer eterno, todavía no se congelaba.

Miré alrededor buscando si quedaba algún rastro de vida animal. Una cierta desconfianza imprecisa me mantenía fijo en el sillón de la máquina. Pero no vi que nada se moviera, ni en la tierra, ni en el cielo, ni en el mar. Solo la baba verde sobre las rocas daba

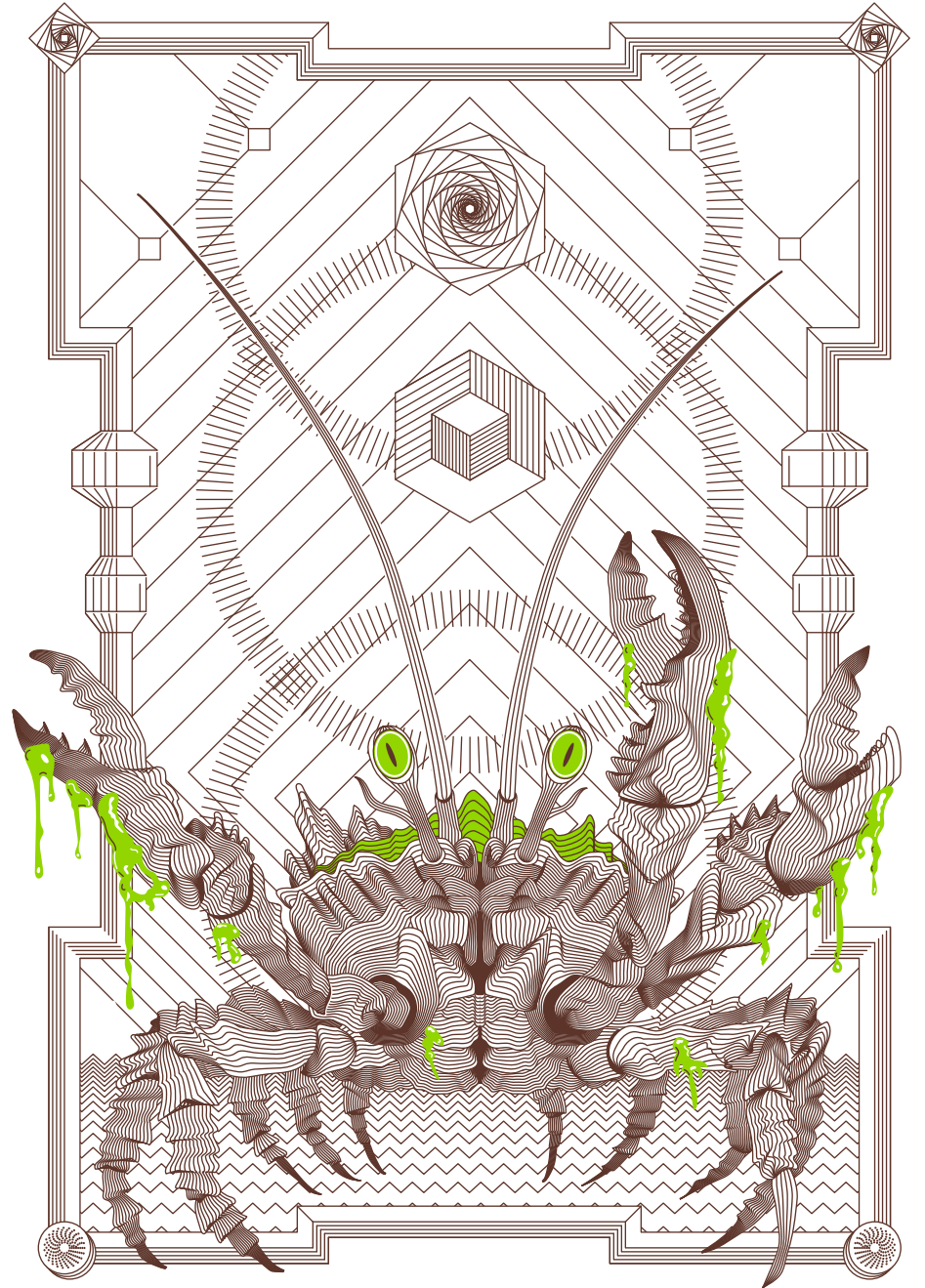
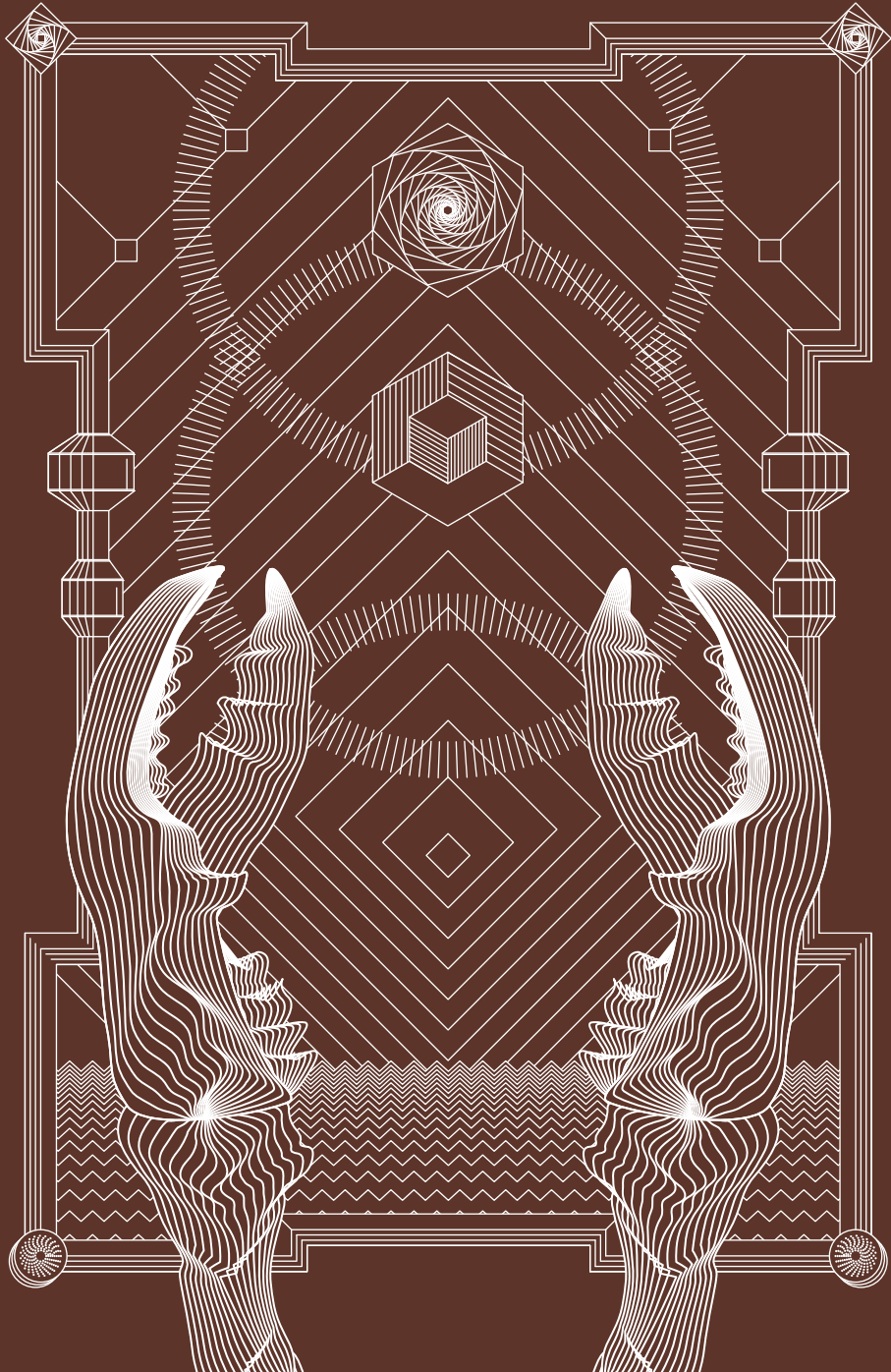
cuenta de que la vida no se había extinguido. Un banco de arena superficial aparecía en el mar y las aguas habían retrocedido de la playa. Me pareció ver un objeto negro dando tumbos sobre este banco, pero se quedó quieto cuando me quedé mirándolo; era posible que mi visión me hubiera engañado y lo que vi fue solo una piedra. Las estrellas en el cielo brillaban con intensidad y me dio la impresión de que titilaban muy poco.

De repente noté que el contorno circular del sol por el occidente había cambiado, que una concavidad, una bahía, había aparecido en la curva. Vi que se agrandaba. Durante cerca de un minuto me quedé mirando atónito esta tiniebla que se arrastraba sobre el día, y luego caí en la cuenta de que estaba comenzando un eclipse. Ya sea la Luna o el planeta Mercurio estaban pasando sobre la esfera del sol. Por supuesto, al principio asumí que era la Luna, pero muchas cosas me llevan a creer que lo que de verdad vi fue el tránsito de un planeta interior muy cerca de la Tierra.

La oscuridad aumentó rápido, un viento frío empezó a soplar en ráfagas refrescantes desde el oriente, y la lluvia de copos blancos en el aire creció. Desde el borde del mar llegaron una ondulación y un susurro. Aparte de estos sonidos muertos, el mundo estaba en silencio. ¿Silencio? Es difícil explicar esta quietud. Todos los sonidos humanos, el balar de las ovejas, los cantos de los pájaros, el zumbido de los insectos, el revoloteo que está siempre al fondo de nuestras vidas, todo había terminado. A medida que aumentaba la oscuridad, los copos crecían en número, bajaban bailando ante mis ojos, y el frío se hacía más intenso. Al final, uno a uno, con prisa, los picos blancos de las colinas distantes se desvanecieron ante mis ojos. La brisa se volvió viento que ululaba. Vi la sombra central del eclipse profundizarse hacia mí. Después solo se veían las pálidas estrellas. Lo demás era oscuridad total. El cielo estaba todo negro.

Esta enorme oscuridad me causó un gran horror. Sentí un frío que me caló hasta la médula y me empezó a doler respirar.

Temblé y me sobrevino una náusea mortal. Luego, como un arco rojo ardiente en el cielo apareció el borde del sol. Me bajé de la máquina para recuperarme. Me sentía aturdido e incapaz de afrontar el viaje de regreso. Ahí parado, indispuerto y confundido, vi de nuevo la cosita que se movía sobre el banco —ya no había dudas de que sí era algo que se movía— con las rojas aguas del mar de fondo. Era redonda, del tamaño de un balón, tal vez, o un poco más grande, y le salían tentáculos; se veía negro contra las revueltas aguas rojo sangre, y daba saltos discontinuos por ahí. Luego sentí que me desmayaba. Pero un fuerte temor a caer indefenso en ese lejano y feo crepúsculo me dio fuerzas para regresar al sillín de la máquina.



XV

EL REGRESO DEL VIAJERO DEL TIEMPO

Y así regresé. Durante largo tiempo debí estar pasmado sobre la máquina. Regresó la intermitencia de días y noches, el sol volvió a ser dorado, el cielo azul. Respiré con mayor libertad. También regresó el flujo de los contornos fluctuantes de la tie-

rra. Las manecillas giraban en sentido contrario en la máquina. Por fin vi de nuevo los restos de casas, las evidencias del ocaso de la humanidad. Estos también cambiaron, pasaron y llegaron otros. Cuando la manecilla de los millones llegó a cero, reduje la velocidad. Comencé a reconocer nuestra arquitectura más pequeña, la aguja de los cientos regresaba al punto de partida, el día y la noche cambiaban cada vez más lento, y entonces los viejos muros de mi laboratorio me rodeaban. Con mucho cuidado, detuve el mecanismo.

Vi un detallito que me pareció inusual. Creo que les dije que cuando empecé a partir, antes de coger alta velocidad, la señora Watchett había atravesado la habitación, y que parecía pasando como un cohete. Al regresar, pasé de nuevo por el minuto en el que ella atravesó el laboratorio, pero ahora su movimiento parecía exactamente inverso al anterior. La puerta del extremo inferior se abrió, ella pasó en silencio por el laboratorio, de espaldas, y desapareció por la puerta por la que antes había entrado.

Ahí detuve la máquina, y vi a mi alrededor mi querido laboratorio, mis herramientas, mis aparatos, justo como los dejé. Me bajé muy tembloroso de la máquina, y me senté en mi banca. Durante varios minutos estuve temblando fuertemente. Luego me fui calmando. A mi alrededor estaba mi propio taller, exacto como siempre ha sido. Podría haberme dormido ahí, y todo el asunto sería un sueño.

¡Pero no todo era exacto! Todo había empezado en la esquina suroriental del laboratorio. Y había terminado en la nororiental, contra la pared donde ustedes la vieron. Eso les da la distancia exacta desde el pradito donde llegué y el pedestal de la esfinge blanca a donde los morlocks arrastraron mi máquina.

Durante un rato mi cerebro estuvo estancado. Luego me levanté, pasé por este corredor, cojeando porque todavía me duele el talón, y me sentí muy sucio. Vi el diario sobre la mesa junto a la puerta. Comprobé que en efecto era la fecha de hoy, y en el reloj vi que casi eran las ocho en punto. Escuché sus voces y el tintineo de platos. Vacilé; me sentía enfermo y cansado. Luego me llegó el olor de un buen pedazo de carne, y abrí la puerta ante ustedes. Ya saben el resto. Me bañé, cené, y ahora les estoy contando la historia.

XVI

DESPUÉS DE LA HISTORIA

—Ya sé —dijo, tras una pausa— que todo esto les resultará inverosímil, pero lo realmente increíble para mí es estar aquí esta noche, en este salón que conozco, ver sus amigables caras y contarles todas estas extrañas aventuras. —Miró al médico—.

No, no puedo esperar que usted lo crea. Tómelo como una mentira... o como una profecía. Diga que lo soñé todo en el taller. Piense que he estado especulando sobre el destino de nuestra especie, hasta darle forma a esta ficción. Tome mi defensa de su veracidad como un simple trabajo de arte para aumentar su interés. Y si lo toma como un relato, ¿qué piensa de este?

Tomó su pipa y comenzó, como acostumbraba, a golpetear con ella de forma nerviosa las barras de la rejilla. Hubo una quietud momentánea. Luego empezaron a sonar las sillas y a moverse los pies sobre la alfombra. Dejé de mirar al Viajero del Tiempo y examiné su audiencia. Estaban en penumbras, y apenas se veían pequeños asomos de color ante ellos. El médico parecía absorbido en la contemplación de nuestro anfitrión. El director del periódico miraba concentrado la punta de su cigarro —el sexto que fumaba—. El periodista jugueteaba con su reloj. Los demás, hasta donde recuerdo, se quedaron inmóviles.

El director se levantó con un suspiro.

—¡Es una lástima que usted no sea escritor de cuentos! —dijo, y apoyó su mano sobre el hombro del Viajero del Tiempo.

—¿No me cree?

—Pues...

—Parece que no.

El Viajero del Tiempo se volteó hacia nosotros.

—¿Dónde están los fósforos? —preguntó. Encendió uno y em-

pezó a hablar resoplando su pipa—. Para ser sincero... Difícilmente me lo creo yo... Y sin embargo...

Sus ojos se posaron como un interrogante mudo sobre las flores blancas marchitas en la mesa. Luego giró la mano que sostenía la pipa y vi que se miraba unas cicatrices a medio curar en sus nudillos.

El médico se paró, se acercó a la lámpara y examinó las flores.

—El pistilo es raro —dijo.

El psicólogo se inclinó hacia adelante y estiró la mano para pedir una muestra.

—¡Ya falta un cuarto para la una! —dijo el periodista—. ¿Cómo vamos a regresar a casa?

—Hay muchos taxis en la estación —respondió el psicólogo.

—Es curioso —dijo el médico—, pero no conozco a qué orden natural pertenecen estas flores. ¿Me puedo quedar con ellas?

El Viajero del Tiempo lo dudó. Luego dijo de repente:

—Por supuesto que no.

—¿De dónde las sacó en realidad? —preguntó el médico.

El Viajero del Tiempo se puso una mano en la cabeza. Habló como alguien que está tratando de recordar una idea que se le escapa de la mente.

—Weena las puso en mi bolsillo cuando viajé en el tiempo. —Miró toda la habitación—. Esta sala, ustedes, la atmósfera cotidiana es demasiado para mi memoria. ¿Alguna vez hice una máquina del tiempo?, ¿o un modelo de esta? ¿Es todo un simple sueño? Dicen que la vida es un sueño, a veces un apreciado simple sueño... pero no puedo pensar en otro que encaje. Es una locura. ¿Y de dónde viene mi sueño?... Debo examinar esa máquina. ¡Si es que existe!

Agarró la lámpara rápidamente y salió con ella hacia el corredor. Lo seguimos. Ahí, a la luz titilante de la lámpara estaba con certeza la máquina, pesada, fea y torcida; una cosa hecha

de cobre, ébano, marfil y cuarzo translúcido y brillante. Sólida al tacto —pues apoyé mis manos y sentí sus rieles—, con manchas oscuras en el marfil, y pedazos de hierba y musgo en las partes bajas, con una barra desviada del eje.

El Viajero del Tiempo puso la lámpara en el banco, y pasó su mano por la barra dañada.

—Ya está todo bien —dijo—. La historia que les conté es verdad. Disculpen que los haya traído aquí en este frío.

Tomó la lámpara y en silencio absoluto regresó al salón de fumar.

Vino con nosotros hacia la salida y ayudó al director a ponerse su abrigo. El médico lo miró a los ojos, y con cierta indecisión le dijo que estaba sufriendo de exceso de trabajo, lo cual le causó enorme risa. Lo recuerdo parado frente a la puerta abierta deseándoles buenas noches.

Compartí taxi con el director. Para él, la historia era una «mentira extravagante». De mi parte, era incapaz de llegar a una conclusión. La historia era fantástica e inverosímil, pero la narración muy sobria y creíble. Me quedé despierto la mayor parte de la noche pensando en esto. Decidí regresar al día siguiente para ver al Viajero del Tiempo. Me dijeron que estaba en el laboratorio, y como conocía bien la casa, me dirigí ahí. Sin embargo, el lugar estaba vacío. Me quedé mirando la máquina del tiempo, y estiré mi mano para tocar la palanca. Con esto, el pesado aparato se sacudió como una rama soplada por el viento. Su inestabilidad me desconcertó mucho, y tuve un raro recuerdo de mis días de infancia cuando me tenían prohibido entrometerme. Regresé por el corredor. Encontré al Viajero del Tiempo en la sala de fumadores. Venía de la casa. Tenía una cámara pequeña bajo un brazo y un morral bajo el otro. Sonrió al verme y me ofreció un codo para saludar.

—Estoy muy ocupado con aquella cosa —me dijo—.

—Pero ¿no es un truco? —le dije—. ¿De verdad viaja por el tiempo?

—De verdad, eso hago. —Y me miró con honestidad a los ojos. Estaba indeciso. Sus ojos recorrieron el salón—. Deme solo media hora —dijo—. Sé por qué vino y me parece genial de parte suya. Ahí hay unas revistas. Si se queda a almorzar, le probaré estos viajes en el tiempo de cabo a rabo, con muestras y todo. Si me lo permite, me retiro ahora.

Asentí, pero era difícil comprender el significado de sus palabras. Me respondió con un gesto y salió por el corredor. Oí que la puerta del laboratorio se cerró de golpe, me senté en una silla y tomé un periódico. ¿Qué era lo que pensaba hacer antes del almuerzo? De repente recordé, por un anuncio, que había quedado de encontrarme con Richardson, mi editor, a las dos. Miré mi reloj y vi que escasamente alcanzaba a cumplir el compromiso. Me levanté y me dirigía a decírselo al Viajero del Tiempo.

Con la perilla de la puerta en mi mano, escuché una exclamación, interrumpida al final de manera rara, un clic y un golpe seco. Una ráfaga de aire me envolvió cuando abrí la puerta, y desde adentro salió el sonido de vidrios que se rompían al caer. El Viajero del Tiempo no estaba. Por un momento me pareció ver una figura fantasmal, indefinida, sentada entre un remolino cobre y negro —una figura tan transparente que el banco detrás de esta, con sus planos de dibujos, se veía perfectamente—. Pero este fantasma se desvaneció en cuanto me restregué los ojos. La máquina del tiempo no estaba. Salvo por unos restos de polvo, el fondo del laboratorio estaba vacío. Al parecer, uno de los paneles del tragaluz acababa de caer.

Sentí un asombro irracional. Sabía que había ocurrido algo raro, pero de momento no podía identificar qué podía ser. Mientras seguía mirando, se abrió la puerta del jardín y entró uno de sus sirvientes. Nos miramos, y se me empezaron a ocurrir ideas.

—¿Salió el señor _____ por ese camino? —le pregunté.

—No, señor. Nadie ha pasado por allá. Esperaba encontrarlo a él aquí.

Entonces entendí. A riesgo de decepcionar a Richardson, me quedé a esperar al Viajero del Tiempo: a esperar por una segunda y quizás más extraña historia, y por las muestras y fotografías que traería con él. Pero estoy empezando a temer que debo esperar toda una vida. El Viajero del Tiempo desapareció hace tres años. Y, como todo el mundo ya sabe, jamás regresó.

DESPUÉS DE LA HISTORIA

H. G. WELLS

XVII EPÍLOGO

Uno no puede evitar preguntarse, ¿regresará algún día? Puede ser que viajó al pasado y cayó entre los sanguinarios y peludos salvajes de la Edad de Piedra, o en los abismos del mar del Cretácico, o entre los gigantes saurios de los tiempos jurásicos. En este

momento —si se me permite la expresión— podría estar vagando en algún arrecife coral de tiempos paleolíticos, o ante uno de los solitarios mares salinos del periodo Triásico. O tal vez viajó hacia adelante, a una era más próxima en la que los humanos siguen siendo humanos, pero en la que ya han respondido las preguntas y resuelto los desgastantes problemas de nuestros tiempos; a la madurez de la especie. Por mi parte, no puedo pensar en esos últimos días de pobres experimentos, teorías fragmentarias y mutuos desacuerdos como el verdadero final de la humanidad. Sé que él —pues habíamos discutido este tema mucho antes de que hiciera la máquina del tiempo— no creía mucho en el avance de la especie humana, y veía en la creciente pila de civilización una tonta acumulación que inevitablemente caería al final, destruyendo a sus creadores. Si es así, no nos queda más que vivir como si no lo fuera. Pero para mí, el futuro sigue oscuro y vacío: es una enorme incógnita, iluminada en unos cuantos lugares por el recuerdo de su historia. Y tengo conmigo, para mi tranquilidad, dos extrañas flores blancas —ya marchitas, oscuras, aplastadas y débiles— que atestiguan que incluso cuando no tengamos más inteligencia y fortaleza, la gratitud y la ternura seguirán viviendo en el corazón de los humanos.

Créditos

La máquina del tiempo
Una invención

H. G. WELLS
Autor

© De la adaptación:
Mónica Palacios Chamat

© De esta edición:
Grupo de Inversiones
Suramericana S. A.
Grupo SURA

Ricardo Jaramillo Mejía
Presidente Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid
Presidente Suramericana

Ignacio Calle Cuartas
Presidente SURA Asset
Management

Coordinación editorial
María Mercedes Barrera
Paula Cecilia Villegas

CRÉDITOS

H. G. WELLS

Asesoría editorial, investigación,
selección de textos e imágenes,
edición y diseño gráfico
Mesa Estándar
Juan David Díez
Miguel Mesa
Verónica Montoya

Corrección de estilo y cuidado
de la edición
Catalina Trujillo-Urrego

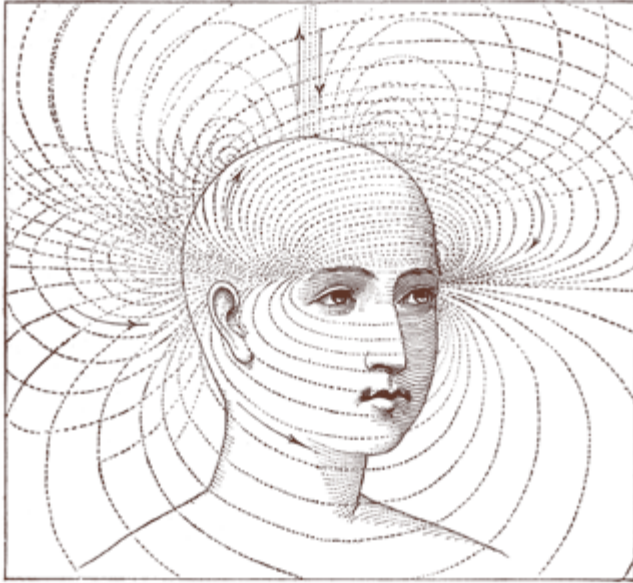
Ilustraciones
Carlos Roldán

Impresión
Artes y letras S. A. S.

ISBN
978-628-96556-4-3
Primera edición, marzo de 2026
Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la
autorización escrita de los
editores, bajo las sanciones
establecidas en las leyes, la
reproducción total o parcial de
esta obra por cualquier medio o
procedimiento.

sura 



CURVAS PSICOMAGNÉTICAS

La ilustración muestra «las fuerzas del cerebro», un supuesto sistema de curvas magnéticas que circulan dentro y fuera del encéfalo en circuitos infinitos. ¿Cuáles son los principios científicos detrás de la percepción y como afectan la psique, la capacidad de imaginar, fantasear, intuir o proyectar el futuro? El poder de la mente humana sigue siendo una incógnita, sin embargo, solemos poner en este la esperanza de nuestro porvenir.

«Dominio Público, Creative Commons (CC) PDM 1.0 Universal. "The Psycho Magnetic Curves".
Fotografado hecho para el libro *The Principles of Light and Color* creado y editado por Edwin D. Babbitt (1878). Figura 187, página 481». Tomado de https://archive.org/details/gri_c00033125011227010/page/480/mode/2up.

Este libro se terminó de imprimir en el Taller Artes y letras S. A. S. de Medellín, en marzo de 2026. Para la formación de textos se utilizaron las fuentes Sura Sans y Sura Serif, diseñadas por Typograma y Bastarda Type, respectivamente. El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.

H. G. Wells (1866-1946, Inglaterra). Prolífico escritor, novelista e historiador británico nominado en cuatro ocasiones al Premio Nobel de Literatura. Estudió Biología y se graduó de zoólogo. Es considerado uno de los fundadores de la ciencia ficción junto con Mary Shelley y Julio Verne. Su aguda imaginación le permitió predecir aviones, viajes espaciales, televisores, armas de destrucción masiva, hibridación biológica y redes de comunicación global. Sin embargo, esa visión futurista siempre estuvo puesta al servicio de la crítica social y del progreso; sus distopías evaluaron la condición humana y las desigualdades del mundo que vivió. Entre sus obras más destacadas están *La guerra de los mundos* (1898), *La isla del doctor Moreau* (1896) y *La máquina del tiempo*, que inaugura la temática del viaje al futuro mientras piensa en la evolución de las sociedades humanas.

Grupo SURA reedita *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells, al considerar la vigencia y la pertinencia de esta obra para pensar los desafíos del futuro que compartimos como sociedad global.

